HIPOLITO UNANUE

Y EL

NACIMIENTO DE LA PATRIA

HIPOLITO UNANUE
Y EL
NACIMIENTO DE LA PATRIA

Nueve ensayos sobre Hipólito Unanue y su tiempo

POR

HUGO NEIRA SAMANEZ

Presentado a la consideración del Jurado del Concurso promovido por la Agencia Comercial Unanue S. A. con el seudónimo: "Un Amante del País," obteniendo el PRIMER PREMIO

LIMA, 1967.

INDICE

Pág.

A manera de prólogo: Algunas sugerencias para iniciar un diálogo 9

CAPITULO PRIMERO

Infancia y primera juventud.— 1755 - 1777 15

CAPITULO SEGUNDO

En la Universidad de Lima.— 1777 - 1788 25

CAPITULO TERCERO

La mente de Hipólito Unanue.— 1791 - 1794 37

CAPITULO CUARTO

Los pasos del ascenso social.— 1791 - 1796 73

CAPITULO QUINTO

La plenitud.— 1799 - 1806 83

Pág.

CAPITULO SEXTO

Unanue, eminencia gris de la colonia.— 1808 - 1814. 101

CAPITULO SEPTIMO

Un indiano ilustrado en la corte de Fernando VII.— 1814 - 1817 - 1820 135

CAPITULO OCTAVO

Unanue y la jóven República. Actitudes. 1820 - 1822. 147

CAPITULO NOVENO

Los últimos años en el poder.— 1822 - 1826 - 1833 . 169

Notas 199

Bibliografía 206

Apéndice 209

A manera de prólogo.

ALGUNAS SUGERENCIAS PARA INICIAR UN DIALOGO.—

Ha dicho con razón Bauer, que el género biográfico para ser tratado con nobleza, requiere un conocimiento que se aproxime al arte. Pero por cierto que no por simples impulsos estéticos es por lo que nuestras bibliotecas se han visto pobladas con exceso de intentos biográficos, generalmente truncos. Esta nada valiosa abundancia se origina en peculiares rasgos del temperamento nacional. Un pueblo esencialmente personalista, tiende a explicar como el nuestro el proceso de la sucesión histórica en términos personales. A reducir los complejos hechos humanos a simples biografías políticas. Esto, en el plano nacional, conlleva el hábito de la búsqueda permanente de jefes y guías. Es como un miedo a vivir la libertad, que interesaría a Erich Fromm. A pesar de ello, no somos una tierra fuerte por la hazaña y el prestigio de grandes biografías, como podría esperarse de nuestro muy desarrollado instinto conmemorativo o biográfico como lo ha llamado Sidney Lee. Nuestra historia ha tendido a ser explicada por algunas pocas figuras centrales. Esto está considerado en la historiografía moderna como un signo de inmadurez. En el último Congreso Internacional de Ciencias Históricas, Pierre Renouvin observaba

la tendencia de la historiografía finlandesa y la sudamericana a la historia como una hazaña del personalismo.

En el quehacer histórico actual, para satisfacer las necesidades de otros campos mas contemporáneos como la historia social, económica, de las ideas, los historiadores como Plumb prefieren reducirse a la forma de ensayo cuando intentan una biografía. Se trata, pues, de evitar los males de la esclerosis erudita o los del exceso evocativo que tanto daño han hecho al difundirse obras como las de Ludwig, Maurois, Zweig. Y se trata también, de evitar el demonismo o el arcangelismo. Es preciso, ahora, penetrar en las relaciones de clase del biografiado. En su temperamento. En sus ideas; esto es, afrontar el problema del "desenmascaramiento" de la ideología. Vigilar la coherencia de sus creencias y prejuicios motivados por su situación social y sus relaciones con los hombres. Estudiar su mente. Retratarla en oposición con otros perfiles de su tiempo. Conseguir la intuición de su carácter y temperamento. Revelar sus íntimas conexiones con la vida, mezclando el plano de la existencia pública con la privada, tal como se da en la realidad. Conocer la comunicación que ha establecido con su época a través de permanentes, grandes y pequeñas, elecciones. Porque el hombre vive, sumergido en la libertad, en sus frutos de elección, y es de modo perenne, autor, héroe y culpable de sus actos.

Para satisfacer esta concepción, que atiende tanto al plano real de comunicación del hombre biografiado con los hombres de su tiempo y con su circunstancia, como a su mundo interior, he seguido un modelo, que resulta de veras insuperable en este terreno. Me refiero a la magistral biografía de *Erasmo de Rotterdam,* de Johan Huizinga.

Estudiar a Unanue es observar el panorama histórico de fines del siglo XVIII, y los últimos años de la colonia. Opinar sobre el período llamado de la emancipación, y asomarse al nacimiento de la Patria. La vida de Unanue está,

pues, unida a este proceso y por eso he titulado de esa manera a este conjunto de ensayos.

He seguido un hilo cronológico, un "continuum" que se inicia en el nacimiento y culmina con la muerte. Es, pues, dentro de cierto criterio, una biografía. Pero intercalados están sucesivos ensayos que lo unen mas entrañablemente con su tiempo, que la simple referencia objetiva que se satisface con seguir sus pasos y anotar la aparición de sus obras. Tienen unidad propia estos ensayos, y podrían ser desglosados: la mente de Unanue, el carácter de Unanue, la vida íntima, la biografía colectiva de una generación de precursores, la sociología pesimista de Monteagudo, o las comparaciones con Humboldt, Baquíjano y Sánchez Carrión. Son nueve ensayos en los que he reunido indagaciones aisladas sobre la emancipación, las ideas del siglo XVIII, o sobre la República, que la vida de Unanue enmadeja y alumbra. Así, el juego de hombre y tiempo espero que se haya cumplido. Por último quien escribe está preocupado por hallar los derroteros de la formación de la conciencia nacional; por eso, a veces, surgen de esas páginas meditaciones que escapan a los linderos de una historia o una biografía ortodoxas, para arriesgar, en el tratamiento y en el contenido, situaciones experimentales que bién pueden ser catalogadas como ensayos de interpretación. De este modo, es posible intentar una reconciliación del hombre con una herencia social, a través del exorcismo del lenguaje. No es pedir disculpa hacer explícito, pues, lo que no es censurable, como cuando se cae, tal es el caso, en la culpa de la sinceridad y el encarnamiento, al estar entregado a la dura tarea de romper el verbo para que surja la verdad como comunicación con los demás hombres.

La austera grandeza de este oficio se alcanza cuando se ha llegado a la conciencia de que quienes forman la sociedad en que vive el escritor, los seres humanos, los existentes contemporáneos en quienes es necesario pensar

cuando se escribe, son en verdad los que proporcionan la servidumbre creadora de escribir, de buscar el verbo que diga bién, y rompa el silencio. Si el tema de reflexión es la historia, existe otro diálogo además del que se establece en la convención del lenguaje con nuestros contemporáneos, y que es el imperativo de dialogar, a través de este libro, con quien es sólo un recuerdo, una convención, una huella, un signo; en suma, con el personaje histórico, un ser que no es ya. Por eso es preciso no olvidar que un peruano escribe sobre otro peruano. La República, la que propuso Unanue, la que deseamos hoy, sigue siendo una promesa incumplida. Tal vez por eso, las preocupaciones de la hora asoman en gestos personales durante el relato del itinerario vital del héroe. Esos problemas, la semejanza —no identidad— de los pisos históricos entre quién escribe y quién es recordado, construyen un diálogo, un sistema de diálogo, que no es una irreverencia ni iconoclastia elevada a un método. Tan solo la conciencia de que escribir sobre Hipólito Unanue es escribir sobre el misterio del ser del Perú. Sobre el por qué de su nacimiento como país original, de su caótico crecimiento, de las fuerzas de esterilidad y frustración que amenazaron y siguen acompañando como demoníacas sombras funestas de desunión y zozobra, la vida colectiva peruana. Paralelo a este convencimiento está aquel otro, que acepta que escribir hoy, aquí en el Perú, es siempre un compromiso, una entrega, un padecimiento, y que es una forma más de voluntad para romper hábitos de flaccidez, de abandono existencial, de soledad que dominan el espíritu nacional, que deforman la vida particular de cada peruano de estos días.

En suma, hay un propósito de transmisión y solución de continuidad entre el peruano del siglo XVIII; es decir, entre Hipólito Unanue y cualquier lector de este tiempo. Y si este deseo no se ha logrado, consideraré con humildad que el proyecto fué ambicioso, que el aprendizaje de dragón —pues así ve Lao Tse al historiador, ya que éste vive sobre los tiempos— no ha llegado a su cabal dominio, a la suma perfección que es lícito aspirar, y que, por lo tanto, los usos del oficio y sus secretos continúan, aún, ocultos.

el autor.

CAPITULO PRIMERO

INFANCIA Y PRIMERA JUVENTUD. 1755 - 1777

El Poder Virreynal.— Situación del Perú a mediados del siglo XVIII.— Principales sucesos.— La ciudad de Arica.— Nacimiento de Unanue: 1755.— Su nombre y sus relaciones familiares.— La influencia de la familia y la del medio.— Estudios en Arequipa, hasta 1777.—

Alrededor de 1755, el universo colonial, en donde se habría de realizar la mayor parte del derrotero vital de Hipólito Unanue, era afectado por cambios importantes cuyo foco de alteración era entonces la metrópoli española. Cambios que correspondían a su vez a mutaciones en la historia del mundo occidental. A América hispánica, entonces, más que en ningún otro período de su vida, se la podría juzgar confinada a una historia marginal. Pero es justamente en los años de la vida de Unanue cuando el polo histórico dejaría de ser España y el vasto y ordenado mundo hispánico que halló a su nacimiento y que rigió buena parte de su vida, habría de estallar en las guerras separatistas para formar luego el archipiélago de naciones de origen hispánico, países y estados del siglo XIX a medio hacer y crecer, la metrópoli arruinada y, desde entonces, retrasada en el progreso europeo. Cuadro que

hoy podemos reconocer al mirar a ambos lados del Océano Atlántico.

Dentro del estilo de su tiempo, se diría que la conjunción de astros, a su nacimiento, no era favorable aún a la libertad pero sí a la cultura. A la intensa actividad cultural dirigida que fué norma del Despotismo Ilustrado. También las conjunciones celestes le eran favorables a los nuevos hábitos mentales de experimentación y curiosidad por la naturaleza. Es decir, el signo del tiempo era propicio para el surgimiento de la ciencia del XVIII en este lado del mundo.

En rápida síntesis, se podría decir que la situación de España era la siguiente: al morir Fernando VI sin descendencia, el trono era ocupado por Carlos III. Este asumirá el poder en 1759, siendo recibido con entusiasmo por las variadas castas y clases españolas, por el mismo pueblo al que Goya, en esos años, dará perfiles permanentes. Muchas de las determinaciones del nuevo soberano español habrán de influir en la vida política del criollo Unanue. Carlos III llamará a Cortes. Como su Primer Ministro nombrará a un italiano: Esquilache, hiriendo con este acto la susceptibilidad española. Aliará a España y Francia por medio de pactos de familia y provocará guerras contínuas con Inglaterra hasta 1783. Estos vínculos y enemistades políticas destinados a forzar sobre el ordenado tablero de ajedrez de reyes y dinastías europeas, la lucha contra la hegemonía de Inglaterra, determinarán a su vez, en las lejanas colonias de Ultramar, conductas particulares que definen los rasgos de este final del siglo XVIII en América. Así es como la amistad con Francia y el apoyo dado a la cultura por la Corte del Despotismo Ilustrado, permiten el viaje a América de expedicionarios aislados como los franceses Frezier y Feuillee. Y luego, empresas de mayor volumen histórico como las de Ruiz y José Pavón, Dombey, Malaspina, o político como las de Jorge Juan y

Don Antonio de Ulloa, y al finalizar el XVIII, como corolario de este siglo de viajeros curiosos y aventurados, la venida de Alejandro de Humboldt, representante genuino de la Ilustración Europea, gran viajero y naturalista, y tal vez, la última mente universal europea, que en América ensayara las posibilidades de obtener una concepción general de la ciencia de la naturaleza, la que intentaría exponer en sus cuatro tomos del "Cosmos", su ambiciosa, trunca y definitiva empresa espiritual.

Las guerras europeas, a su vez, empobrecían a los comerciantes criollos de América, debido a los impuestos. A comienzos de siglo, la anulación de las encomiendas había sido un duro golpe para la minoría de mayorazgos indianos poseedores de ilimitadas haciendas coloniales. Ahora, la supresión de la Feria de Portobello en 1740, los navíos de registro y de permiso, la nueva ruta por Magallanes,, los nuevos puertos, disminuían en mucho la actividad del puerto mayor del Callao, que había sido, durante el S. XVIII, la llave maestra del comercio en Indias. Muchos negocios limeños quebraron. Junto con este proceso de crisis en la estructura económica colonial, la civilización europea había iniciado una edad de deslumbrante razón y sociabilidad que los Ministros "progresistas", como Campomanes y Florida-blanca, deseaban improvisar para España y América. Aparecen, de este modo, las sugestivas Sociedades de Amantes del País, inicio de la voz nacional de las provincias americanas, que contó, paradójicamente, con el apoyo de la Corona.

Cabe decir, pues, que las dos grandes líneas del movimiento histórico de estos días, son, inestabilidad económica de las sociedades coloniales de América y en segundo lugar, aumento de la curiosidad científica. La ciencia peruana establece una solución de continuidad, desde la curiosidad palingenésica de un Peralta y Barnuevo o un Antonio de León Pinelo y sus hallazgos del paraíso en el

nuevo mundo, o las guías del tiempo de Cosme Bueno, anuncio de ciencia geográfica nativa, hasta llegar a las reformas educativas de Toribio Rodríguez de Mendoza, y la introducción de Newton y Descartes en los cursos universitarios a mediados del siglo XVIII.

Pero existen otros factores históricos, mas ligados a la manera de vivir el siglo y mas vitalmente unidos al destino de Unanue, ocurrentes en el seno del propio virreynato del Perú.

Cuando Unanue nació, el país acababa de ser visitado por los marinos D. Jorge Juan y Antonio de Ulloa. *La relación histórica a la América Meridional* que escribieron a su regreso, en 1748, como en las famosas *Noticias Secretas,* editadas en Londres en 1826, certifican la disolución administrativa y moral del Imperio Español en las Indias.

Para poder elevar su informe privado a la corona recorrieron íntegro Quito, la costa del Perú y la de Chile. El idioma que usaron fué claro, rotundo, pues no estaba el informe destinado a ser conocido públicamente. En él se detalla el estado lamentable de la población indígena: exponen detenidamente los abusos de los corregidores, los excesos para con los indios en mitas y obrajes; el despojo de sus tierras; la liviandad de los curas doctrineros. "Los indios están, —dice—, en una situación más cruel que los esclavos". La administración colonial admitía graves defectos y la depravación de las costumbres estaba extendida en el clero. En 1750, se sublevaban los indios cerca de Lima. Un maremoto en 1746, hace desaparecer el antiguo Callao y permite obtener al de Velasco, por su actividad y celo en la reconstrucción, el titulo de Conde de Superunda.

Hay malestar en la sociedad colonial. Los Jesuítas han sido expulsados del país. Las minas no se trabajan con asiduidad, debido a la carencia de brazos.

Y, pese a que el mar había sido amenazado por una escuadra inglesa de cuatro navíos, la paz de Aquisgrán de 1748, pacificó las playas. Inglaterra logró su empeñoso afán por tomar posesión de alguna región de América, y las islas malvinas fueron ocupadas.

Sin embargo, en el Mar del Sur se trabajaba en paz. De Panamá al Callao, y de éste al Cabo de Hornos, al abrigo del Poder Virreynal, muchas caletas y puertos menores llevaban a cabo una vida recoleta y vivaz. Entre ellos, el Puerto de Arica.

Arica era, a mediados del siglo XVIII, un activo núcleo urbano cuya vida dependía del comercio y del cabotaje. La villa, por la que vió el balbuceante cronista mestizo, Huamán Poma, cruzar el mineral de Potosí y el oro de Carabaya, estaba situada en una región periférica del Virreynato. Su destino era servir de enlace al mar austral y a la rica región del interior. Su sino estaba regido pues por el mar, y al mar habrían de ir estos duros baqueanos y comerciantes.

Su origen es incierto y probablemente anónimo. Se podría decir que su aparición en los perdularios del siglo XVI, se debe a una colectiva voluntad de posesión y dominio sobre el mar que ostentaba el pueblo español que vino a América. Su origen, en este caso, es semejante al del mismo Callao, el primer puerto de la colonia, primero "tambo", luego "villa" y "puerto mayor" que, como en el caso de Arica, careció de los honoríficos ritos de las fundaciones de ciudades españolas.

Sin embargo, Arica aparece en las Relaciones de Toledo en 1577, con cierta importancia. Debió haber poseído algún valor militar o estratégico pues Felipe II, en el Tratado de Tordecillas de 1592, la menciona como un hito en el mar Pacífico.[1]

En 1605, la sacude un terremoto. Soporta ataque de corsarios ingleses en 1680, que venían de saquear Coquim-

bo. En este hecho de armas destaca el Alférez Real Gaspar de Oviedo, quien organizó la defensa del puerto. En 1768, Amat dispone que se erija la provincia de Arica y su partido de Tarapacá, nombrando a Don Antonio de Obregón su Corregidor.[2]

La ciudad venía a quedar a doscientas ochenta leguas de la ciudad de Lima. Limitaba con Arequipa, cabeza de Intendencia, y "por el rumbo", tal como dirían los de la época, con la de Atacama por entonces perteneciente a la Presidencia de Charcas. Por el Este, con la Intendencia de la Paz. Su traza era igual a la de otras villas del Reino: calles rectas, tiradas a cordel, divididas en manzanas rectangulares, y una plaza mayor al centro de la traza. Las casas de la villa estaban compuestas de materiales simples, "sencillos telares" dirá en su descripción de 1792, Don Pedro de Ureta y Peralta, a diferencia del resto de "la provincia que construyen con adobes." [3] La fragilidad de los elementos arquitectónicos se debía al temor por los terremotos. La ciudad había tenido en años pasados un vecindario de mucho lucimiento, "numerosas familias de la mas alta jerarquía, y hoy solo conserva en su distrito algunos restos de aquellas primeras causas que los produjo," —dice el informe—. Se construía probablemente con madera, como aún se sigue haciendo hoy en muchas caletas de la costa peruana.

En la villa se empinaban la cruz de una Iglesia Matriz. Había, además, tres conventos: de la orden de Nuestra Señora de la Merced, de los Patriarcas de San Francisco y San Juan de Dios. "Todos pobres y maltratados." [4] Funcionaba un Cabildo secular con un Alcalde ordinario, además del noble cuerpo del ayuntamiento, presidido por el Corregidor de la Provincia.

En aquella ciudad marítima, pobre y laboriosa, nació el 13 de Agosto de 1755, Hipólito Unanue. Su padre: Miguel Antonio de Unanue y Montalivet, vizcaíno[5], y la

madre: doña Manuela Pavón, ariqueña, de aristocrático linaje. El padre, según Carlos Larrabure y Correa, era natural de Motrico de Guipúzcoa. Antes de venir al Perú había comerciado en Cartagena y Panamá, donde parece haberse casado con la panameña Josefa Bernal. Al llegar a Arica era viudo y se casó, por segunda vez, en 1754, con la Pavón. De este matrimonio solo hubo dos hijos, Hipólito y Josefa.[6] Parece haber tenido ancestro de hijosdalgo.[7]

El nombre de Hipólito quiere decir "destruído por caballos." Y se podría hallar una secreta correspondencia a los futuros caballos de la independencia que alterarían el espíritu erasmista de aquel niño. Cuando nace Unanue su familia solo poseía como medio único de vida, un buque de cabotaje que se incendió coincidiendo con su nacimiento.[8]

Este buque, según Alayza, hacía frecuentes viajes a las costas del Pacífico partiendo de Cádiz, por la vía de Cabo de Hornos hasta el Callao.

Así, los primeros años de Unanue transcurren en Arica bajo la influencia del medio marino, las sugerencias de la vida activa y pintoresca de los muelles, y la severa lección familiar. En la familia Pavón, un tío materno habría de decidir su destino futuro: Pedro Pavón, sacerdote entonces en Lima, quien desde el doce de noviembre de 1765, comenzó a regentar la Cátedra de Anatomía. O sea, cuando Unanue tenía 10 años de edad. En esos años recibía lecciones de primeras letras del clérigo Osorio, tacneño y pariente suyo.[9] La ciudad sería sin embargo la primera lección para Unanue, como para todo niño. El ambiente de la villa era de trabajo. Había una intensa "dedicación de todos los individuos a todos sus destinos y profesiones." [10]

No se conocía la vagancia. "Vivían todos ocupados, trabajando los jóvenes con la esperanza, los viejos con el premio," [11] dice un testigo de la época. El niño Hipólito,

hijo de un comerciante vasco, debió haber regustado en los puertos la fiesta de la vida misma en el color intenso de ese puerto colonial, donde se apretaban todas las castas impulsadas por el incentivo del regateo, en el comercio del ají, del algodón, del aceite y el maíz, ya del vino, en los productos del comercio colonial que bajaban en los lomos de las mulas baqueanas, conducidas por diestros arrieros; debió haber observado los lomos lustrosos de los negros, o la presencia de esos indios ladinos y pegados a la civilización que sólo bajaban para el tiempo de la cosecha, y que luego volvían silenciosos e impenetrables, a sus lejanas punas que él no conocía. Sus oídos estallarían curiosos, cuando hasta él llegaban las voces broncas de los mineros que hablaban un lenguaje erizado de maravillas con el que llamaban de modos distintos, como a una vieja amiga, a la dúctil plata perulera: barra, plata blanca, plomo ronco, metal negro, llinteria, plomo blanco, metal colorado, cochizo, plata gruesa... ¿Escucharía tal vez de niño la leyenda que circulaba en esos días, contada por mineros, de aquella gran piedra de 32 arrobas de la mina del Coronel? ¿O aquella otra de ocho arrobas, nada menos, que había hallado el caballero Loayza?

Por el puerto vería cruzar el variado bazar indiano venido de lejanos y desconocidos valles y cordilleras de Chile, Guayaquil, Panamá, Oruro, Charcas y Potosí.[12]

Era fama por esos años que las tercianas que azotaban a la población tenían como origen a los sargasos del mar o el guano de las islas.[13] Este sería, acaso, su primer contacto con el dolor humano, o, probablemente, la cercanía al Hospital San Juan de Dios de Arica, donde sólo se atendían indios.[14]

Pero su familia se proponía dedicarlo a la vida religiosa. De ella, sólo podemos discernir vagamente el plan general de una familia de clase media, de reducidos recursos, y con un claro pasado de linaje tras de sí. Niño despierto y ávido, habría de llamar pronto la atención. Así, en la visita diocesana practicada por el Obispo de Arequipa "prendado éste de su tierno ingenio y de la belleza infantil de su figura, resolvió llevarlo consigo y educarlo a su lado en el Seminario de San Jerónimo de Arequipa." [15] En cambio, Riva Agüero afirma que fué Chávez de la Rosa el benefactor del joven Unanue. Lo que descartaría la intervención de Don Jacinto Chacón y Aguado. Pero, en este, como en otros casos, Riva Agüero oculta sus fuentes y el origen de sus informaciones queda en el misterio. Por la seriedad del historiador consigno el dato. Pero tiene en contra, con Luis Alayza a la cabeza, a todos los demás biógrafos de Unanue.

Habría influído en la elección, no sólo las dotes naturales del niño, sino también el prestigio del sólido hogar del padre vizcaíno y la madre criolla y aristócrata. Don Jacinto Chacón y Aguado, que es como se llama este protector del pequeño Hipólito, lo lleva pues a Arequipa. Desconocemos la fecha. Por curiosa coincidencia, este Obispo vino de Cartagena a servir en Arequipa en 1755, el mismo año en que nacía Unanue. Cuando Hipólito solo cuenta un año, se realiza la quema de Panamá. En 1759, a los tres años, se observa en este hemisferio el paso del cometa Newton. Un símbolo de los tiempos que le tocaría en suerte vivir. Ese año, en agosto, moría Fernando VI. Pasan los años. En 1768, se separa Arica de Tarapacá. En Lima se estrena la plaza firme de toros, con dinero de quien con el correr del tiempo llegaría a ser otro protector suyo: Don Hipólito Landaburu. En 1770, se erigirá el Convictorio de San Carlos, donde estudiarán sus futuros amigos y compañeros de generación.

En Arequipa, según Vicuña Mackenna y Mariano Felipe Paz Soldán, se hospeda en el Seminario Conciliar de San Jerónimo. El propio Unanue nos dará, en 1793, en la "Guía Política", una noticia sobre el claustro donde

estudió teología. Este colegio fué fundado en 1616. Su rector en 1793, era Don Cipriano Santiago Villota, Prebendado de la Santa Iglesia. Había 18 colegiales con una renta de 2,018 pesos al año. La educación se había ampliado y había estado contraída a la Latinidad, Filosofía, Teología, Disciplina y Cómputo Eclesiástico. El propio Unanue cursa en esos años Gramática Latina, Filosofía y Artes.[16] Una nota cronológica sobre Unanue en 1830, exhumada por Lastres, afirma que había estudiado en el Cuzco, Humanidades y Principios de Jurisprudencia, lo que no es exacto con respecto al viaje al Cuzco. En cambio, sí, a la orientación de los cursos, pues con ellos podía Unanue optar por cualquiera de los derechos de la época, el civil o el canónigo. Tuvo como maestros entre otros a Diego Salguero Cabrera y Manuel Abad Illana.

La educación de esos años le brinda el acceso al latín.[17] El dominio de esta lengua, le permitiría, ya en Lima, formar e incrementar su esmerada cultura clásica. Mas o menos en 1777, decide viajar a la capital, tal vez con la firme intención de abrazar la carrera eclesiástica. En los Reyes habrá de conocer a su tío Don Pedro Pavón, quien decidirá, mediante su influencia personal, la vocación del joven Unanue. A los 22 años, en 1777, abandona Arequipa para viajar a Lima.

CAPITULO SEGUNDO

EN LA UNIVERSIDAD DE LIMA. 1777 - 1788

Unanue influído por Pedro Pavón decide estudiar medicina. — Las nuevas enseñanzas.— Los viajeros naturalistas.— La ciudad de Lima y los usos de la sociabilidad.— Unanue preceptor del joven Agustín de Landaburu.— Las tertulias señoriales y su ingreso a la sociedad limeña.— Grado de bachiller en 1783.— Introductor de Newton.— Amistad con Egaña y sus nuevas relaciones.— Fundación de la Sociedad Filarmónica.— Se gradúa de doctor (1786).— Concursos a la cátedra de anatomía y toma de ésta en 1788.— Muere Carlos III.

El cuadro de los acontecimientos parecía conducir al joven Unanue hacia la vida sacerdotal. Que abrazase al final de la adolescencia los hábitos, parece que era la intención de la tutela familiar. Se deduce tal deseo cuando se piensa en que eran tonsurados sus primeros preceptores;[18] en su educación en el Seminario de Arequipa; en la protección del mismo Obispo, Don Jacinto Chacón. En Lima, encaminaría pues sus pasos con ese propósito, a la Universidad Real de San Marcos. Las circunstancias, sin embargo, le permitieron hallar su propio camino. Posiblemente por recomendación de su propia madre buscó ya

en Lima a su tío, Don Pedro Pavón, para consejero y tutor. Este había sido Prebendado de la Santa Iglesia de Huamanga y Rector del Real Colegio Seminario de San Cristóbal, a cuyo cargo renunció para retirarse de la Real Congregación del Oratorio, San Felipe Neri. Dictaba la Cátedra de Método de Anatomía, desde 1760, además la de Filosofía y "gozaba de buen concepto por sus luces." [19] Tenía, pues, experiencia en el trato con adolescentes y sus consejos al joven Hipólito Unanue no pudieron ser mas oportunos y atinados, y así es como Pavón disuade al joven ariqueño de sus propósitos de ingresar al sacerdocio y, asegurándole estar elegido para otros destinos, le recomienda que inicie estudios de Anatomía.[20] Al aceptar, Unanue se vió libre de los remordimientos que asaltaron el espíritu de Erasmo de Rotterdam a quien se asemeja espiritualmente por el extravío de elegir la vida conventual sin vocación. De esta etapa de su vida, tan importante, que define en realidad su destino, no tenemos documento ni confesión personal alguna. Tenía Unanue mal desarrollado el sentido de la auto-biografía. ¿Es posible pensar que había en el alma del adolescente una curiosidad por la vida, por la experiencia de la naturaleza, que la vida monástica no permitía? O bien, que la influencia y ejemplo del tío catedrático de Anatomía le despertara una dormida vocación por la ciencia? En todo caso, la lucha fué bien corta, si la hubo, y pronto es presentado al médico Don Gabriel Moreno por su tío Pavón. Al lado de Moreno, su nuevo maestro, realiza sus estudios de Anatomía. Sigue otras disciplinas como las Matemáticas, Física, Historia Natural, Literatura Clásica, Latina, Griega y Moderna.

La carrera que había elegido era una actividad desdeñada, a las que se habían venido dedicando, preferentemente, mulatos. En su época, existía una marcada diferencia entre cirujanos y doctores. Se continuaba así el desprecio por la tarea manual de la medicina, el contacto

con los cadáveres, que era un rezago psicológico de otras edades.[21] Unanue conocerá los textos de Hipócrates, Galeno, Avicena, los manuales de Valverde, Heinster, Boerhave o Piquer.[22]

Funcionaban en Lima, en esos años, cinco hospitales. Santa Ana, San Andrés, San Bartolomé, del Espíritu Santo, Santa María de la Caridad.[23] Atendidos casi siempre por religiosas, la noción de medicinar al enfermo estaba unida a la noción cristiana de la caridad, como se ostenta en los nombres de los locales. Podía hallar en ésto Unanue el punto de fusión entre sus antiguos ideales de servicio religioso y sus actuales de servicio científico.

Sin el rigor que le hubiesen impuesto los claustros, Unanue puede echarle un vistazo al mundo en el que vive. Ha llegado a Lima en 1777, y ese mismo año se había mandado erigir el Virreynato de Buenos Aires, lo que afectaba seriamente al comercio de la ciudad en la que ahora vivía. Se prohibía, en esos años, hablar, disputar o protestar por la extinción de los Jesuítas. En 1778, Lima recibía la expedición de Dombey, Ruiz y Don José Pavón, destinada a avaluar los productos de la flora peruana. Aquella expedición era uno de los frutos del Despotismo Ilustrado. Años después, conocería a Pavón quien le dedicaría uno de sus hallazgos, dándole su nombre. (Unanue a Febrifuga).

En Lima, desde 1779, resonaban los bandos en los que se contaba cómo el Rey Carlos III había declarado la guerra una vez más a Inglaterra.

La seducción, el encanto, el goce de vivir de la Lima del siglo XVIII, la ciudad del río, el puente y la alameda que ha cantado Thornton Wilder. En "El Puente de San Luis Rey", la cantarina leyenda de esta ciudad aún nos sigue fascinando, como el cuento inacabable que brotará de una quieta fuente dormida. Y esta será la "polis" pe-

ruana, en donde Unanue ha de estudiar, trabajar y vivir de hoy en adelante.

Un viajero de atenta pupila, tal vez un francés de engolada peluca y atildado en el aterciopelado atuendo, como los que nos enviaban las Cortes Europeas en esos años, se hubiese sorprendido de hallar en la visión de esa ciudad indiana, las huellas de un aliento arquitectónico oriental. Un ritmo mahometano se lucía en la sugerencia de los miradores elevados, en las macizas torres, de colores pálidos y ligeros, o en la evocación morisca de las azoteas fatigosas, las desnudas fachadas que, como en el Cairo, ocultaban la magnificencia de íntimos patios interiores. "Pecaron las fachadas por pobres y monótonas, mostrando otro rasgo de atavismo musulman", dice Riva Agüero. Una ciudad morisca, en lejana familiaridad en la manera de cobijarse y construir moradas, y por ello también en la manera de afrontar el desgaste del tiempo y la vida. ¿Qué alarifes españoles habían recogido de la tradición urbana musulmana ese estilo de cortar las bocacalles en sesgo, la media naranja frente a sus Iglesias? ¿Quién introdujo el hábito de lucir los coloreados maceteros en las arabescas ventanas del lujoso balcón corrido? Y en las calles, en oriental promiscuidad de riqueza y suma indigencia, junto a los muros tensos en la piedra y el ladrillo de las mansiones señoriales, se rozaban los tapiales y el adobe del pueblo y sus diversas castas.[24] Era un símbolo de la época esta confusión. Dentro de la muralla de la ciudad y sus siete puertas, en el atrio de la Iglesia, en el mercado, en los templos, en las rumorosas alamedas se veía, recelaba y conocía nobleza y pueblo. Y sin ser una justificación del abismo social que separaba a los hombres desde el nacimiento, es preciso decir que en el tiempo de Unanue, como en una ciudad medioeval, se practicaba la democracia empírica de la vida común dentro de una misma urbe. La ciudad era un hogar colectivo, y hábitos de mayor cohesión

social existían entre sus pobladores que aceptaban, por otra parte, el desnivel jerárquico en la sociedad, pues creían ver descender el sustento moral de esa pirámide del mandato mismo de Dios, y de la ley natural de desigualdad. (Los pobres conocían en persona a los ricos, y entre éstos y la plebe no se había iniciado la absoluta separación que, dentro de los marcos de nuestra sociedad técnico-capitalista, conducen cada día más a producir dos especies distintas de humanidades, como lo temen para el futuro Orwell y Huxley.)

La traza de Lima denunciaba adelanto y boato. Las calles, escoltadas por las acequias, eran sombreadas por arboledas, numerosos templos asentaban pesadamente la fábrica común de la urbe. En los barrios apartados se cultivaban huertas "y muchas casas principales tienen jardines para diversión y recreo," como cuenta Haenke. Si uno de estos viajeros curiosos que visitara Lima, Ruiz o el propio Alejandro de Humboldt, hubiera ascendido el cerro San Cristóbal o el Agustino, habría visto de un solo golpe de vista, la traza de la ciudad, su "corte regular, acompasado y cortesano, como trazado por cordel" [25], las ciento cincuenta cuadras o islas, que contó Ruiz. El visitante habría divisado el río, que impedía cerrarse la muralla, y más allá, rompiendo la unidad de la ciudad, el dilatado "arrabal" de San Lázaro, al otro lado del puente de San Luis Rey. Lima se había ampliado, según comprobará, más tarde, el censo de Gil de Taboada y Lemos. El ojo del visitante habría visto una ciudad salpicada de huertos y arboledas. Los alrededores estaban ocupados, como lo cuenta el mismo Unanue, por cañaverales engreídos de sol, y por la anchura de los alfalfares, que roban sitio al rubio trigo y a la cebada.[26] En la zona rústica se alzaban los pueblos de Ate y Luringancho, y ya cerca del mar, los pueblos de indios pescadores, Surco y Miraflores, cerca de los "barrancos" y "chorrillos" que daban al mar, formando un

cinturón de trabajo y de placenteros sitios de reposo en los extremos de Lima. En estos últimos ya se habían levantado rústicas quintas a las que se llegaba luego de una alegre cabalgata a través del camino sur que unía Lima con el Morro Solar. En las costumbres se vivía, dirá José de la Riva Agüero, "el período de más tinte colonial". Se había formado el "criollismo que daba color propio a la vida limeña." Y, dentro de las casas de austera portada en las que un escudo nobiliario coronaba el frontis, de puertas grandes de roble fuerte y claveteado, casas que semejaban fortalezas y que parecían responder a una concepción ético-militar de la existencia; casas como asilo de hábitos seculares contra los aires corruptores de la nueva tierra, de ventanas voladizas adornadas por el remilgo del hierro forjado, solariegas y herméticas; dentro de ellas un nuevo ritmo de vida habíase infiltrado. Era, cierto es, la edad de las procesiones, la semana santa con gente vestida de negro, en la ciudad de los conventos y templos churigueres-cos. Pero era también la ciudad de Amat, la Alameda y las Fuentes de Aguas para satisfacer el capricho de una favorita. Era el clima versallesco y piadoso vividos por una misma humanidad. Dentro de las señoriales casas, había aparecido, pues, un uso de los nuevos tiempos: la sociabilidad, el regusto por la tertulia y la conversación. Los hábitos de hospitalidad criollos se robustecían en esta manera afrancesada que traía la época. No había Corte pero las mansiones consentían tertulias. Y por los zaguanes coloniales rumbo a la espaciosa sala donde esperaban los invitados y dueños de casa, cruzaban los elegantes de la época: levita y frac, zapato con hebilla de plata, empolvadas pelucas, casacas de encendidos colores, espadines cortos y relucientes. Ya en el salón, que resaltaba por la riqueza de los tapices, las porcelanas venidas de China y Laos,[27] las luces de candelabros de vidrio, los muebles finos de caoba tallada, los espejos largos y dorados, se ejercitaban

los ingenios en esa audacia elegante de las frases y el uso fácil del sarcasmo, que asombraría a los viajeros como Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Era el remedo de los salones de las favoritas de la Corte Francesa y sus placeres, el gusto por la lectura y la charla filosófica, los conciertos de música de cámara, la vida cortesana y áulica orquestada por el minué, y la gracia de las "madamas" limeñas que "unían a las perfecciones corporales las de entendimientos claros y perspicaces." [28] Se hablaba y leía francés. El tono criollo, burlón siempre, escéptico, dejaba verse en los epigramas. Una de esas "madamas" cuyas virtudes resaltaban unánimemente los viajeros, "genio alegre y risueño, su gracia y chiste natural, su afición al baile y la música,"[29] debió jugar en la vida de Unanue un papel fundamental.

En efecto. La precaria situación económica del joven estudiante de medicina le obliga a aceptar el cargo de preceptor de un joven de la aristocracia limeña: Agustín Leocadio de Landaburu y Belzunce.[30] Paradójicamente, su inestabilidad financiera le permite penetrar en la sociedad limeña. No sabemos si el padre vivía aún. Se ignora, también, cómo supieron de las innatas dotes para la enseñanza que poseía Unanue en la casa de los Landaburu. ¿Fama que provenía de las aulas? ¿Una gestión más del influyente y águdo tío...?

Madre de su nuevo pupilo es doña Mariana Belzunce en cuya casa se reúne una inquieta tertulia. A ella es invitado pronto el joven preceptor Unanue. Recordemos este episodio. Aquí se inician los años de ascenso social de Unanue. Para ser invitado a la casa de doña Mariana (la virgen madre a la que Ricardo Palma dedicó un sabrosa tradición), debió haber poseído Unanue un trato fino, la inteligencia propensa a la amabilidad, las dotes de simpatía, equilibrio y adaptación a los distintos caracteres humanos que le permitieron imponerse en la vida privada como en la pública y tratar durante su vida, con éxito, caracteres

tan distintos como Abascal y Bolívar, Monteagudo y Humboldt, Ruiz y Sánchez Carrión.

En esa casa establece Unanue vínculos definitivos con personas y corrientes sociales de la época. Por una parte, conoce de cerca a la nobleza limeña que le acoge con agrado por el doble lujo de su inteligencia y linaje. Desfilan por la casa de doña Mariana Belzunce aristócratas criollos, cuya conducta en los años venideros será notable por su ímpetu descontento y separatista. El Conde de Vista Florida, el de Montenar y Monteblanco, el Conde de la Vega del Ren, los marqueses de Santa María, Lobatón, Salazar y Muñatones. Incluso la familia del Virrey y de los Oidores así como los miembros del Tribunal del Santo Oficio; es decir, lo mejor de la sociedad limeña.[31] Pero no sólo conoce Unanue a estos orgullosos y ya descontentos mayorazgos, de títulos tardíos, sino que se vincula a hombres como Don José María Egaña, a cuya casa comienza luego a ir. De esta amistad habrá de nacer el proyecto de la Sociedad Filarmónica y luego la Sociedad de Amantes del País, origen del *Mercurio Peruano*, donde el estado de ánimo de la época, de las "élites" instruídas hallaron su voz propia y la definición de patria.

Además, Unanue tenía un discípulo. Y aunque "había ingresado dentro del mecanismo señoril" [32], como piensa José de la Riva Agüero (juicio éste, no exento de cierto desdén aristocrático), era una tarea agradable y un mérito debido a su corta edad. Había poca diferencia de años entre preceptor y discípulo, si se observan los años de graduación y actos públicos de cada uno.[33] Como era consciente de su destino, Unanue recordará siempre con afecto especial a esta familia. Ya viejo, guardará en su casa de Arona los retratos de doña Mariana Belzunce y de Don José de Landaburu.[34] Habrá de llamarlo en íntimos documentos y en confesiones póstumas: "discípulo, amigo y generoso benefactor." [35] ¿Pensaba Unanue que, con el tiempo, él habría de convertirse en heredero de su entonces diligente discípulo, en el administrador, heredero y gozador de los cuantiosos bienes de los Landaburu y Belzunce?

Más, en aquellos momentos, alternaba las visitas a su discípulo con visitas a la Universidad para escuchar lecciones de Cosme Bueno, Juan de Aguirre, Francisco de Rua y Callazos y de Don Gabriel Moreno. A este último guardará especial afecto. (Le dedicará su primer libro: "El Clima de Lima", y será ostentado por Unanue, en lugar privilegiado en su gabinete de estudio, su retrato al óleo). Como su otro colega, vivaz y final amigo Tafur, es adiestrado en los métodos y preceptos de la lógica aristotélica. Sus discursos posteriores señalarán la huella del orden mental, la sagacidad dialéctica, el ingenio vivo y dúctil para la polémica aprendido en el Estagirita. Hubo de lucir en esos años el traje de los colegiales de San Carlos. Corte del traje al modo de los Abates, con un escudo de Armas Reales prendido a la casaca. Sus maestros alardeaban, a su vez, la carolina bandera azul, cruzada al pecho, y el escudo sobre ella. Eran los años de Toribio Rodríguez de Mendoza. Unanue recibirá la senéjica influencia del inquieto movimiento de libros e ideas de ese tiempo. Se seguía en Religión a Pouget. La historia de la filosofía, la lógica, ética, el derecho natural y de gentes, y el derecho civil, observaban las reglas de Heinecio. En Física, curso de su predilección, Unanue leyó al padre Celis,[36] cuyo nombre se vincula a la penetración de Newton en el Perú. En Matemáticas hubo de leer al Abate Parra y en la Teología a a Duhamel. Tales eran los libros para estudiantes en la juventud de Unanue.

Tenía 26 años cuando debió haber escuchado con asombro las invectivas a la Corona que en el tradicional y pomposo acto de recibimiento ofrecido por la Universidad al nuevo Virrey Jáuregui, lanzó aquel joven catedrático de Vísperas de Leyes, llamado José Baquíjano y Carrillo,

tercer Conde de Vista Florida. A los dos años de este suceso, Unanue se gradúa de bachiller. Es 1783. Ese mismo año queda vacante la Cátedra de Prima de Medicina. Y se somete a oposición. Se presentan Juan Joseph de Aguirre, Baltazar de Villalobos, José Vicente Villareal y los bachilleres Miguel Tafur e Hipólito Unanue, según señala José Toribio Medina.[37] La obtiene Aguirre, jefe de la escuela empírica, para Lastres. Luego, Aguirre pasará a ocupar el cargo cortesano del Protomedicato. En la vida de Unanue este suceso tiene un matiz particular. Es el primer fracaso en esta existencia tan ordenadamente dirigida a la celebridad y a la gloria. Es de lamentar que no se haya hallado ni su tesis de grado ni los expedientes académicos de sus oposiciones a la cátedra. Documentos, éstos, invalorables para la exacta reconstrucción biográfica.[38]

En 1785, ya como bachiller, asiste a un acto académico —que es convocado con el falso prestigio de acto "literario"— en el cual su discípulo, Agustín de Landaburu, expone por primera vez las nociones matemáticas y físicas de Sir Isaac Newton en el Perú.[39] En esta tarea, tanto Unanue como Agustín de Landaburu continuaban la obra científica del padre Celis.

La dirección de los estudios de Landaburu, su contacto con las nuevas corrientes científicas, como las newtonianas y probablemente las de Descartes, las amistades adquiridas en la tertulia familiar, harán del discípulo de Unanue un hombre atento a los tiempos. La vida, sin embargo, deparará años muy difíciles al joven criollo, y sobre el último de los Landaburu se cernirá un destino trágico de frustración y destierro.[40]

Unanue, en esos años, se provee de una sólida cultura latina. Un vistazo a la lista de libros de su biblioteca nos confirmará cómo se cultivaba en esos años, frecuentando los clásicos. Desfilaron ante sus ojos Cicerón, en latín y francés. Homero, Teócrito, Racine, Iriarte, Plutarco, Tácito, Cornelio, Demóstenes, Salustio. Abundan las gramáticas latinas. Newton se hace presente con trece tomos, y Erasmo, que lee en castellano. Además, la filosofía de Descartes, la Ley Agraria de Jovellanos, el libro de viaje de la Condamine, la Política Indiana de Solorzano y la lógica de Condillac.[41]

Así, su prosa en el *Mercurio Peruano*, años después, delatará estas lecturas. Ostensible es su familiaridad con la historia de la antigüedad, abundante el uso de citas extraídas de textos clásicos, que era un hábito mental de los hombres de su tiempo. Su estilo estará siempre encuadrado dentro de la manera neo-clasicista, por sus párrafos largos, la elegancia discursiva y la tendencia a evitar los usos comunes o alguna ligereza en la elección de los vocablos.[42] La construcción de sus frases acusa un latinista. No fué un romántico del idioma como Vidaurre, o escritor de cláusulas sometidas a una lógica de repeticiones y silogismos brillantes, como es el caso de Sánchez Carrión.

El 23 de diciembre de 1786, opta el grado de licenciado médico y doctor.[43] Tenía 31 años. El acto se realizó en la capilla de la Universidad. Concurrieron el Rector Tagle y Bracho, sus maestros Don Gabriel Moreno, Baltazar Villalobos y Francisco de Rúa. Estaba presente, representando a la familia, Don Pedro Pavón. Los documentos de la época afirman que asistieron numerosos alumnos. El acto de la entrega de Grados, como lo ha estudiado Riva Agüero, era uno de los espectáculos mas pomposos y llamativos de la vida colonial.

Había cumplido así, el hijo del comerciante vizcaíno, una brillante carrera coronada por el éxito, al borde mismo de la fama. Pronto le vemos solicitando en el Real Tribunal del Protomedicato el permiso que necesitaba para ejercer. Paga el impuesto de la media anata, y es el mismo doctor Aguirre, que le había derrotado en su primer intento por

ocupar la cátedra de Anatomía, quién le toma el juramento hipocrático.

Esos años están marcados por una intensa actividad. Es posible que ejerciera inmediatamente. No salió de Lima. Y, a partir de 1785, intensifica sus relaciones con Egaña, en reuniones cada vez más "filosóficas" e inquietas. Era preciso organizarse más cumplidamente, piensan Unanue y sus amigos. Así nace, en 1787, la Sociedad Filarmónica. La fundan don José Rossi y Rubí, Juan de Egaña, Demetrio Guasce e Hipólito Unanue. La noticia de la Sociedad cunde y recibe adherentes: Jacinto Calero, Tomás Méndez Lachica, Francisco Gonzales Laguna y Francisco Ramos. "Se disuelven por viaje de algunos miembros pero alentados por Baquíjano y Cisneros se vuelven a organizar, después de 22 meses, como la Sociedad Amantes del País." (Riva Agüero).

Al año siguiente de fundada la Sociedad Filarmónica, en 1788, obtiene por concurso la cátedra de Anatomía, culminando así una larga ambición.[44] Había sido opositor suyo el médico Miguel Tafur, quien a pesar que Unanue le arrebatara la cátedra, será siempre (según Lastres que es su biógrafo) amigo y admirador suyo, pues, a propósito de un grado o prelusión, en 1794, le llamará "Galeno Peruano, Hipócrates Latino." Por su parte, Unanue a veces le llamará como colega para solicitarle opinión o para destinarle enfermos especiales. Como se observa, el carácter de Unanue evitaba la discordia. Poseía el don de tratar a la gente, el instinto adecuado para las tareas delicadas de la diplomacia.

Ese año muere en España Carlos III. Al año siguiente, en 1789, llega al Perú Don Gil de Taboada y Lemos. Importantes sucesos en este período virreynal afectarán a Unanue.

CAPITULO TERCERO

LA MENTE DE HIPOLITO UNANUE. 1791-1794.

Antecedentes: el "tempo" histórico del siglo XVIII. El reformismo de Carlos III y los criollos. La naciente burguesía. El nacimiento del indigenismo. Otra manera de ver la historia. Nuestros hermanos ex-jesuitas. Utensilios para una nueva dialéctica: Feijoo, Campomanes, Jovellanos. Unanue: ideología y sociedad. Análisis de la obra de Hipólito Unanue en el Mercurio Peruano. Qué es el Mercurio? Ideas de Unanue: sobre la naturaleza, Fe en la ciencia, Educación, cosmopolitismo, filantropía social. La respuesta a la Ilustración y al Enciclopedismo: defensa del país. Valor de lo criollo. La ruptura con el pasado colonial. Reivindicación del indio. Rechazo de la conquista. En su actitud pública quién se le semeja es José Baquíjano y Carrillo. Comparación de sus vidas y del Elogio de Jáuregui con el discurso en la inauguración del Anfiteatro Anatómico. 1789.

EL "TEMPO" HISTORICO DEL SIGLO XVIII.

El reformismo de Carlos III y los criollos.— Se diría que el siglo XVIII europeo había descubierto el movimiento, la sucesión de las cosas, el cambio de los gustos y placeres, de las modas y la posible alteración en las so-

ciedades y en los gobiernos. En suma: el cambio de la actitud misma del hombre para con el poder (rebeliones contra las testas coronadas) o para con la divinidad (ateísmo, deísmo, racionalismo). Es decir, la noción del progreso. De qué modo ese distinto "tempo" histórico viaja hasta América y conmueve a las plácidas sociedades coloniales, que bajo el amparo de España dormían una siesta de siglos? Son varios los estímulos culturales que preparan la aparición de una nueva ideología, opuesta al escolasticismo.

Es el tiempo de Carlos III, la edad del llamado "Despotismo Ilustrado." Y aunque se habían iniciado algunas reformas, ellas no disminuyen el recelo de las minorías cultas de criollos. Aquellos cambios en la administración española, reglamento de Comercio Libre en 1783; presencia renovadora en Madrid de Ministros como el asturiano Campomanes, conocido como regalista enciclopedista; o el enseñado inquisidor de Jesuítas, Floridablanca; la aparición de sociedades de Amantes del País primero en Madrid, luego en Quito, Lima, Habana, Panamá; el litigio de poder entre la Corona y los Jesuítas; no detuvieron el malestar social. Las sucesivas guerras de España con Inglaterra desde 1762 hasta 1783, por ser aliada natural de Francia por los pactos reales de familia, habían cargado de impuestos a los criollos americanos, empobreciéndolos.

La naciente burguesía.— Estos ricos criollos, mayorazgos herederos de las grandes haciendas coloniales en unos casos, prósperos comerciantes, beneficiarios de minas en otros, formaban lo que bien se podrían definir como una pujante y recién nacida burguesía regional, en pleno ascenso, que no se satisfacía con las mejoras introducidas por Carlos III, recogidas en el Reglamento de Comercio. Un complejo de fama y poder, tan ávido como lo había sido, hace siglos, el del propio conquistador español, aguijoneaba a estas nuevas generaciones de americanos. Y

aunque en virreynatos viejos y de probada fidelidad se había llamado a algunos criollos para formar parte de los cuadros burocráticos del Estado Español de Indias, los nuevos países coloniales, Venezuela, Buenos Aires, favorecidos por el contrabando y el libre comercio, eran focos de insurrección. Paradójicamente, el Perú y México sufrían los resultados de las nuevas leyes económicas. Los géneros de telas inglesas por ejemplo, introducidos desde Buenos Aires, competían con los nacionales. Los esclavos se traían a través de Charcas y costaban cerca de quinientos pesos.

El nacimiento del indigenismo.— El malestar crecía en América. Al descontento de las capas urbanas y burguesas trabadas en Lima por los controles, se sumaba el descontentó de las masas indígenas rurales contra las autoridades españolas. Y aquellos levantamientos de indios, ya en 1750, de varios caciques alzados en Huarochirí y que rondaron por las cercanías de la muralla de la misma Ciudad de los Reyes, hacen pues, meditar a los funcionarios de la Corona, "...del mucho abuso de corregidores y curas con la población indígena", como observa al Rey en su *Informe,* escrito en 1785, Don Luis de Gálvez, casi sobre las huellas del levantamiento de ese José Gabriel Condorcanqui, que en 1780 galvanizó las masas de indios, desenterró el mito del imperio incaico, y que se hacía jurar Rey en vez de Carlos III, empalando a los remisos. Las consignas de Túpac Amaru (contra los impuestos, los grandes propietarios, contra los corregidores, el peonaje y la recluta militar obligatoria) inician el primer gesto indigenista. Difuso, colérico, la rebelión por la rebelión misma, aún con odios de casta y raza, el levantamiento de 1780 es el primer gran gesto de las masas rurales por intervenir en la historia del país. A la resignación y pasividad, que era como una segunda naturaleza en el indio, propuso el

caudillo el mito de una rebelión contra el español e incluso contra el criollo. No era, acaso, ésta la señal de que no existía una idea de nacionalidad y que el Perú, como en los modernos estados coloniales, sólo era un territorio donde co-existían razas y clases explotadas y un grupo minúsculo de funcionarios? Que el proletariado interno que movilizó Túpac Amaru, no tenía con el país ningún contacto, con esa nueva sociedad mestiza, nacional, que aparecía luego de tres siglos? Que era puro proletariado? Es decir, hombres que no debían nada a nadie. Los impulsos de aniquilamiento que poseía la rebelión y que intentaba inútilmente sanear y retroceder la historia, la paralizaron. Los criollos que iniciaban la variante nacional, y el caudillo indio que pensaba regresar al Incario, no pudieron entenderse y la revolución fracasó.

Otra manera de ver la historia.— La historiografía ha acostumbrado a explicar todo el proceso, inquieto y alucinante, de ese mundo criollo del XVIII, por la simple influencia de las ideas de los enciclopedistas, o el ejemplo de la revolución francesa, o el de los Estados Unidos, hacía poco emancipado de Inglaterra. Se trataba, pues, de concordar de qué modo habían llegado los libros prohibidos a manos de los criollos como Caldas, Nariño, Mariano Moreno, Monteagudo, Riva Agüero, etc., y luego ver de qué manera éstos habían intentado aplicar la receta de Rousseau o Montesquieu a la caliente realidad americana. "...se presentaba el tránsito de la compleja época barroca del siglo XVIII como un salto brusco en el que hubieran emergido de la oscuridad y silencio colonial algunas cabezas ilustres que en las postrimerías del 1700, encarnan la ideología nueva cargada de elementos revolucionarios. En esta concepción un tanto teatral de la historia, a los escolásticos de nuestro medioevo americano los habrían reemplazado —sin saberse cómo ni por qué— aquellas cabezas

peligrosas, llenas de espíritu crítico..." dice Mariano Picón Salas.[45]

Es preciso, pues, resaltar también las circunstancias históricas y sociales y los estímulos internos que prepararon al advenimiento de los tópicos, proposiciones y mitos de la nueva ideología revolucionaria. En nuestro siglo XVIII peruano influyen, así, las reformas educativas que siguen a la expulsión de los Jesuítas. (Constitución de 1771 en San Marcos y Rectorado de Toribio Rodríguez de Mendoza. De Ignacio de Castro en el Colegio San Bernardo de Cuzco, y de Pedro José Chávez de la Rosa en Arequipa, como el que llevó a cabo en Trujillo, Baltazar Jaime Martínez de Compañón.)

Nuestros hermanos ex-jesuítas.— La expulsión de los Jesuítas, hecha en el mas cuidadoso secreto, dividió las opiniones en dos bandos: regalistas y papistas. Entre estos últimos podría catalogarse Don Joseph de Rossi y Rubi, secretario del Mercurio Peruano, pues, en la introducción a la segunda época de la revista, al referirse a la difusión del periódico, hace saber que aún en Italia se le conocía, gracias a la presentación que a la curiosidad europea habían hecho "nuestros hermanos ex-Jesuítas" [46] y es que la compañía había educado para la curiosidad y disciplina, a las más agudas mentes de la nobleza y el comercio y su exilio fué sentido por la clase culta. La conmoción de la sociedad limeña ante el violento ejercicio de autoridad de la Corona contra los Jesuítas se percibe en el *Diario de un Jesuíta desterrado desde su salida de Lima,* escrito en 1767[47]. "La ciudad guardaba luto", nos cuenta el anónimo Jesuíta. "La Alameda, adorno de la corte de Amat, estaba desolada, ausentes sus calesas, el bullicio de su cortesano pasatiempo. El Virrey presionó entonces a los criollos para que concurrieran al diario paseo. Sólo así volvió a la vida la Alameda, y Amat pudo contemplar los rostros melan-

cólicos y tristes de los nobles limeños. El Teatro de Comedias no se abrió hasta la salida de los Jesuítas del Callao." Acaso la noche en que se allanó la Compañía, debiendo leer Don Francisco Luque el edicto de expulsión contra los Jesuítas y frente a toda la congregación, a la que se había hecho salir de sus celdas con solo la ropa que llevaban puesta; no pudo iniciar la lectura, "...pues había sido discípulo, pidiendo perdón entre lágrimas por la ofensa...", ni tampoco pudo leerlo el Juez? Porque se acordaron, dice el expatriado Jesuíta, de sus años de noviciado en la Compañía. Y en los versos atribuídos a Juan Abad ha quedado prendido el desgarramiento, el violento complejo de persecución y culpa que se confiesa en ese romance español, intenso y digno como la mejor época de oro del canto popular peninsular:

Don Juan de Roca y seis jueces
que manejaron la empresa,
entre sombras de la noche
a la Compañía llegan
y en cuatro vientos partidos
por cuatro vientos la cercan.

No de otra manera armados
por todo el Colegio vuelan,
tropiezan consigo mismos
doscientos hombres y cierran
ángulos altos y bajos,
patios bajos y escaleras.

Un sentimiento casi contemporáneo, de protesta por el abuso de la fuerza y el poder, tal vez con la persecución de los jesuítas y los testimonios de este suceso se inicia en la Historia Literaria de América, la literatura de destierro, la dura flor del exilio.

No sólo dejaron entre nosotros los Jesuítas la sensación de su impotencia frente al poder real. Los años de enseñanza, la curiosidad por los viajes y la naturaleza, la audacia de sus experimentos sociales, legaron un ejemplo perdurable. Se ha querido hallar en esta magistratura jesuítica, con justicia, el eslabón cultural perdido entre el barroco y la enciclopedia. El humanismo jesuítico surge así como una solución de continuidad en la historia del pensamiento americano, y un antecedente importante para el surgimiento de la novísima concepción ilustrada del siglo XVIII peruano.

Utensilios para una nueva dialéctica.— Y aún el ejemplo de Feijoo, las propuestas sobre el problema de la tierra de Campomanes y Jovellanos son, al difundirse en América, elementos de disolución. De la meditación de los hombres de la ilustración española, toman los criollos los argumentos para su dialéctica emancipadora.

Paul Hazard, para explicar la crisis de la conciencia francesa, busca sus antecedentes en el siglo XVII. "No hay," dice Picón Salas, "tan brusca solución de continuidad entre la teología escolástica de nuestras universidades y la ideología del siglo XVIII." Y acude al ejemplo de Diego de Avendaño, autor del *Thesaurus Indicus* a quien encuentra afinidad con Locke. "Una concepción radicalmente cristiana de los problemas sociales y de la esclavitud negra." A esta tradición universitaria se suman, para explicar el cambio en las mentes de los hombres, la extensa literatura descriptiva de los viajeros europeos, las tertulias secretas, los viajes de los criollos a las cortes de Europa, como el de Olavide. La presencia de los libros prohibidos que llegan junto con los cortes de tela francesa e inglesa de contrabando. La aparición de "las gacetas" y "semanarios curiosos" ante el descubrimiento del nuevo mundo de la Naturaleza. El estilo de vida en el que gravita la influen-

cia francesa, en los salones de la sociedad de estancieros y mayorazgos, visible en los nuevos hábitos de sociabilidad y ocio ilustrado. Se polemiza. Y en la Universidad Real de San Marcos, los estudiantes levantan la candidatura del enciclopedista Baquíjano y Carrillo en 1783. Si la revolución francesa conmueve por sus excesos y violencias a los cautos hacendados peruanos,[48] los Estados Unidos son por suma oposición a la Colonia, la tierra patriarcal prometida con un nuevo horizonte de pureza, patria y autonomía política.

Unanue, ideología y sociedad.— En conexión con esta estructura social en movimiento dentro del marco ya inestable de la cultura hispana, surge la mentalidad de Hipólito Unanue. Para su análisis, el de sus ideas y opiniones, es preciso hallar, como lo quiere Manheinm, en una moderna perspectiva del problema de las ideologías, "...la comprensión sistemática de la correlación entre la existencia social y el pensamiento." [49] A la historia social interesa que de los cambios estructurales en el juego de las clases sociales surja una conexión clara entre el hombre y su circunstancia, y las concepciones de Unanue sean juzgadas en relación con su tiempo, haciendo de este modo inteligible la vinculación de las ideas de los hombres con las pasiones de su época. Unanue evidenciaría así, como lo habremos de estudiar, el choque entre la Ilustración Cristiana con las ideas enciclopedistas.

Análisis de la obra de Hipólito Unanue en el Mercurio Peruano.— Desde 1791 a 1794 colabora Unanue en El Mercurio Peruano. Es Secretario de la Sociedad. Anteriormente, fuera de sus dos tesis universitarias, inhalladas, no se le conoce producción intelectual alguna. Su caso es, al parecer, el de un hombre que se ofrece al público, maduro, formado mentalmente, desde su primer artículo.

Idea del Perú, como llama a su primera entrega al "Mercurio Peruano", posee el don de comunicación, el valor de lo esencial, propio de un literato de oficio. Cabe señalar los principales tópicos de este primer artículo: Descubrimiento de la naturaleza —que complementará más tarde, en 1806, con *El Clima de Lima*— la aparición de una idea romántica del indio, odio a la conquista, sensación de vivir en una edad de decadencia, filantropía social, admiración por la ciencia y por la educación útil, rechazo a las exageraciones de la Ilustración, confianza en la razón y el conocimiento, desprecio de los copistas o del sistema de autoridad, algunas ideas sobre el comercio, agricultura, minería y, sobre todo, la primera idea de Patria. Aparición de este concepto, fenómeno espiritual y político, que ha llamado Jorge Basadre: "la conciencia de sí."

Es necesario examinar las ideas sociales de Hipólito Unanue en *El Mercurio Peruano,* proporcionándole una ligazón ideológica entre el objeto social observado, el propio país, y el sujeto observador, o sea Unanue. Es preciso hallar la ligazón entre pensamiento y suceso histórico, entre ideología y situación social. A este fín está dedicado el siguiente capítulo.

El Mercurio Peruano.— La perspectiva que se adopte frente al Mercurio Peruano implica una perspectiva frente al siglo XVIII peruano. Jorge Basadre ha hallado en este período un conjunto de elementos capaces de modelar la conciencia nacional. El Mercurio será, pues, la primera noción de esa "conciencia de sí." [50] Para Víctor Andrés Belaúnde, este periódico es una manera nacional, la voz del reformismo que anuncia la emancipación.[51] Augusto Salazar Bondy halla en él una ideología separatista que anuncia cambios en el aspecto filosófico, científico, educacional.[52] Otros hallan la imposición del siglo sobre el espíritu de sus redactores, —la imposición de la

Ilustración— para Armando Nieto,[53] o el culto de la inteligencia y la razón cristiana para Pablo Macera.[54] Riva Agüero lo ve con desconfianza y lo considera el instrumento intelectual con el que se rechazan las ideas tradicionales. Historiadores extranjeros, como Mitre, lo han tratado con desdén, continuando un prejuicio historiográfico, generalizado a toda nuestra edad, del encuentro consigo mismo, que es la que conocemos, en la mensura esquemática de la historia, como la Emancipación.

Los antecedentes del Mercurio son ya bien conocidos. En 1787, don José Rossi y Rubí, Juan Egaña, Demetrio Guasce e Hipólito Unanue fundan la Academia Filarmónica. Se inscriben otros socios. Luego de un tiempo, a instancias de Baquíjano y Diego Cisneros, se transforma en la Sociedad Amantes del País, a imitación de la Vascongada. Para cumplir sus fines, la Sociedad decide dirigirse a la opinión pública, que es un emergente social de la época. La manera de llegar a ella, piensa la generación mercurista, es el periódico. En cuyo mal uso han incurrido las anteriores frívolas Gacetas y Semanarios, aquellos ensayos de periodismo, "curiosos y eruditos" cuyo fracaso no perdonan.

A Unanue, que ha participado en la redacción del reglamento de la Sociedad, se le otorga el honor de redactar lo que contemporáneamente llamaríamos el editorial. Es decir, la clave misma de la obra, la justificación ante los hombres y el destino. El dirá entonces en las primeras líneas, definiendo de un plumazo la historia cultural del periódico, que "el principal objeto de este papel periódico es hacer más conocido el país que habitamos, este país contra el cual los autores extranjeros han publicado tantos paralogismo." [55] Se definen así dos direcciones del Mercurio, que mantendrá siempre. Voluntad de arraigo al país o religamiento con la tierra y el compromiso con la circunstancia. O, juzgado de otro modo, el ensayo de una

respuesta a la ciencia europea, a las calumnias de la Ilustración contra América.

Quienes son estos hombres? Cuál es el lugar social que ocupan? Cuando el *Mercurio* ha llegado a su segunda edad, ya maduro, libre de los falsos optimismos de los primeros días, cuando la lucha contra los estigmas de esterilidad, que siempre han acechado la obra de inteligencia en nuestro suelo, aclara la voz de estos hombres, Joseph de Rossi nos dirá que ellos son "...jóvenes todos. Empleados algunos del Rey, otros graduados en los diversos servicios de la Universidad, otros Ministros en el Altar..." [56] En definitiva, hombres de la clase media colonial, vinculados a ocupaciones activas, y "...de las cuales pendía la subsistencia de nuestras carreras civiles." [57] Unanue dirá en 1794, que "...las ciencias sólo han prosperado en aquellos que no han tenido otras necesidades que el cultivarlas, o por que la suerte les favoreció con una hacienda..." [58] (estaba lejos de sospechar que él sería el heredero de los bienes de su entonces discípulo José Agustín de Landaburu). Hay un definido complejo burgués en los hombres del Mercurio, y la misma exaltación del trabajo manual, en los burgueses españoles de ese tiempo (como en Olavide y Campomanes, o en el criollo chileno Manuel de Salas en su "Estado de la agricultura, industria y comercio de Chile", 1796. Hay orgullo en Unanue cuando señala en su contemporáneos del Mercurio: "dignidad, carácter, desinterés", [59] o en Rossi que, con su sentido ético del tiempo, considera que "evitaban el ocio y la bagatela".

El público que eligen —pues toda revista o diario elige uno— es por lo tanto un público urbano, ilustrado, burgués. [60] "Comerciantes y chacareros, queríamos el sufragio de todos ellos." [61] El mismo público que eligió Belgrado en sus "Medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria y proteger el comercio de un país agri-

cultor", 1796. Sin embargo, esta burguesía criolla no era aquí tan receptiva, como en otros lugares, a la nueva ideología. En ningún momento ni Rossi ni Unanue manifiestan el regocijo del éxito. Al contrario, lucen un tono altanero propio de quienes se sentían personajes de una gran obra, tono que ha molestado a Riva Agüero y a Macera, pero que es sólo la exhibición de la propia estima, contra el desdén contemporáneo. Según ellos, el gusto por los periódicos no estaba formado aún. Son atacados por su juventud. A Baquíjano se le llama "muchacho desconocido" y otras cosas, pues se atrevía a los veinticinco años a juzgar a San Agustín y Aristóteles. He aquí el conflicto entre los defensores del sistema de autoridad y quienes pretendían implantar la sistemática de la experiencia.

Trabajan en plena libertad de criterio. "Cada cual medita, discurre, combina y escribe según sus principios." [62] Como buenos hijos del siglo, su curiosidad por el mundo no tiene paralelo. "...en el plan de la revista entra todo lo que hacen los hombres", dice Rossi, reaccionando contra una crítica por haber publicado versos amorosos. Con agudo sentido periodístico, los Mercuristas no desdeñan las noticias frívolas, como los artículos sobre el chocolate, historia sobre los cafés, etc. Hubo críticas a este estilo casi contemporáneo? Al parecer, sí, pues Rossi pregunta: "...hemos prometido que nuestra obra sería un libro ascético?" [63] De su importancia histórica son agudamente conscientes, y lo dicen a cada oportunidad.

Unanue, ido Rossi a España, nos contará las vicisitudes del periódico. Al mismo tiempo proporciona datos precisos sobre la manera y la forma de trabajar, así como dará la sensación de acabamiento, el ritmo acesante de la obra, "...podemos asegurar que casi sobre la Prensa formamos esta Introducción, y que hasta tomar la pluma no sabíamos cual sería la suerte del Mercurio Peruano al entrar el año de 1794. Parece que el destino de este periódico —agrega— es fluctuar entre la ruina y la esperanza." [64] Se había apagado el fuego de los primeros números. Porque era preciso, dice Unanue con acento prosaico, "aplicar las manos al trabajo." [65] Se escribe con prisa de periodista. Y Unanue se queja de haber dado a la luz "discursos desgreñados y sin crítica." [66] Han sido escritos de un día para otro. No pueden salir sus páginas ilustradas porque el único burilador de la ciudad, dice Unanue, está demasiado viejo y demora cada trabajo el tiempo de hacer doce misas.[67]

A pesar de las dificultades de tiempo, dinero y los conflictos psicológicos con la sociedad limeña, la última ardorosa junta del 20 de diciembre de 1793, logra que varios socios tengan concluídos con anticipación asuntos sobre "Historia, Literatura, Noticias Públicas del Perú". El Mercurio seguirá saliendo con la colaboración de don Hipólito Unanue hasta el 17 de agosto de 1794, (tomo XI, número 252), conteniendo su disertación sobre la Coca. El último tomo sería diseñado por el padre Diego Cisneros que lo pagó de su peculio.

Aunque no tuvieran, es cierto, un éxito inmediato, no es posible liquidar a desfavor este experimento cultural, este intento de hallar y agitar la naciente conciencia nacional. Leídos en la Corte, aplaudidos en Europa, felicitados por Alejandro de Humboldt, recordados siempre por los revolucionarios de los primeros congresos republicanos, tenían los hombres como Unanue y Rossi la sensación de su propio valer que, según Schiller, es lo que distingue al hombre grande de los demás hombres. "Hicimos," dirá Rossi, "una demostración de los vicios endémicos del Perú, y publicamos los resultados de todas estas peligrosas indagaciones." [68] Sin embargo, sabemos que la crítica a la sociedad colonial no fué intensa y menos radical. El tono del Mercurio siempre estuvo por debajo de la audacia del "Elogio al Virrey Jáuregui" de Baquíjano, por ejemplo.

Desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, su valor reside, tal vez, en haber librado del complejo cultural al criollo. El de dotar a la burguesía ilustrada de una voz propia. Se tenía en el país, por fin, sabios locales, doctores ilustrados, filósofos, que podrían ensayar sobre la desgreñada realidad americana un intento de ilustración, de ciencia, de auto-conocimiento. Y, sobretodo, porque al declararse públicamente "Amantes del País", eran los primeros en comprometerse con la utopía de una posible patria.

Unanue posea una idea entusiasta y sentimental de la patria. "Peruanos, el Mercurio ha llevado el glorioso nombre de Lima hasta los últimos rincones de la Europa y la América; sed dedicados y liberales, y lo conduciremos también a los extremos del Asia y Africa." Y luego añade: "Irá quizás a dar las primeras lecciones de racionalidad al adusto habitante del Niger, como las ha administrado a los salvajes del Ucayali." [69] Y, quizás, la imagen mas fiel de la voluntad civilizadora del Perú sobre la Amazonía, sea la que nos proporcione Fray Narciso Girbal, colaborador del Mercurio, si lo imaginamos en el primicial abandono de la selva bajo el ojo calcinante del sol, tratando de hacer comprender a los indios Panos que esos pequeños papeles donde estaban reproducidos sus propios artículos, hablaban de ellos. "Seguramente que éstos serán los primeros impresos que habrán visto esos hombres silvestres", medita Unanue desde Lima, al recordar en el *Mercurio* la ingenua hazaña de Girbal.

Brota de los artículos dispersos en los once tomos del *Mercurio Peruano* la huella de su curiosidad universal. Unanue, enciclopédico, no desdeña escribir sobre diversos y variados temas, cuyo punto común es siempre la realidad peruana. Como Jovellanos, a quien lee,[70] su prosa neoclásica alecciona igual en la Minería como en Transportes, Beneficencia, Comercio. Está dominado por el prosaísmo

del siglo. Las ruinas, las estadísticas, la geografía, el clima, las plantas, las misiones, las castas, los fenómenos biológicos, las actuaciones literarias son buenos motivos y le inspiran artículos en los que ejercita su devoción por el país. Utilitarismo social, aprovechamiento de la naturaleza, anhelo de bienestar, crítica educativa, parecen ser los ideales políticos de este riguroso observador de la naturaleza y de la sociedad. Y en el fondo, el dilema razón frente a la tradición, que domina el panorama de ideas del siglo XVIII peruano.

Idea de la naturaleza.— Cassirer observa que si se persigue en las ideas del siglo XVIII, el significado del concepto "naturaleza" se notará que el centro de gravedad se desplaza "...del apriorismo al empirismo, de la razón a la pura experiencia." En Unanue, la idea de la naturaleza es inaprensible sin el juicio libre.[71] Es preciso, "el discurso exacto, el juicio maduro y ya libre del yugo de la opinión, la observación consumada no sólo por la serie de los años, sino por la fuerza y la constancia, la prudencia, la sagacidad." Ve a la concepción de la naturaleza con un criterio empírico. Siendo un conocedor de Newton, no llega a establecer una relación precisa entre las leyes, fijas, inmutables, de la materia y las de la sociedad humana. Sin reñir con el dogma, él representa el triunfo de la ciencia natural sobre el mismo dogma. Aún sin proponérselo, coincide con Diderot en fundar la superioridad del derecho y la moral naturales sobre la moral teológica, por la efectividad. La materia le proporciona una idea de su aprovechamiento en beneficio social cuando habla de las misiones de Manaos, o de la planta del tabaco. Estas plantas útiles, a las que ofrece clasificar en beneficio del hombre, necesitan para ser conocidas "la experiencia y el análisis," [72] como lo invoca en su estudio sobre la coca. Es necesario poseer un "ojo especulativo y exacto." [73].

El dominio de la naturaleza física determina virtudes que luego dentro del marco de la sociedad humana son empleados para el bien común. De ahí su idealización del sabio y del viajero ilustrado. [74] Ellas determinan una "naturaleza", una nueva condición del hombre del siglo XVIII, que desembocará en el jus-naturalismo, y en la doctrina de los derechos del hombre y del ciudadano.

El mundo de la geografía, la botánica, los fenómenos biológicos y climatológicos, la naturaleza en suma, además de un tema de estudio, es la suscitadora de un orden mental y de un peculiar comportamiento. El orden natural no provoca, acaso, la reflexión sobre la necesidad de un mayor orden humano? Ciencia naturalista y enciclopedismo social se unen en el espíritu de Unanue, a la vez observador de la naturaleza y crítico de la sociedad.

Fe en la ciencia.— Confianza en la razón, en el conocimiento, como instrumentos conceptuales para dominar las cosas, son nociones subyacentes en la mentalidad de Unanue. La antigua ideología había alterado la verdad. "El espíritu de sistema, sus preocupaciones nacionales, la ignorancia a veces y el capricho han influído tanto en la mayor parte de las obras que el Perú que ellas nos trazan parece un país enteramente distinto del que nos demuestra el conocimiento." [75] Aunque en sus trabajos literarios cita a los autores clásicos, sólo por galana demostración de cultura clásica, no será más un preceptista. Con Unanue, introductor cuidadoso de Newton, el pensamiento peruano se libera del escolastisismo. Creyente durante su vida, su ideología escenifica la lucha entre la Ilustración enciclopedística y las categorías cristianas. La solución será esa curiosa Ilustración Cristiana de Unanue. El universo estaba repartido. En el dominio del mundo real, de las cosas, comienza a ser rechazado el dogma. Entre los problemas imanentes va a aparecer una ciencia laica. No interesa que el propio Unanue no fuera totalmente consciente de ello. El dominio de los cielos, sin embargo, sigue perteneciendo a la teología y al dogma. (Y la ciencia no lo disputará, aún bien entrado el siglo XIX). Cuando en el Anfiteatro Anatómico, Unanue organiza conferencias clínicas, recomienda no extenderse al disertante en "sutilezas metafísicas." El sólido dominio de las cosas interesa a este hombre fruto de la ciencia experimental de su tiempo. Unanue rechaza, pues, toda autoridad que no sea la de la experiencia. Lo contrario es ser un ente copiante.[76] Por último, los fines de la ciencia, según su idea, son la utilidad y el bien común.

Educación, cosmopolitismo, filantropismo social.— Las posibilidades de la ciencia, de la razón, para el mejoramiento del hombre son ilimitadas. Un credo de la perfectibidad del Hombre debido a las luces, (Educación y Beneficencia), pueden solucionar el dolor del hombre. El hombre es bueno, solo necesita "Ilustrarse" para alcanzar la "virtud". Para mejorar la decaída agricultura, cree Unanue que basta derramar las luces sobre los responsables de ella. (Sin que entren en su cálculo los complejos de un apetito de posesión y poder, de los cuales somos en este siglo tan dolorosamente conscientes). Manos muertas, explotación de indios y esclavitud, no determinan necesariamente el problema campesino. Unanue ve en él un conflicto fundamentalmente de educación, vale decir de técnica. Desde el Mercurio decide administrar a los hacendados una breve instrucción para el mejoramiento del ganado vacuno. No deja, por ello, el médico y el cristiano ilustrado que hay en él de observar la presencia del hambre.[77]

De este modo, frente al tópico de la educación, Unanue delata una confianza especial en la función social de la inteligencia en que es posible la felicidad de los pueblos por medio de la razón. De ahí proviene su acti-

tud normativa, su magisterio nacionalista, su fe y su amor al país.

Como la razón es común a todos los hombres, pues todos poseen por las leyes de la materia y las de Dios una misma naturaleza, la ciencia será necesariamente cosmopolita. Así, cuando se refiere a Tafalla, el botánico, recomendando se recojan al igual que en Madrid en el Jardín Botánico de Lima las especies vegetales, y se impida la "extinción de las luces derramadas" se podrá también "...mantener un giro perpetuo entre las montañas, Lima y el Jardín de Madrid." [78]

Pensando en una ciencia útil para el bien común, se deduce la necesidad de una filantropía social. Elogia Unanue a don Juan Antonio Díaz por "haber promovido un establecimiento favorable a la salud," [79] que eran unas termas en la villa de Huancavelica. La salud pública, piensa, es parte de la salud del reino. La beneficencia, dirá, es sin duda la mas grata y estimable entre las virtudes de los hombres.[80] Como médico y filantrópico crítico se ocupa del clima de Lima y sus ventajas; [81] de criticar la ciudad por la falta de aseo público; [82] de proveer en las minas para los indios trabajadores,[83] profesores, peritos que los alivien en sus contusiones, o de protestar porque la ignorancia ha despoblado el país con las minas y también con las comadronas.[84]

La ruptura con el pasado colonial.— Los hombres de las luces y el conocimiento, la clase intelectual de entonces, adoptan para el pasado colonial una perspectiva que si no implicase indiferencia y desdén, bien podría ser interpretada como la sensación de una frustración colectiva: la idea de vivir un experimento histórico inacabado. La sociedad mestizo-peruana no había culminado en una Cultura. Y no es sólo la idea de una decadencia; común noción a Baquíjano, Unanue, Diego Cisneros. Es algo más profundo aún.

Es el convencimiento de ser víctimas de un trauma colectivo producido por una historia nacional en perpetuo quehacer y deshacer, como en los mitos hindús, en que el universo sufre cíclicos comienzos y acabamientos, y estar por ello sujetos al capricho de la tornadiza voluntad inhumana de los dioses.

En las estrofas de nuestro Himno Nacional, o también en los mas elaborados versos de José Faustino Sánchez Carrión, "los trescientos años de servil cadena" [85] van exponiendo la peculiar sensación de ruptura del tiempo, de la natural continuidad de las cosas, que poseen los hombres de esa época; noción presente en los versos de Olmedo a Bolívar y en los discursos de Monteagudo o el cura Arce en el recinto de la Sociedad Patriótica. Estos hombres del reformismo del siglo XVIII, y más nítidamente, los de la revolución, creen haber salvado prodigiosamente un gran vacío histórico. Aquel que los separa a ellos, epígonos del alto período colonial, con los últimos incas. Los une su común adversión al Imperio Español. Y rechazando "la ominosa cadena", es decir, la colonia, fabrican el prestigio del Imperio Incaico. Criollos, todos educados bajo la Ilustración y el propio escolasticismo español, en ese afecto tardío a los desposeídos Incas se sienten solidarios. Es el encuentro con el mito de una edad feliz, del paraíso perdido, del imperio idílico bebido del Inca Garcilaso. En sus bibliotecas no deja de haber algún ejemplar de los Comentarios Reales.[86] Formados dentro de los marcos intelectuales de la cultura europea, son afectados por la crepuscular fatiga del enciclopedismo que se obstinó en idealizar el mundo natural, al buen salvaje, buscándolo mas tarde o en las selvas de América como en la "Atala" de Chateaubriand, o en la cultura persa, como Montesquieu.

Reivindicación del indio. Rechazo de la conquista.— En nuestra Ilustración, esta actitud se encarna en la reivindicación del indio peruano y su clandestina cultura, y unida a esta idea —fuerza— la censura de la hazaña de la conquista. Son gestos espirituales contra la administración española que Riva Agüero calificó de "burocrática y cesarista" en el siglo XVII, y contra los vicios heredados de la corona en el siglo XIX, y con ellos va formándose la idea de la leyenda negra de España en las Indias. Y a medida que se afianza este concepto va apareciendo, como en el caso de Unanue, un curioso y desconcertante preromanticismo indigenista.

Indigenismo y prestigio del Imperio Incaico, así como anti-hispanismo y leyenda negra son casi la misma cosa. Se diría con respecto al primero, al indigenismo, que es una fijación colectiva permanente en la conciencia de sí del pueblo peruano que se yergue cada cierto tiempo en los momentos de crisis y cambios; tal vez unido al recuerdo del Imperio, la utopía de la justicia social. Jorge Basadre ha propuesto una clasificación de los momentos culminantes de este itinerario ideológico del indigenismo peruano. Cabría resaltar, sin embargo, que en ella están mezcladas los instantes científicos, arqueológicos (europea y yankee) y quechuistas (españoles), los estéticos como los políticos, (prosa de Garcilaso y Huamán Poma, escuela cuzqueña). Pintura de este siglo XX junto con indigenismo de la primera post-guerra. Cabe señalar algunos hitos de este último instante. (Túpac Amaru, Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana; de Gonzales Prada hasta el Apra; "la tésis de las minorías nacionales" del marxismo cuzqueño de hoy).

Existe una coherente línea ideológica desde el descubrimiento del problema indígena en el siglo XVIII, (levantamientos indígenas, auge de la leyenda negra contra España exacerbada por la historiografía protestante,) la

exaltación del indio en la generación de los primeros republicanos (los incas reconocidos "nuestros hermanos mayores" por el Congreso Constituyente de 1822; invención de la "nación reciente," sin pasado, es decir sin relación con España). Hasta llegar, ya en el siglo XX, a ese deseo de auto-conocimiento y definición que ata indigenismo e hispanismo en una dialéctica permanente a través de la cual y por medio de fusiones ideológicas, se va aclarando la concepción de una conciencia nacional, y ¿porqué no?, de nuestra propia utopía social.

¿Qué sentido tendría estudiar el pensamiento de ese hombre que conocemos como Hipólito Unanue, frente a los problemas de su tiempo, su concepción del indio y la conquista, si no lo unimos a nuestros propósitos contemporáneos, puesto que vivimos en un mismo suelo y recibimos un común legado de civilización, un idéntico compromiso con el país? No hay historia, no hay patria, si no se realiza lo que ha llamado Barres: el diálogo con la tierra y los muertos. Pero vamos un poco mas allá: ¿Qué es patria sinó la fidelidad de un pueblo a sí mismo?

La mente de Hipólito Unanue al intentar dar una "idea del Perú", en el prólogo del primer tomo del *Mercurio Peruano,* invoca al Imperio de los Incas. Pero la evocación es difícil. Le faltan elementos claros y no acoge los que ha recibido de Garcilaso, de quién desconfía. Un imperio. "...cuya fundación por los incas quedó envuelta en las tinieblas, en un conjunto de fábulas, y en una tradición incierta." [87] Los mitos mantenidos en la memoria popular, las toponimias no convencen a Unanue. El es un hijo de la Ilustración y carece de aquella penetración a través de la simpatía, que es un producto posterior en la técnica histórica dado por el romanticismo. Verá solo en la historia un mito amargo, tal vez didáctico. A lo mucho, un ejercicio literario. No carece de memoria. Pero el cuadro histórico

Biblioteca de la Academia Diplomática del Perú

reconstruído es el de un filósofo filantrópico de su tiempo. No el de un historiador.

Sin embargo, los incas son pensados como un pasado nacional, patriótico. Si no fuera así, no lo hubiese considerado como un antecedente de la realidad a la que presentaba en aquella "Idea. . .". Alguien era, pues, culpable de esa oscuridad de la falta de huellas. Naturalmente, ellos son los conquistadores españoles. Ellos, piensa Unanue, han cumplido en el Perú de los Incas el mismo papel destructor que los Persas, y compara las iras de los conquistadores con "las iras de Cambises contra Egipto." Pero, "así como éste no pudo destruirlos, (a los egipcios) y así pudo llegar a nuestros días los muchos restos inestimables de la sabiduría Egipcia, tampoco han visto su aniquilación los monumentos de los incas." [88] Reprocha el "furor, la codicia y la ambición" [89] de la Conquista. El no haberse detenido en el dominio de la tierra, sino que "el execrable hambre de oro llevó la desolación hasta los sepulcros." [90] Se desperdigaron los vestigios del pasado, y lo lamenta, pues "multiplicadas e íntegras las memorias del antiguo Perú sería más fácil el delinearlo y más hermosa la copia." [91] Esta opinión sobre la conquista, que le impide escribir con claridad sobre los Incas, —pues en sus citas sólo aparece un cronista, Calancha— la repite, cuando habla sobre la coca. En el complejo, minas, indios, coca y justicia real, cita a Solórzano, y la opinión sobre los conquistadores, "si la codicia no los hubiese llevado todo tras de sí." [92] Estaba, dice Melchor Fernandez Almagro, de moda en el repertorio filosófico y literario de la época, la idealización del indio, la desconfianza, cuando no la reprobación de toda fuerza coactiva.

Para Unanue, las pretensiones de Pizarro y Almagro fueron ambiciosas. En ningún momento aparece la noción del "complejo de honra," y de "ir a valer más a Indias," que atenúa y confunde la comprensión del ímpetu de los

soldados que dominaron la América y que ha estudiado, en nuestros días, José Durand llamándola con sintaxis contemporánea: "la transformación social del conquistador." Para Unánue, para un hombre del siglo XVIII que vive en los años de la disolución del Imperio Español en Indias, aquello fué solamente "hambre de oro", como lo repite no sólo ya en sus artículos del *Mercurio,* sinó también a viva voz, frente al Virrey en la pomposa ceremonia de Inauguración del Anfiteatro Anatómico. Y aunque el tema central de este discurso sea, además de su interés por la Anatomía, su opinión sobre las causas del despoblamiento que luego trataremos, cabe destacar aquí su referencia al "despotismo y la tiranía traídos por la conquista" [93] por la cual se despobló el Perú; "huyeron los naturales a las cavernas, a las selvas inhabitables y desamparadas las Provincias, quedaron yermas, sacrificadas a la voracidad del tiempo." [94] Dicho ésto, que era una censura, un tomar posiciones, aún refiriéndose a los primeros actos de España en América, habrá de negarlo a continuación con lujo escolástico, llamándola "una idea funesta", atento a la dialéctica de las ceremonias universitarias. Igual recurso había usado Baquíjano en su célebre "Elogio" para criticar al régimen español. Primero se exponía una tesis que pecaba de atrevida contra la Metrópoli. Luego se la refutaba. Pero la queja era dejada caer, sutilmente, sobre las conciencias criollas y sobre la vanidad de las autoridades peninsulares.

Ocupan lugar privilegiado del pensamiento de Unanue los naturales del reino, es decir, el hombre indígena peruano. Admira sus andenes, "la pericia de esta nación en la hidráulica y la agricultura." [95] Había observado sus hábitos de comunidad, "la utilísima costumbre de unirse hermanablemente para los trabajos rurales de sementeras." [96] ¿Dónde los había visto? ¿En Arequipa, mientras era colegial de San Gerónimo? ¿O en Arica, conversando con los indios ladinos que bajaban a los puertos, para ser braceros por

cortas temporadas...? Queda el dato, para la antropología y la etnología, de que en su época se conservaba, con vigor, el trabajo de minka.

Reprocha a los españoles no haber mantenido ni adelantado los acueductos. De los vestigios del imperio, que permanecían en la sociedad colonial, admira los quipus, los aravicus, en los que destaca la "suavidad, ternura y dulcísima melancolía que es el alma de estas composiciones." [97] Menciona diversos monumentos y ruinas de las que parece haber tenido noticias frescas por medio de viajeros e informadores, (en esos años no había salido de Lima). De Tiahuanaco dice que "es sin disputa, anterior a los Incas" [98] adelantándose a la moderna arqueología. Conocía su pirámide, sus colosos de piedra. Habla de Chachapoyas, de Pachacamac "pueblo derruído", ya en esos años. Y Quito, Cuzco, el camino de los Incas por cuya real existencia inicia una discusión con la propia Enciclopedia. El Imperio le impresiona por su opulento dominio sobre los metales. Se interesa "por los socabones de oro" de Escamaro, Chilleo y Abitanis. Por la plata de Choquipiña y Pozco. De Curahuara el cobre, en Carabuco el plomo. Y por las magníficas minas de fierro de Ancoraimes. Una arquitectura subterránea que deslumbra a este hijo del mercantilismo y que prolonga en el pensamiento del siglo XVIII el mito áureo del Perú. Alaba el gobierno de los Incas, tomando la versión de Mancio Serra de Leguízamo y la del cronista Calancha, amén de la de Garcilaso. Elogia sus amautas, sus médicos, "excelentes herbolarios."

El indio había poseído, según Unanue, durante el Imperio, un impulso poderoso a la inmortalidad. A diferencia de algunos tratadistas de este siglo, que niegan al indio toda noción de más allá (Valcárcel, Mariátegui), este sentido de la precariedad de la vida se ostentaba, dice, en los monumentos arqueológicos tales como Tiahuanaco, "obras destinadas a competir en duración con la eternidad,

no sólo por lo sólido de su materia sino también por los sitios que fueron erigidos muestras de su pericia en la escultura y su ambición a la inmortalidad." [99] Las momias, piensa Unanue, "tenían como finalidad precaverse de la corrupción y vencer al tiempo destructor." [100] Aquella era, pues, una concepción metafísica no sólo del hombre sino de su propia comunidad. Era un actitud trascendente. Además, se comprende pocas veces el valor significativo de la obra de arte indígena. La arqueología la rescata. La estética la sitúa, la admira. Falta entender su sentido. Unánue al reconocer el afán trascendente del legado artístico de las culturas andinas dió un paso. El otro sería indagar sobre lo que en nuestro tiempo Sorokin llama: "La intencionalidad del objeto." Los antiguos peruanos carecieron de un lenguaje escrito. Pero ellos, me atrevo a decir, pintaron y esculpieron por la misma razón por la que el hombre moderno escribe. Por dotar de un hombre lo que jamás ha sido nombrado.

En fin, su actitud frente al indio de su época era paternal, protectora. De acuerdo a su tiempo: filantrópica. La situación del indio era "una voluntaria ruina." [101] "Con ser pescador apenas come del fruto de su trabajo. Contento con su maíz, con sus papas y su chicha, mira la multiplicidad de manjares como una voluntaria ruina de la salud y de la vida." [102] La colonia, a lo sumo, era culpable de su despoblamiento. Por otra parte, rechaza la idea de que ellos sean el origen del mal gálico, el cual atribuye a los negros. "Rarísimo es el indio que lo padece, mientras es frecuente en los negros." [103]

Esta pasividad que atribuye al indio, tiene, en Manuel Lorenzo de Vidaurre y su "Plan del Perú" de 1817, un contraste ideológico. Este criollo habrá de afirmar que "el indio no era ya más el hombre de la conquista." Tesis dinámica que bien se podría oponer a la de Unanue, que consideraba que en la pirámide de castas coloniales el indio era

lo que en una semántica contemporánea llamaríamos "una invariante social", (al modo de Pareto).

La respuesta a la Ilustración. Defensa del país. Valor de lo criollo.—

Se trenzan en la urdimbre ideológica de Unanue estos conceptos. Si el *Mercurio Peruano* se había fundado para hacer conocer el país, esto se hacía debido a la urgencia de contestar a los "paralogismos de los autores extranjeros." [104] La actitud de los Mercuristas tenía, pues, desde su nacimiento una tendencia polémica con la ciencia europea.

Al conocimiento del país se sumaba la tarea de alejar los mitos que ocultaban la realidad de la América. Había llegado para el continente la *edad de la razón.* "...En los felices días en que vamos presentando a la sabia Europa el verdadero retrato del Perú, y desvaneciendo las calumnias originadas de la absoluta ignorancia que se ha tenido hasta ahora de este país venturoso, merecemos igualmente ver salir de su seno ideas que esclarezcan el imperio de la filosofía..." [105] Era la famosa polémica sobre la inmadurez de la naturaleza americana y la inferioridad de sus seres vivos. Corrían en el siglo XVIII las tesis de Buffon y De Pauw. En aquellas viejas Polémicas sobre el Nuevo Mundo, como las ha llamado y estudiado Antonello Gerbi, interviene Unanue, puesto que el núcleo de la discusión gira sobre el mundo natural, y él era, por temperamento y profesión, un observador de las cosas y las gentes.

Acusa a la Ilustración y al Enciclopedismo de tener prejuicios localistas. Así, por ejemplo, el camino de los Incas origina una réplica de Unanue, pues, "los autores de la Enciclopedia en el artículo América, niegan haber en el Perú tal vereda. No hay otro modo de convencerlos sinó que hagan un viaje y verán los restos suntuosos que nos han dejado. Quisiéramos que unos filósofos que se glorian de tener por Patria a todo el mundo, no fuesen tan falaces

y enemigos de la verdad desnudándose de las preocupaciones nacionales cuando lean a Garcilaso a quien levantan mil testimonios." [106] Otro incidente con la curiosidad europea con el Perú: Las cartas peruvianas de Madama Grafigny. Ellas habían dado motivo a "un señor italiano de la Academia de Grusca y a una duquesa de la misma nación para escribir un grueso volumen en quarto titulado "Apología de los Quipus." Luego de citar a Garcilaso, dice Unánue: "describe el autor con tanta confianza la Gramática, el Diccionario de los Quipus, y en fín, cuanto es relativo a la Quipografía que desde luego creeríamos había sido algún Quipocamayu de los Incas si por desgracia no fueran erradas todas sus conjeturas." (A Raúl Porras debemos la versión exacta de este incidente, que no fué sino la fantasía de un Don Giovanni que, por conquistar una dama, inventó un idioma para hablar de amor y terminó en líos con la Inquisición).[107]

Lo maravilloso, lo quimérico, lo místico que se había fabulado en siglos sobre América debería ser racionalizado. La tarea es acabar la edad de los mitos. La Amazonía, por ejemplo, había hospedado el ensueño de los conquistadores, sus ciudades hechas de bruma y murallas de amarillo oro. El reino del Dorado que había lanzado a Girón a Gonzalo Pizarro por el caos ofídico de la selva, para satisfacer el difícil complejo de fama y riqueza del hombre del XVI, había hallado, en la enmarañada geografía amazónica, una capital: Manoa. Unanue, geógrafo racional, hombre del maduro XVIII, fatigado de quiméricas empresas, en busca de lo real y no de lo maravilloso, racionalista, anti-místico, decide acabar una vez por todas con el misterio. El Dorado no existe, afirma, "los palacios encantados volaban de provincia en provincia burlándose de los investigadores," [108] dice recordando los múltiples esfuerzos realizados por llegar al quimérico Paititi. Se admira que el padre Padilla,

en el Orinoco Ilustrado, "...en mediados del siglo presente pudiera sostener la existencia de ese reino fingido." [109] Señala que este padre había hecho "ensalada de los nombres de Manoa, ciudad de Laguna, Omaguar y Enaguas." [110] Es notable, dice, que el propio Condamine anduviese perdiendo el tiempo en ubicar el Dorado. Poder del mito sobre la razón. Los lagos de oro que creen haber visto los misioneros y aventureros, aclarará Unanue, las arenas de este metal que arrastran los ríos de la cordillera que desciende sobre el Marañón, en sus brazos, como igualmente al Orinoco. "Las ciudades, estatuas, tejas de oro, etc., inventos de la ambición, deseo de ver lo maravilloso."

No sólo se modera la perspectiva europea en el mundo natural, en la opinión sobre los Incas, o en la verdad sobre la geografía amazónica. La idea del hombre mismo americano debe ser reavaluada. Es preciso honrar antes a hombres como Ulloa, pues "este ilustre autor ha sido el primero de los españoles que, tratando a los habitantes de estos países, elevó su pluma a la contemplación del hombre en su sistema moral y aún en el fisiológico." [111] El criollo, el hombre nuevo de América no es inferior al español, por ejemplo, "los generosos espíritus (españoles) transplantados a este dichoso suelo, no han perdido el honor ni la virtud." [112] No sólo iguales cualidades, tan hispanas, arriba señaladas sino que incluso afirmará que "el buen gusto, la educación y el dulce trato son prendas íntimas de todo peruano." [113] El nuevo mundo brinda perspectivas halagüeñas pues, a los que en él nacen les ha tocado "el privilegio de ejercer con superioridad la imaginación y de descubrir cuánto depende de la comparación." [114] El hombre criollo posee "destreza y pericia en la escultura y pintura, sin más enseñanza que su genio." [115] Y, aunque estas afirmaciones son posteriores —El Clima de Lima, 1806— continúan un movimiento natural del espíritu de Unanue: la confianza en la calidad del americano, su posible perfectibilidad por

medio de la educación, sentada en las páginas del *Mercurio Peruano*.

Hay, a grandes rasgos, contenida en la actitud de Unanue frente a la Ilustración, un fenómeno de separatismo mental, muy interesante. Alguien, ya en América —estos sabios criollos— tiene una idea de América macerada desde un territorio extra-europeo. Y, quizás más importante, tiene una "idea de Europa" desde aquí. Esto indica en la burguesía urbana mercantil —a veces ennoblecida— que representa Unanue y el *Mercurio Peruano*, la aparición de un sentimiento regional que no desestima el legado cultural peruano; que va definiendo por oposición a contrapelo la noción de patria y de criollo; que ejerce sobre la tierra que habitan una perspectiva propia: una emancipación espiriritual que en la polémica con la Ilustración se inició, tal vez; la desazón del aislamiento del criollo resuelta por el arraigo a la nueva tierra y a su destino, (aún incierto); la transformación del gusto por poseer las ideas y la técnica de la vieja Europa por la observación de la naturaleza americana; religamiento de "las élites" con la tierra; el que Unanue apelara a la historia, a la geografía y a la botánica, para contestar a la Enciclopedia en un inicio del miraje sobre nuestra realidad y como antecedente de posteriores interpretaciones; el vínculo de unión entre la ciencia naturalista del XVIII y el enciclopedismo del XIX; en fín, que la disputa aún teórica sobre la concepción adecuada para el fenómeno americano precedió a la crítica educativa y a la crítica económica sobre la sociedad colonial, y éstas mismas antecedieron a la dialéctica política. Seguir el pensamiento de Unanue es conseguir una solución de continuidad entre estos estados de conciencia.

Algo más. La polémica de los ilustrados americanos contra los enciclopedístas se realizaban, sintomáticamente, en una época de ascenso de las burguesías regionales, del ocaso del viejo colonialismo europeo. El comportamiento

ideológico de Unanue es el típico de un criollo en medio de la política borbona. Del naturalismo enciclopedista pasa inmediatamente al estudio de la sociedad. Su entusiasmo por la ciencia refleja una forma de la ofensiva burguesa observada por Octavio Gil Munilla, como una señal de la crisis del antiguo régimen en las ideas sociales de los ricos propietarios criollos.

Unanue está, pues, íntimamente ligado a los ideales y prejuicios de su tiempo. Es un *hijo del siglo* y los artículos del Mercurio son sus *confesiones*.

Baquíjano y Unánue: reformistas del siglo XVIII.— Para comprender la mentalidad del reformismo del siglo XVIII peruano, son testimonios invalorables tanto el "Elogio a Jáuregui" de José Baquíjano y Carrillo, tercer Conde de Vista Florida, como el discurso de don Hipólito Unanue al inaugurar ante el Virrey Gil de Taboada y Lemos, el Anfiteatro Anatómico en 1792, titulado "*Decadencia y Restauración del Perú.*" En ellos se puede rastrear un estado de ánimo común, una idéntica actitud de clase y reconstruir a través de sus opiniones la huella vital de dos ilustres peruanos, cuyas vidas escenifican los intereses políticos, las pasiones de su tiempo ante una común circunstancia. He aquí la opinión de dos personalidades criollas sobre el éxito o el fracaso de la civilización española en América. Pero es preciso observar "las simpatías y diferencias" de actitud y de ideas de los dos precursores.

Con justicia se ha hallado, por parte de Riva Agüero y Rizo Patrón, en "El Elogio" de Baquíjano, "un remoto anuncio de independencia." Miguel Maticorena, que ha hallado nuevos documentos sobre el Conde, vé en él "el testimonio más significativo de la vida peruana" en ese siglo. José A. de la Puente Candamo "una imagen del resentimiento" de los criollos de entonces frente a la Corona. En cambio, el discurso de Unánue sólo ha interesado a Valdizán desde un punto de vista médico, y a Luis Alayza y Paz Soldán, biográficamente. Más conocido y famoso el primero, de él se ocupan todos los libros de Historia del Perú. "El Elogio" está ubicado como un acto de coraje, de sinceridad, de independencia. Marca un instante de la conciencia peruana, como la propia revolución de Túpac Amaru que la precedió. En cambio, el discurso de Unanue no ha sido analizado. La fama de sabio naturalista del ariqueño ha ocultado, como en otros aspectos, su voluntad de hombre y su pasión por el diagnóstico social sobre el Perú de su tiempo.

Cuando Baquíjano lee su discurso, el 27 de agosto de 1781, la situación económica es crítica. Se acababa de crear el Virreynato de Buenos Aires. Medida que no favorecía a los comerciantes limeños. La visita de Areche había finalizado sin llevar a cabo las mejoras en la administración ni en la justicia públicas. A lo mucho había ajusticiado a Túpac Amaru. Unanue debía tener 26 años. Era oyente entre otros cursos, de lógica aristotélica. Debió haber admirado la dialéctica interna que fiel a los ritos académicos usó Baquíjano para hacer, alternativamente, el elogio y examen no sólo del Virrey sino del Reino mismo, pues en medio de las alabanzas de estilo "de esas flores dictadas por la circunstancia emitió conceptos que eran una novedad para la época y encerraban veladamente una admonición." (Vargas Ugarte).

Es preciso señalar la situación personal de ambos en el momento de la emisión de sus respectivos discursos. Los dos son catedráticos, y jóvenes. Baquíjano lo es de Vísperas de Leyes. Unanue de Anatomía. Ambos habían obtenido las cátedras por concurso. Baquíjano es rico, noble y dentro de la Universidad un adolescente prodigioso. Dictaba lecciones a los trece años. Unanue ha elegido una carrera nueva, pero su nombre, sin linajes nobiliarios, se murmura en los salones de la casa de los Belzunce y de

Egaña a donde asiste. Es un hombre emergente. Representa la voluntad mesocrática colonial así como Baquíjano la burguesía enriquecida y ennoblecida. Baquíjano no tiene otro fín en el discurso que cumplir su secreto propósito. Unanue, en cambio, va a agradecer el apoyo oficial; el anfiteatro por el cual ha luchado tanto va a ser realidad. Este compromiso refrena cualquier intento de crítica. Sin embargo la hay. Baquíjano será perseguido y hostigado debido al tono del "Elogio." Se le llamó entonces "un libelo sedicioso." De Madrid se ordenó se recogiesen los ejemplares. El discurso de Unanue fué publicado en el *Mercurio Peruano*. Baquíjano habría luego de escribir su arrepentimiento y además sería derrotado al intentar asumir el Rectorado. Unanue no sólo no sufriría censura alguna sino que redactaría parte de las Memorias de Gil y ascendería hasta el Protomedicato.

Pero puede encontrarse aquí, morigerado por las circunstancias cortesanas de los discursos, el eco de las parcialidades y bandos que Jorge Juan y Ulloa hallaron entre los criollos y los españoles. Es la protesta por la administración del Estado Español en Indias. ¿Cuáles son las objeciones de Baquíjano a la administración española? En principio manifiesta su horror y angustia ante la injusticia y la guerra. Menciona los errores de la conquista. Destaca la calidad humana de los indios. En su aguda crítica, en un lenguaje que no se había escuchado jamás dirigir al representante del Rey, reprocha la dureza del gobierno: "Mas ¿de qué modo serena V. E. la inquietud y ahuyenta la consternación, y fuerza la ferocidad? La sangrienta política aconseja que el ultraje ha de tener término, pero no su castigo, que el perdón autoriza la ofensa, que es flaqueza ceder a la piedad." Hay alusiones directas, pues, a las inconvenientes medidas represivas tomadas hacía pocos años. "Destruir a los hombres no es ganancia... las pérdidas igualan vencedor y vencido... que las armas que sólo rin-

den el miedo, en secreto se afilan..." y dirá luego: "que el bien mismo deja de serlo si se establece y funda contra el voto y la opinión pública." "Qué mejorar al hombre contra su voluntad ha sido siempre engañoso pretexto de las dictaduras." Guía del criollismo descontento, Baquíjano protesta contra los excesos de un gobierno fuerte. Un gobierno que "no reúne la voluntad de aquí con la voluntad de la metrópoli." (J.A. de la Puente C.). Su deseo es atenuar el despotismo de la época, aliviar a los peruanos de la pesada administración centralizada que a la manera francesa impusieron no sólo sobre América, sino incluso en las provincias Vascongadas, Aragón y Navarra, los Borbones en el XVIII. Su posterior conducta señala la conducta de un fidelista, a lo más un liberal en las Cortes de Cádiz, en donde se reunieron con Unanue en 1814. El análisis del discurso de Unanue nos señalará, a pesar de la ausencia de represalias, lo cerca que estuvo de Baquíjano. El orden de la "Decadencia y Restauración" bien puede ser el siguiente: Primero, elogio de las luces del Virrey Loas por la Sociedad de Metalurgia de Arequipa, por la aparición de nuevas ciencias: la astronomía. Luego, referencia a la Medicina, raíz de la decadencia o restauración. Después, demostración de la "Despoblación del Perú." Se apoya en citas de Ulloa, censos anteriores, etc. ¿Cuáles son las causas de la despoblación?, se pregunta. No son las catástrofes. No fué la conquista. Aquí ha demostrado primero los males de ella, para luego negarlos. Por ello, en vías de explicación, se lanza a demostrar la ignorancia de la anatomía. Se deduce, así, la necesidad del conocimiento de la Anatomía para el poblamiento del país. La causa de la despoblación ha sido el trabajo de minas y las viruelas. Aparece, así, la idea de creación útil ligada a una crítica social.

Como se puede observar, en realidad, el discurso gira sobre el tema de la población del Perú. La conquista, las

minas, el abuso para con los indios había despoblado el país. De qué servía un país despoblado?. . . ". . .los imperios dilatados y sin moradores son cuerpos fantásticos, cuya magnitud es un atributo imaginario, son unas vastas soledades que, lejos de aumentar la reputación del Trono, enervan el vigor, son una carga gravosa y perjudicial. ¿De qué sirven los pueblos arruinados? ¿De qué los países fértiles sin agricultores? ¿De qué las minas poderosas sin operarios?" "Faltando los brazos que aren los campos, rompan las entrañas de la tierra y den impulso. . ." Ataca duramente a la conquista. Acusa a la empresa de Pizarro y Almagro de ser movida por el hambre de oro y, para atenuar la acusación, o porque así lo sentía, elogia a la Gasca, es decir, al inicial representante del poder del Estado Español de Indias.

En ambos discursos hay indiscutible reproche y a la vez cierta ingenua confianza en ser escuchados por parte de los funcionarios españoles. El tono de Baquíjano más audaz, el acento más agudo y crítico. Prudente, Unanue se mueve con serenidad dentro del tema ensayado, una crítica aun más real de la época, (cada día se importaba más esclavos negros por la carencia de brazos), a la vez que da por sentada la idea de la decadencia. Ambos se habían educado dentro de las causas y sus reglas de juicio y disputa. En sus discursos, modelos de oratoria profana de la época, se puede observar la ágil retórica que le sirvió de instrumento para burlar la vigilancia del Virrey y decir lo que pensaba. Lector de la Enciclopedia, Baquíjano aparece mencionado en los Anales de la Inquisición, y la Biblioteca de Unanue ostenta obras de Condillac, Descartes, Newton. Pertenecientes a una burguesía culta, urbana, vinculada al comercio, (del que habían obtenido gran parte del dinero para la compra de títulos), viven en los últimos años del predominio económico peruano y observan, luego, el debilitamiento del comercio colonial. Tema preferente de ambos, será éste, como se nota en los artículos de Baquíjano en el Mercurio, en especial la "Disertación histórica y política sobre el comercio en el Perú", o en los de Unánue. Habrán de contemplar con entusiasmo la obra del Despotismo Ilustrado. Permanecerán desconfiados o ya en contra claramente, como Unanue, de la Revolución Francesa y creerán cumplir su destino al encontrarse en las Cortes de Cádiz como delegados peruanos. En los años previos a la cita han seguido sirviendo a la Corona. Baquíjano hasta 1790 en el desempeño de tareas judiciales, como Protector de los Naturales. Su presencia en la Judicatura de Minería y Comercio, estudiada por Miguel Maticorena nos permite afirmar que era perenne su vocación fidelista.

Cuando fué elegido Consejero del Estado viajó a España y su nombramiento causó regocijo público, tanto en la nobleza criolla como en el pueblo donde era conocido, como lo dejan ver documentos de la época. Podemos asegurar ahora, según los papeles hallados por Carlos Deústua, que la desconfianza a Baquíjano no había desaparecido ni en la Corte ni en Lima, como creía Riva Agüero. Unanue había sido en ese tiempo amigo y consejero de Avilés y de Abascal, quien le elogia. *"El Clima de Lima"* le había consagrado. En 1810, había firmado un manifiesto para pedir a la Corona la igualdad de los criollos, manifiesto que conmovió al Conde de la Vega del Ren, quien lo firmó de rodillas. En 1813, colabora en *"El Verdadero Peruano"*. Acepta luego ser enviado del Perú a España. Allí habrá de confundirse con el propio Baquíjano. Y ambos quedarían desilusionados por los resultados de las Cortes de Cádiz.

CAPITULO CUARTO

LOS PASOS DE ASCENSO SOCIAL 1791 - 1796

Actividad de Unanue en la Sociedad de Amantes del País.— El periodismo de Unanue, curiosidad por el país, atractivos y repulsas.— Variaciones sobre un estado de lucidez: El Mercurio y el Perú vegetativo.— La amistad con Gil de Taboada y Lemos.— Fundación del Anfiteatro Anatómico. (1792).—El sabio Unanue.— Contacto con la ciencia de su tiempo.— La casa de Unanue.— Lo nombran Cosmógrafo Mayor del Reino.— Escribe las Guías Políticas.— Participó con el Virrey Gil en las Memorias (1796).— Unanue alcanza la fama y la experiencia del poder y del mando.—

Para Unanue, éstos fueron años de su ascenso social en la jerarquía colonial peruana. De humilde estudiante venido de un puerto lejano, sin rentas y sin títulos, habrá de encumbrarse hasta asesor y amigo del Virrey Gil de Taboada y Lemos. Unanue no hacía, pues, otra cosa que beneficiarse con la movilidad social del Despotismo Ilustrado y el prestigio que para la inteligencia guardaba el humo de su tiempo. "A los beneficios de esa política ajusta su mentalidad y su conducta," dice Riva Agüero. Esta época se puede ceñir a las datas de 1791, época de su primer artículo

en el *Mercurio Peruano,* y a 1799, cuando casa y hereda una fortuna, (aunque no goce de ella inmediatamente).[116]

La enorme actividad de este período parece que se concentraba en tres maneras de encarar su circunstancia, en tres direcciones de su temperamento: a.— Actividades político-filosóficas (Sociedad Amantes del País); b.— Influencia político-formativa en la sociedad colonial (artículos del *Mercurio,* amistad con Gil de Taboada y con nobles criollos); c.— Influencia científica (Cosmógrafo Mayor del Reino, edición de las *Guías,* Fundación del Anfiteatro Anatómico). Hay correspondencia entre estos intereses. Sin la Sociedad de Amantes del País no hubiera logrado la difusión de su nombre y sus principios de amor al país, que exhibió en el *Mercurio,* no hubiese podido acercarse al círculo privilegiado de cortesanos que rodeaban a Gil de Taboada, y llegar a ser uno de ellos. Sin la amistad del Virrey no hubiese podido lograr materializar el sueño del Anfiteatro Anatómico. Debió ser ésta la época más feliz de la vida de Unanue. Sin embargo, no nos ha dejado otra huella que sus dispersos artículos en el Mercurio, en los que se puede reconstruír, no sólo su ideología y actitud mental frente a su tiempo, sino el carácter mismo de *Unanue,* el inventario de sus pasiones y afectos.

Estos años son, sin duda, los de la madurez. En pleno desborde vital escribirá, organizará, será ya desde ese instante el suscitador de toda empresa peruanista, el animador de la pasión, entre sus contemporáneos, por el Perú y el conocimiento. Que van para él, hombre de la Ilustración, ligados. Amar al país es conocerlo, habría pensado Unanue. Y conocerlo será, tal vez, curarle de sus males, como lo planteará en *"Decadencia y Restauración."* Un ideal de médico, llevado a la escala nacional, en común lenguaje hábil en hallar taras, males y enfermedades colectivas. El diagnóstico de nuestros tumores sociales congénitos al organismo del país, como luego lo habrán

de señalar, en un parecido acento positivista, los peruanos de fines del XIX, como González Prada, Villarán, Javier Prado, en alucinante correspondencia ideológica con Unanue.

Por esos años los hombres de la Sociedad Filarmónica se reúnen en la *Sociedad Amantes del País.* En ella Unanue juega un papel principal. Había formado parte del núcleo iniciador. Es redactor de sus bases, con Baquíjano, Egaña y el editor Calero. Es elegido Secretario de ella.[117] Redacta el primer artículo del nuevo periódico. Hay que creer que debió haber gozado de la confianza de sus contemporáneos, si se recuerda que la Sociedad tenía una estructura académica y sus miembros estaban jerarquizados, como data Riva Agüero.

En el Mercurio Peruano, Unanue será un colaborador constante. Escribe en todos los once tomos. Salvo en el último, que redactó y organizó el dinámico Padre Cisneros. Su seudónimo, Aristio, usado en la primera época del periódico, y luego su nombre completo compiten con los de Baquíjano, Rossi y Lachica en profusión y constancia. Una temporada le conocemos en que se ausentó de los índices mercuriales. De noviembre de 1793 a enero de 1794, pues se ocupaba entonces de la confección de las *Guías del Reyno.* Aparecerá luego el tomo X con autoridad. Habiendo viajado Rossí y Baquíjano, siendo Unanue secretario, él pasaba a ocupar la jerarquía más alta de la Sociedad.

Se inicia en esos años la amistad con el Virrey Taboada. No sabemos cual fué el medio. Lo cierto es que Unanue comienza a ser desde entonces un hombre vinculado al poder y al uso de gobernar y mandar.

¿Asistió el Virrey, socio honorario en grado principal de la Sociedad, a los debates y sesiones? ¿Conoció ahí a Unanue? ¿Le llevó a Palacio alguno de los nobles limeños,

recomendándolo por sus luces? ¿Algunos de los artículos del Mercurio fueron consultados por el propio Gil?

Unanue había obtenido ya el ambiente que le era mas propicio. En la Universidad donde asistía a los actos públicos como catedrático, [118] en la Sociedad de Amantes del país, en la casa de Egaña y en la Corte del Virrey le rodean personas atentas a su voz y gestos. Compañía culta, buena mesa, noble conversación. La atmósfera de los "Coloquios" de Erasmo, a quien leía. Y leía ávidamente. Debió haber sido encantador este sabio palaciego, de sutil tacto para con las pasiones humanas, de intensa curiosidad nunca satisfecha. Como los hombres del Renacimiento Italiano, poseía el don de la gentileza, además de un ilimitado deseo de comprender lo extraordinario e incluírlo en la vida real.

Esta avidez por lo real-maravilloso se manifiesta en el Mercurio. Hemos dicho que aquí se hallan las huellas de sus pasiones y afectos. Pues bien, Unanue pertenecía a una generación que había crecido junto con el novísimo arte de imprimir periódicos y gacetas. Para el mundo de aquellos días era todavía un órgano recientemente puesto en uso. La gente se sentía más unida, vinculada por medio de este nuevo medio de formación social. Es interesante observar cómo la necesidad de comunicación, el periódico, le es tan útil a estos hombres como la oratoria pública. No son oradores sino escritores, publicistas diríamos ahora, articulistas, ensayistas. Hombres en busca del verbo, pero, a través de la rotura del silencio en la conciencia de los hombres, en la conciencia de cada uno. Se dirigían a la razón y al conocimiento, y menos a la pasión. Vendrán otras edades de oradores. Unanue lo será esporádicamente. Sin la imprenta no es posible pensar en la figura, en los hombres del *Mercurio,* y de Unanue, tal como lo conocemos. La Imprenta, el periódico, les permitió dar nombres a las cosas que los rodeaban, llamar patria al país, es de-

cir, convertirse en conciencia, elegir la nueva condición humana y la libertad, a la que habían aprendido a desear en los textos de los filósofos de la ilustración francesa.

¿Cuáles son los fenómenos de la sociedad peruana que van interesando a Unanue en el lapso de 1791 al 1794? Observamos en el Mercurio la marcha de esta mente ávida y crítica. En marzo de 1791,[119] le preocupa el estado del Reino, su minería, agricultura, educación, ilustración, caminos, pasado histórico; confía en las posibilidades del humanista y del filósofo. En abril,[120] lleva a cabo una intensa crítica contra el aseo de la ciudad de Lima. Luego, se ocupa del *Clima de Lima,*[121] con lo que observa que este siempre fue tema predilecto suyo. El 5 de mayo asiste a un acto literario universitario del joven Cerdán, [122] lo que le permite extenderse sobre la elocuencia académica y sus mecanismos. El 12 de mayo alaba a dos mineros por ayudar a la salud pública; [123] estaba en funciones el médico. Se ocupará luego de la botánica; [124] en enero de 1792, volverá a felicitar públicamente a quien colabore en la empresa de dar salud y preservar la vida: a Don Juan Antonio Díaz, que había instalado unas termas en Huancavelica.[125] Ese mismo año se dirige a los buenos patricios para la fundación de un Jardín Botánico.[126] Acudía así Unanue a la voluntad del grupo dominante: los buenos patricios. Todo propendía, pensaba, al progreso; la naturaleza, el Rey, los tiempos mismos. Sólo la voluntad, es decir la virtud de los patricios, definirá el éxito social. Es preciso la intervención del patriotismo para alterar la historia, para que las cosas se hagan. En el principio era el Verbo, pensará como San Juan. ¿No tenemos derecho a sospechar hoy, en el siglo XX, que este peruano del XVIII, Don Hipólito Unanue, articulista del Mercurio, poseía una concepción idílica de la historia en la cual al hombre en estado de conciencia se le ha otorgado el papel principal? Etno-historia ésta, en que las fuerzas del instinto y la ma-

teria, o sólo el caos de las cosas, la no-humanidad, no disputaban ni impedían al hombre de esos días la elección de su destino. El hombre era gestor consciente de su destino y el progreso era un dogma insospechable de falsedad.

En enero también le vemos un gesto de época: Elogia a Cavides.[127] Recordemos que los años posteriores a esta sintomatología periodística, habrían de ser los de la revolución y los primeros de la República, y también del auge de la sátira y de la burla epigramática.

Dijimos que el temperamento de Unanue y de su generación era hallar lo real-maravilloso. Esto se vislumbra en el interés, no solo científico de Hipólito Unanue por el gigante indígena Basilio Hualias que había aparecido en Castrovirreyna, cuya aparición noticia en el tomo IV, página 293-297. No sólo es la curiosidad científica. La mirada inquisidora del médico o el naturalista. Es, en mayor medida, la curiosidad universal por el hombre mismo y sus secretos. En menor grado, el gusto por lo extraño, lo curioso, lo anecdótico.

En junio de 1792, lamenta la pérdida de Manoa.[128] En noviembre de 1792, pronuncia el discurso a la Inauguración del Anfiteatro, que analizaremos aparte.[129] En mayo de 1793, se queja, y sólo aquí alcanzamos a ver un tanto la situación íntima de Unanue, su situación personal, pues, con parquedad, ha evitado la confidencia que nos pudiera guiar sobre el estado de su alma en esos años.

En ese mes, se queja de la condición del literato. "Obligados los literatos de estos países a trabajar el triple que el simple jornalero para poder alimentarse." [130] En mayo luce Unanue un complejo burgués-cristiano. En él se mezcla la salvación personal, con los marcos de plata, a raíz de que el Licenciado Juan Joseph Olivos, al fallecer el 12 de octubre de 1792, había dejado cien mil pesos para las almas del Campo Santo de Huaraz.[131] Y aunque el

incidente es nimio, se nota en él la calidad de uno de los arquetipos sociales de la época —toda época tiene uno— que consiste, en este caso, en la confusión de la opulencia perulera con la piedad cristiana. Este eclesiástico era un modelo del patriotismo, la piedad y la riqueza de la época. Un complejo burgués que respetaba Unanue.

En junio de 1793, da la noticia de las primeras demostraciones anatómicas. Se había comenzado a llevar a cabo las disecciones, —dice la nota—[132] en el mes de junio y se continuaron hasta fines de octubre de 1793. Cada semana se hacía una disección. Se estudiaba la Historia Anatómica del cuerpo humano. Se utilizaban cadáveres de fallecidos por enfermedades extrañas o desconocidas. Podemos imaginar a Unanue sumamente atareado por sus nuevas labores. Siguen testimoniando la curiosidad de Unanue, como hombre de ciencia y periodista, artículos sobre las artes e industrias del Perú —9 de junio de 1793— elogio del viajero ilustrado que era don Antonio de Pineda y Ramírez —12 de setiembre de 1793— noticia sobre sus colaboradores, J. Lecunda, en 1794. En junio de 1794, aparece la noticia de su Plan para las conferencias clínicas. El ocupará la tribuna el 24 de julio con el tema "Calenturas en General." Para estas conferencias, cuyos estatutos él mismo diseñó, había prescrito: "Las Sutilezas y Extravíos Metafísicos." [133]

Es aquí donde se puede rastrear qué es lo que le agrada o repele a Unanue. Cabe decir que lo mueve un impulso de servicio público, de observación del gran "Libro de la naturaleza." ¿Cuál es el ideal de un hombre en ese tiempo de Unanue? Como Caldas, a quien tanto y tanto se semeja, debió pensar que éste debería ser: "un genio que se distinga de sus compatriotas por el saber; que recorra las extremidades de su país, rompa nuevos caminos, observe, navegue, mida; que quiera connaturalizar las ciencias y las artes en su patria." [134]

En 1792, consigue Unanue del favor de Gil, la creación de su sueño predilecto: el Anfiteatro Anatómico. No descansaba en él "el buen technique" dirá Lastres. En efecto. El Anfiteatro ha sido alabado por los historiadores de nuestra ciencia médica como Emilio Valdizán. Es el cuchillo anatómico, inicio de la ciencia experimental. Pronto, llevado por su celo organizador, convocará una serie de conferencias clínicas, en las que, según Lastres, se siguió la inspiración de la escuela Leydeniana y Vienesa y a Cuellen de Edimburgo.[135] Se trataron en esa oportunidad, los temas de inflamación, viruela, gangrena, disentería, cáncer, angina, fiebre y alienación mental. En este programa organizado por Unanue, participaron Valdez, Villalobos, Cosme Bueno, Vergara y Puente y Dávalos. Unanue proyecta en ese entonces un Colegio de Medicina con becas para estudiantes pobres, y procura que se dé, ya en materia de pedagogía clínica, enseñanza a la cabecera del enfermo.

Unanue es ya el sabio. Su contacto con la ciencia médica de su tiempo es intensa, y le ayudan su conocimiento del latín y posiblemente del francés (más tarde parecerá dominar el inglés). Cita a Cullen, Tissot, Le Clerc, Ramazzini, Heff, Escalona y Aselio, Hoffmann (anatomía), Boerhaave (method discendi artem medic.), Valverde.[136]

Unanue está al tanto del movimiento de investigación científica recientemente emprendido en Europa. Sabe que Stenon, Vieussens, Willis, Ridley y Leuwenhoek, habían anatomizado los nervios. Que Haller distinguía la sensibilidad de la irritabilidad. Se reconoce discípulo de Hoffmann que lo es a su vez, del eminente Harvey. Se había descubierto la red linfática por obra de Van Heme, Pecquet. Los vasos linfáticos por los estudios de Rudbeck y Nuc. Malpighi y Ruysch la estructura de las glándulas. Havers estudiaba la de las articulaciones. Duverney el oído. Morgagni el hígado. Casserio y Ruysch el bazo. Bruner el páncreas y Swammerdam los órganos de reproducción.[137]

La casa de Unanue se había convertido en un lugar de tertulia donde se reunían amigos y discípulos del sabio Unanue. Era, como los llama un contemporáneo: "el derrotero de los sabios." Ahí irían el Barón de Norderflicht, Egaña, Baquíjano, continuando la tradición señorial de los Belzunce, sus antiguos protectores. Así, cuando llega el sabio germano Alejandro de Humboldt, en 1802, será llevado a la casa de Unanue, con quien conversa posiblemente en francés. Ahí conoció el gran viajero Humboldt a lo mejor de la sociedad y de la inteligencia criolla de esa época. La fama de sabio que obtenía Unanue, le merece la distinción de ser nombrado "Cosmógrafo Mayor del Reyno." [138] Con este cargo decide publicar las Guías Políticas. Son compendios estadísticos que continúan la serie llamada del Conocimiento de los Tiempos. Antes que Hipólito Unanue, habían ocupado este cargo, Rhee, Godin, Peralta, Koenig, Cosme Bueno y Moreno. Las Guías serán utilizadas por Unanue luego, para realizar un compendio estadístico de todo el Reino. Su ideal era que cada diez años se llevara a cabo con la suma de diez Guías comunes, un compendio estadístico. Al cabo de una centuria, dice, se tendrá un libro claro sobre la población con datos utilísimos. Pensaba y diseñaba los proyectos para probarlos por el propio e implacable tiempo. [139]

Las Guías se continuarán hasta la república y se convertirán en almanaques.

Su actitud de favorito y hombre de confianza del Virrey, se observa en el hecho de que éste le pide a Unanue un "Informe sobre los Establecimientos Literarios en el Perú." [140] Y luego, en 1796, Unanue participa en la redacción de la "Memoria del Virrey Gil de Taboada." [141] Cortesano aprovechado, los mecanismos del poder y del manejo de los hombres le serán conocidos desde esta época. Cuando llegue a la República, Unanue será, por obra del ascenso social que tuvo, de su amistad con los Virreyes, por su

participación en las Cortes, uno de los pocos peruanos que tenían la experiencia del gobierno, de la que sí carecían los otros patriotas de nuestra primera hora republicana.

Cuando llegue la República, encontrará ya definida esta personalidad. Y si algún episodio influyó en su vida, seguramente es éste que acabamos de ver, del éxito de sus consejos de médico filantrópico ligado a Virreyes del ocaso español, en donde alcanzó el prestigio y la fama venturosa que le fué, desde ese momento, fiel para toda su existencia.

CAPITULO QUINTO

LA PLENITUD. 1799 - 1806.

Unanue se desposa en Lima. 1799.— Comienza a administrar los bienes de Agustín de Landaburu. En esos años asesora al Virrey Croix y luego a Avilés.— La Casa del sabio Unanue es visitada por viajeros ilustres.— El siglo de los viajes y las influencias naturalistas de Europa sobre los criollos culmina con el periplo de Alejandro de Humboldt a América.— Humboldt o el arte de viajar.— Humboldt y el Imperio de los Incas.— Humboldt y el paisaje andino.— Humboldt político.— Influencia del viajero alemán sobre la ilustración peruana.— La huella de Humboldt en el Perú: amistad y semejanzas con Unanue.— El resultado: "El Clima de Lima" 1806.— Unanue corona su interés por el medio ambiente, y su trayectoria científica.— Unanue: introductor de la vacuna en el Perú.

Nota: Este capítulo no lleva referencia bibliográficas. Reúne trabajos y monografías del autor acerca de la Ilustración Peruana. Ha sido concebido como una unidad independiente. Vincula a Humboldt con Unanue Las interpolaciones han sido recogidas y clasificadas desde las mismas obras de Unanue y Humboldt. Si alguna referencia tienen, son la mención de esas mismas obras en el texto. Se ha preferido así, para no interrumpir el curso de la lectura.

Ha de vivir Unanue su período de culminación vital, en los años de la aventura reivindicativa criolla, en la aparición del independentismo mesocrático, en la crisis de poder de España ante la revolución burguesa de Indias. En 1779, contrae matrimonio con doña Manuela Cuba, natural de Lima, y comienza a administrar los bienes de Agustín Hipólito de Landaburu y Belzunce, quien había marchado a Europa. De acuerdo con los derechos y obligaciones que La Memoria Testamentaria de don Agustín Hipólito de Landaburu y Belzunce de 20 de diciembre de 1799, son herederos Juan José Belzunce, tío del viajero, Matías Larreta y don Hipólito Unanue en calidad de tutor y curador de sus bienes, en su ausencia. Coronará esos años de espléndida madurez continuando su influencia en el gobierno ilustrado del Virrey Avilés, como antes sobre Gil de Taboada. La obra decisiva, aquella que le gana el respeto y la admiración de criollos y europeos, será "El Clima de Lima" escrita en 1806. En ella, la Ilustración dará su fruto óptimo en la tierra peruana. Porque intentando fijar las relaciones entre el hombre y el medio geográfico, se definirán rasgos de la psicología social peruana que Unanue atribuye a la imposición del ambiente. Para explicar la aparición de esas originales observaciones sobre la naturaleza, o sobre el carácter del criollo y de las castas peruanas, o aquellas singulares "enfermedades del ánimo" que advirtiera Unanue como rasgos caracterológicos dominantes en la sociedad colonial y que lo acercan a los mas modernos conocimientos de la psicología social actual, es necesario vincular el "Clima de Lima" a la ciencia de su tiempo. Es preciso hallar los antecedentes de la actitud curiosa y científica de Unanue absorbida a través de sus estudios y lecturas (Montesquieu, Rousseau) o debido a influencias personales. Entre esas influencias directas que el tiempo de Unanue trae consigo es preciso contar con la presencia de Humboldt en el Perú y su vivo contacto con Unanue. El

ejemplo del sabio alemán sobre él no será negado nunca. Su obra misma responderá a la fascinación que sobre nuestra incipiente ciencia de la naturaleza ejerció Humboldt. Es preciso, pues, conocer al gran viajero alemán que culmina en América un siglo de curiosidad y de optimismo naturalista; establecer la relación entre la obra de Humboldt y el paisaje peruano y hallar luego la correspondencia entre el periplo del célebre naturalista y la obra de Hipólito Unanue, representante del criollismo ilustrado.

Humboldt o el arte de viajar.— De la torrentada romántica nos viene, en 1799 y hasta 1804, el Barón Alejandro de Humboldt, con un viaje que se haría legendario y en el que dejó fundadas con los datos de la opulenta realidad americana, las bases de la moderna ciencia geográfica. Navegando sobre el Orinoco o el Amazonas, ríos con torsos de Océanos "atravesando el lomo arqueado de los Andes," viajando de Santa Fé a Quito, descendiendo por Loja a Cajamarca, yendo por el mar, de Lima a México, aquel viajero que recogía el legado cultural de la ilustración alemana, lo anota y lo describe todo. Es el arte de viajar, computar y anotar, en minucioso inventario botánico, geológico climático, la hasta entonces desconocida naturaleza americana.

Con el barómetro, la paciente libreta de apuntes, fija los datos de América en donde determina más de doscientas posiciones geográficas y en donde ejercitó su interés por la descripción física del universo, el cielo, el globo terrestre, su forma, su densidad, el volcanismo, y que a su regreso a París consultaría con Gay Lussac y los epígonos de la ciencia europea para volcarlos en la más completa y ambiciosa empresa de interpretación física del Universo. Su libro "*Cosmos*", nacido de las conferencias que diera a su regreso a Alemania en la Sigakademie en 1827, inspirado en los datos de América y que no pudiera ser terminado.

es un intento que no ha sido repetido. Humboldt ha incluído en el "Cosmos" todo el saber de la ciencia física de su época. Como Alberto Magno, estuvo a punto de llamarlo "el libro de la naturaleza." Texto denso, con incontables citas, se lee sin embargo con placer pues la comprensión del mundo es allí una comprensión estética en la que el naturalista cede frente al entusiasmo del viajero, al catador del paisaje, no sólo en los innumerables lugares del "Cosmos", como en "*Cuadros de la Naturaleza*", escrito en francés donde nos ha dejado una impresión de la meseta de Cajamarca, o en "*Viaje a las Regiones Equinocciales*" donde la atención del viajero se detiene en las regiones frescas de Cumaná, en la belleza de sus cantos, sus mujeres, y el sano esparcimiento de salir a conversar, en las noches claras del trópico, al pié de sus casas, con los amulatados vecinos. Si bien Humboldt ha pretendido fundar aquella física estética, iniciada de manera vaga y superficial por Bernardine de Saint Pierre, él intenta algo más. No sólo el "Cosmos" expresa la nueva concepción de la naturaleza, que buscaba la síntesis del renacimiento y que halló sus fundamentos y justificaciones filosóficas en el siglo XVII con las "máquinas perfectas" de Descartes, y el aporte de Spinoza y Leibnitz, sino que el "Cosmos" es, sin duda alguna, la expresión de una nueva relación entre sensibilidad y entendimiento, entre experiencia y pensamiento, entre mundus sensibilis y mundus intelligibilis. Es la alianza definitiva entre la ciencia natural y la ciencia del espíritu. En el "Cosmos" ha sentado las bases para una geográfica tridimensional incorporando al competente altitudinal o tercera magnitud del paisaje geográfico, sugerida a Humboldt por el escalonamiento de las plantas a maneras de terrazas vitales, en los Andes de América. Del impacto que la naturaleza del nuevo mundo efectuara sobre el viajero alemán, surgieron las comparaciones y las analogías con otras regiones de la tierra con el Asia Menor o

la Siberia, enseñando así a Humboldt la concatenación e interdependencia que existe entre todos los fenómenos terrestres, idea que aspira al más moderno funcionalismo científico y enseñando, lo que es más importante, el impulso al saber total, suprema aspiración y norma frente a la bárbara especialización de nuestra época.

Arquitectura final a lo que se debe aspirar, aunque se nos esté negada, como protesta y rechazo al universo inhumano del experto.

Alejandro de Humboldt fué el último gran viajero universal que nos visitara, antes que el especialismo convirtiera cada disciplina científica en una comarca cerrada, en la que cada sabio se refugia en el ideal robinsónico de su propia disciplina, como lo ha hecho notar ese venezolano de lucidez universal que es Mariano Picón Salas. Aquella necesidad de una alta inteligencia del universo, que sentía Humboldt, no sólo se explica si nos sentimos íntimamente unidos a las virtudes y a las esperanzas de los hombres de su tiempo. Alejandro de Humboldt era, además de una de las personalidades más sensibles a su tiempo, un sabio completo, y con su hermano Guillermo compendiaban y reunían el saber humano del siglo de las luces. Si Alejandro era geólogo, geógrafo, botánico, naturalista, antropólogo y meteorólogo, Guillermo, sin poseer, es verdad, el genio de su hermano, reunía las cualidades del filólogo de primer orden, escritor político, hombre de estado, poeta, diplomático, arqueólogo y esteta. Así como Goethe y Schiller, contemporáneos suyos, los hermanos Humboldt fueron los exponentes de un bello y extinto ideal de educación humana, los privilegiados poseedores de una cultura variada y completa, llamados por Marcelino Menéndez y Pelayo: "hijos de una humanidad superior," que dieron al clasicismo alemán ese ideal de equilibrio creador, de fuerza medida y controlada, de sosegado estilo de vida, de sofrosine griego, antes que el vértigo romántico, la acele-

ración de los tiempos, convirtieran en torrente las controladas pasiones de los hombres de la Ilustración e interrumpieran con el delirio jacobino los cantos de Goethe o las cartas de Guillermo sobre el Monasterio de Monserrate y el paisaje español, y recordara a Humboldt en su prólogo a la primera edición del "Viaje a las Regiones Equinocciales", todos los buenos amigos que tenía en América y los muchos que de ellos habrían sucumbido en las cruentas guerras civiles de la emancipación americana.

Alejandro de Humboldt es un hombre de transición. Sufre la doble influencia de la Ilustración y el Romanticismo alemán. Cabe señalar del segundo que de él bebe el organicismo, el panteísmo, la universal admiración que ve en las cosas, la proyección hacia el infinito, el gusto estético por lo grandioso, lo extraño, lo lejano, lo sublime, por la emoción, el fervor y el entusiasmo que dió a todas las obras de su vida.

Con Shelling, expresión de iluminismo alemán, siente que la naturaleza inorgánica es puro dinamismo. Que se aproxima a lo orgánico, a la vida. Quebrada la idea de una forma fija de la antigua imagen del mundo, enriquecido el saber cartográfico durante los siglos XVI y XVII por el comercio y la navegación, con el espacio y el tiempo ensanchados, con una imagen del mundo en la que ya no funcionan las envejecidas ideas de los cinco cuerpos regulares de la teoría platónica o el cosmos jerárquico de Aristóteles, los hombres contemporáneos de Humboldt, como Unánue, sentían el universo como un inagotable proceso vivo (Clima de Lima). En la entrada del Cosmos citando al poeta Schiller, Alejandro de Humboldt recuerda que "el hombre se ha esforzado en encontrar el polo inmóvil en la eterna fluctuación de las cosas."

Humboldt participaba de esa tendencia a sentir de armonía y acuerdo a la naturaleza, no otra cosa es *El Cosmos,* y que hizo que en su tiempo brotaran los esquemas

evolutivos, con el fín de crear una interpretación organicista y dinámica de la naturaleza. De esa idea de las cosas en constante movimiento se extrajo en el siglo XVIII la idea del progreso científico, la perfectibilidad del hombre y la confianza en el porvenir que tendería a ser cada vez mejor, Goethe como Alejandro de Humboldt sentía "a la divinidad como participaba en lo viviente y tan sólo en lo que deviene y se transforma." Humboldt creía en la razón el instrumento para comprender el viviente porvenir goethiano. En esas corrientes vitalistas está incluído nuestro ilustre viajero.

Cassirer llama al siglo XVIII el siglo de las ciencias naturales, en oposición a D'Alembert que lo llama filosófico. Y es que el influjo de la ciencia naturaleza llevó a que, con el auge del organicismo y la fe en la fuerza de la vida, se negara la concepción mecánica impuesta por el siglo XVII, defendida por Descartes —quien tan sólo veía en los animales máquinas perfectas— y por Hobbes, Locke, Leibnitz y Spinoza, el autor de la Etica. Se combatió no sólo la geométrica visión de Descartes sino el frío tono abstracto, esa lógica de hiel, el intelectualismo seco contra el cual reaccionó el jugoso y expansivo optimista idealismo del siglo XVIII. José Luis Romero dice, riéndose, que los mecanicistas del siglo XVII eran célibes y que su seca filosofía proviene de un mundo de solteros. Falta la gracia, se nota la ausencia de lo femenino, contra lo que tenía que reaccionar la época en que vivieron los Humboldt, Goethe, (o Unanue), dominada por completo por el salón, las damas, el buen mundo, el gusto francés por las pelucas, la conversación, el teatro de casa, la sociabilidad. Todos los biógrafos de Humboldt reconocen que a pesar de su roussoniana aventura en América, éste no dejó nunca de ser un hombre de su tiempo, encantador, infatigable conversador, amigo de vivir en París y alternar, en la época de invierno, con los nobles de la corte de Berlín.

Humboldt recoge, además de la herencia de la Ilustración y de los estímulos del Romanticismo, la idea, común en su tiempo, de que se le podía ya arrancar a la naturaleza su secreto. No es tan sólo la meditación externa como en el caso de Chateaubriand o el disgusto hepático de Rousseau frente a la vida de ciudad lo que lleva a Humboldt a la selva del Orinoco y a las alturas de los Andes. Es la intuición magistral de que los tiempos están maduros para una síntesis, que él deseó en su "*Cosmos*", y de la que nació la ciencia de la Geografía.

Humboldt y el Paisaje Americano.— El aguzado espíritu crítico de Humboldt, su afán de civilización y orden humano en las cosas, rechaza de América el infierno ofídico de la selva. De la región simple y paleolítica del Orinoco extrae fórmulas desalentadoras. Con acento despectivo, aprendido de la Ilustración Europea, dirá que "en el nuevo mundo el hombre y sus producciones desaparecen, en medio de una naturaleza salvaje y gigantesca." El binomio naturaleza-historia se resuelve desfavorablemente para el hombre en la latitud americana. Si bien alaba la frescura eterna de la vida orgánica, Humboldt apuntará que el hombre semeja un extraño, un intruso, en un continente de lasciva y perezosa hostilidad.

"Aquellas vastas soledades parecen ser destinadas sólo a la propagación de la vida vegetal y al imperio de los animales." Sólo en las mesetas, como en México o en los Andes del Perú, el hombre ha vencido, observa Humboldt, el reto del territorio, "escapando a la triste condición de los habitantes de Missouri o del Marañón." Lejos de la exaltación ingenua de la naturaleza como en el "Atala y Renée" romántico, Humboldt no observa en la lujosa vegetación americana síntomas de degeneración, infantilidad o vicio; aquel continente de una naturaleza sin vigor, de hombres degradados y animales pequeños, en que se com-

placía la tesis pesimista del abate Paww, de Buffon y Robertson, y de la que se serviría Hegel para construir la teoría de una América inmadura e impotente, zona a-histórica, negada para la faena de la cultura. Humboldt no admite esas distinciones tajantes entre naciones bárbaras y naciones civilizadas. Lo que está de acuerdo, como lo afirma Antonello Gerbi, con su tradición romántica de cariño a lo popular y de afecto a los pueblos primitivos. Sólo hay, dice, pueblos más altamente cultivados, admitiendo con aire frío y racional que "en el trópico hay causas, que en muchas partes de esta desafortunada región de la tierra, se oponen al surgimiento de una cultura más elevada."

Humboldt y el Paisaje Andino.— Es al entrar en el universo de altas mesetas de los Andes cuando la apreciación del paisaje americano llega a sus fórmulas mas explícitas y armoniosas. Recorriendo la meseta andina, desde Cundinamarca, Pasto y Quito, bajando por Loja, a través del clima hospitalario de los bosques de quina, en los aéreos desiertos de montañas que nosotros llamamos punas, en los valles altos, aislados por completo del orbe, en medio del granizo y el azul sombrío e intenso del cielo con nubes sin retorno, Alejandro de Humboldt, en pleno complejo geográfico peruano, admira la frescura de los páramos, bañados por la humedad de la atmósfera, la total carencia de árboles y ese aristocrático y heráldico aspecto escamoso, erizado, de los pocos arbustos de puna. No hay zona en el mundo, exclama, que puede semejarse a esta soledad sin remedio. Con colores de geólogo y de botánico, describe "aquellos gruesos troncos cilíndricos de los helechos que proyectan sobre el azul turquí del cielo el lozano verdor de un follaje delicadamente dentado." O es la sábana que se extiende sobre inmensas mesetas y que refleja en la pendiente su luz casi amarillenta, casi dorada en lontananza y que sirve de pasto a las llamas. Los islotes de nieve es-

porádicamente caída que detienen en las punas los últimos y débiles desenvolvimientos de la vida vegetal, le sugieren campanas y cúpulas redondeadas y resplandecientes de blancura en las nieves perpétuas y que dominan las espaldas de las cordilleras. Un Perú de auroras boreales, temblores y volcanes, de límpido cielo austral, de fuerzas subterráneas y escondidas que siguen obrando su secular faena y que amenazan nivelar las enormes rugosidades andinas que han levantado, es el Perú geológico de Alejandro de Humboldt. En sus montañas le fué dado contemplar (Cosmos, tomo 1) todas las familias de las plantas y todos los astros del firmamento. Veía Humboldt, bajando de Loja a Cajamarca, de un golpe de vista, los bosques húmedos de bambúes, la familia de las musáceas, y sobre estas formas del mundo tropical, encinas, nísperos, rosales silvestres, como en su ya lejana patria europea. Levantaba la vista al cielo y abrazaba de una sola mirada la constelación del Sur, las nubes de Magallanes y las estrellas conductoras de la Osa, que giran eternamente alrededor del Polo Artico. Aquí en el Perú vió Humboldt cómo los climas y las zonas vegetales cuya sucesión determinan, se encuentran superpuestas en pisos, y las leyes del decrecimiento del calor y las vetas de los minerales más codiciados están escritos con caracteres indelebles sobre el muro de las rocas, en la rápida pendiente de las cordilleras.

Humboldt y el Imperio Incaico.— A lomo de mula, a la cual elogia: "la raza circunspecta de las mulas que en las sierras parecen calcular cada uno de sus pasos," Alejandro de Humboldt alterna sus cuitas sobre el paisaje peruano con apreciaciones históricas, pues a la vuelta de un recodo puede sorprender un tambo incaico, el camino de los incas, como en Cajamarca —Cuadros de la Naturaleza— o una recoleta aldea indígena, "suspendida como un nido de pájaros, en la escarchada ladera de las montañas."

En Hualgayoc, adonde ha llegado atravesando los páramos de Chulucanas, Huamaní y Yanoca, los conos dolomíticos le recuerdan y producen el mismo efecto de erguido aislamiento que la cresta del Monserrat en Cataluña, que viera cuando estuvo en España. La visión alucinante de Hualgayoc viajará hasta incrustarse en la literatura universal, pues Guillermo interesado por la versión que Alejandro le contara, buscará en España aquel paisaje de Monserrat, gemelo del lejano Hualgayoc y en admirable carta contará a Goethe aquel hallazgo que luego inspirará a Goethe el escenario luciferino del Fausto, en la escena de la terrible noche del Walpurgis. Y es así como el estremecimiento del viajero Humboldt ante la soledad y el maleficio del paisaje de Hualgayoc, ha de servir de marco teatral para que dancen las brujas medioevales, Mefistófeles, Fausto, en la más grande obra del genio de Goethe.

Sin embargo, el afán cósmico, el trasporte estético, no impide a Humboldt apreciar con sagacidad crítica la obra de los hombres. El camino de los incas, sorprendido por el viajero en el páramo de Asuay, entre Alqui y Loja, le hace consultar a Cieza, y constatar por sí mismo los siete metros de ancho de la trocha, las construcciones que penetran el suelo, el piso de grafito de color pardo oscuro negruzco, cubierto a manera de baldosas, con piedras miliares para calcular las distancias, superior —dice— a cuantas vías romanas he visto. El despotismo centralizador de los incas, agrega, la autoridad prudentemente llevada de estos soberanos, "obtuvo resultados de estos pueblos de por sí obedientes." Singular Estado que confirmaba su fe en la marcha incesante del progreso humano, atestiguado por "ese camino gigantesco, con habitaciones de piedra, tambos y atrincheramientos, con cañerías de agua caliente." Y que con la visión de la ciudad de Cajamarca, las construcciones de cañar, las huertas de Pucará, la recolección del mito po-

pular de una riqueza imperial cuzqueña oculta, así como la esperanza del retorno de los incas y la confirmación que tiene sobre la difusión del quechua, le sirven a Humboldt para formarse una opinión del Imperio Incaico. Hijo de su tiempo, el legado espiritual y moral de la época tenía que repercutir en sus ideas políticas. Como representante de la Ilustración y el Romanticismo, Humboldt creía en la unidad de la especie humana —cuya idea se le hizo evidente en sus observaciones sobre los pueblos primitivos de América— y rechazaba el prejuicio, al que llama desolador, que distingue razas superiores e inferiores. "Todas las razas han nacido para la libertad", afirma enfáticamente en el "Cosmos." Por ello, siendo hombre de fe en el valor individual y de confianza ilimitada en la persona humana, no puede evitar ver en el Imperio Incaico un sino despótico, el gobierno de una teocracia personal, de curiosas instituciones políticas, fruto de un régimen teocrático, destinado a mermar la libertad individual y desarrollar "una extraña civilización de masas." Se asemeja este Imperio, nos dice, "a un gran establecimiento monástico en el que se prescribe a cada miembro lo que le toca en el bien común." Humboldt ve en la estructura social de los incas un cierto bienestar general que no trascendía a la dicha privada, "resignación ante el gobierno, obediencia pasiva sin entusiasmo, un espíritu de orden regulando minuciosamente las más diferentes acciones de la vida, sin grandes ideas ni elevación ni carácter." Triste y sombrío Imperio, es verdad, pero que no le causó ni indignación ni repulsa, sino que lo comparó con Egipto y dejó memorables fórmulas de interpretación para sus monumentos.

Es necesario definir, por último, un Humboldt político y la influencia que éste tuvo sobre la Ilustración del Perú, en la época del Virrey Avilés y en la que se comenzaba a sentir en los resentidos jesuitas y criollos un afán de posesión y de dominio del medio natural, un querer ser autoridad y mando, que define el aire de los hombres de América a la llegada de Humboldt.

Humboldt Político y América.— Humboldt, carácter de jerárquica espiritualidad y de singular desprendimiento, gastó su fortuna en viajes y luego en la publicación de sus obras. Su idealismo científico lo llevó a colaborar con todos los que a él se acercaron, como Caldas y Mutis en la ciudad de Santa Fé de Bogotá o como Unanue en el Perú. Su alta estimación de los valores humanos lo llevó a protestar contra la esclavitud de la gente de color en Cuba en su "*Ensayo Político sobre la isla de Cuba.*" Amigo de Bolívar y partidario del anti-colonialismo, afectado en su viaje a Rusia por la falta de libertad de ese pueblo, en su calidad de Consejero ante el Rey de Prusia, evita que se den leyes antisemíticas. Alejandro de Humboldt tiene, pues, estos valores nacidos de la Enciclopedia, la confianza en la perfectibilidad del hombre, el respeto a la persona humana, la necesidad del progreso social. Humboldt ha dado a América la concepción de una dinámica de la cultura. Con ella sembró en los sabios criollos, en nuestra incipiente Ilustración, el afán por conocer y distinguir, la enseñanza de una corriente naturalista y social prestada del pensamiento enciclopédico que sobre el mito verbal escolástico aprendiera a experimentar en nuestra desgreñada naturaleza. Humboldt enseñó en América la lección de la Ilustración, (Fórmulas de Filantropía Social, Educación Popular), en fín, las luces que "*El Mercurio*" de Lima difundía desde la Imprenta del Río. Nuestro positivista siglo XIX, como la misma idea de una singularidad americana en el siglo XX, se nutren en buena parte del viaje del gran naturalista que no tuvo para la obra de España en América el prejuicio adánico de Herder, Condorcet o Voltaire, historiadores de la Ilustración.

Unanue y el "Clima de Lima".— Unanue ha desempeñado en Lima, durante años, la cátedra de Anatomía. Ha blandido el cuchillo anatómico, se ha vinculado a botánicos como Pavón, que le dedica uno de sus descubrimientos. Ha sido en la geografía y la estadística el continuador de la ciencia de Cosme Bueno o Peralta. Y, en medicina, de Moreno y de la escuela de Leyden, de Edimburgo y de Filadelfia. Cuando Humboldt le conociera, Unanue estaba entusiasmado con la posibilidad de introducir el uso de la vacuna en el Perú. Alejandro de Humboldt habrá de contar, en su *"Ensayo Político sobre la Nueva España"*, cómo hasta el mes de noviembre de 1802, la vacuna era desconocida en Lima, y cómo las viruelas reinaban en la costa del mar del Sur, aumentando la despoblación que preocupaba a Unanue, desde su discurso de inauguración del Anfiteatro Anatómico en 1792. Y cuando roza el Callao ese navío mercante "Santo Domingo de la Calzada" rumbo a Manila y en el que un particular de Cádiz había encargado el envío en ese buque de la vacuna a Filipinas, aprovecharon de la ocasión en Lima, y "el señor Unanue, profesor de anatomía y autor de un excelente tratado fisiológico sobre el clima del Perú, vacunó muchos individuos con el virus que llevaba el navío," dirá Humboldt. Habrá de culminar este proceso científico por incorporar la vacuna a los usos sanitarios de la ciencia peruana, cuando el italiano José Salvani ha de traer al Perú, en la época de Avilés, la vacuna desde España. Colaboran con Salvani, Pedro Belomo, médico del apostadero del Callao que ayuda a difundir la vacuna, también italiano o de ascendencia itálica. Unanue, ya en la época de Abascal, estará investido de poderes como para otorgar a Salvani el grado de doctor en San Marcos, en dos severas ceremonias universitarias, siendo su voz la de la ciencia peruana del momento.

Unanue está pues vinculado tanto a la actividad científica en diversas investigaciones: la exploración de la vertiente analónica y el desenvolvimiento de la madeja de los ríos a través de las exploraciones del Padre Girbal y de Fray Manuel Sobreviela; el cálculo y rectificación de longitudes que observa en Malespina; la indagación de la historia natural (botánica, zoología, geología) que sigue él mismo con sus estudios sobre la Coca y el Tabaco, o en la de Haenke o Pavón, Ruiz y Tafalla para las plantas y minerales. Y al mismo tiempo las investigaciones del estado social, político y económico del Reino del Perú en las páginas del *"Mercurio Peruano"*, con hombres como Baquíjano, Lecuanda, Rossi, Diego Cisneros. Y en lo que constituye su saber profesional, no sólo ha de lograr la creación del Anfiteatro Anatómico, o la introducción de la vacuna. No sólo medidas higiénicas como la creación de un Cementerio General para Lima. Unanue, que domina varias disciplinas, precisa hacer conocer su opinión de médico sobre un punto en que, tratando el tema de la salud y las relaciones del hombre con el medio, hable del hombre peruano y sus características. Recogiendo esa voluntad antro-pométrica de Unanue, aparece *"Observaciones sobre el Clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre," 1806.*

La influencia de la Ilustración y de Humboldt es notoria. Unanue es esencialmente un científico, un médico. Humboldt, geógrafo, llegará a Lima con el fin de computar latitudes y construir, extrayendo de los datos que ha arrancado a la naturaleza, las leyes del Cosmos. Unanue, menos ambicioso, desea conocer las relaciones que atan al hombre a un medio geográfico, siguiendo así a Montesquieu. Cuando hubieron de conversar en la casa del sabio, habrían de cambiar opiniones y la aguda observación del sabio tedesco le hará notar a Unanue las secretas correspondencias del clima con los animales y los hombres, pues

le "confirmó de la opinión de que aún los animales domésticos, como el perro, eran de condición más tratable, o ya sea más poltrones que los de Europa," debido al clima benévolo que inducía a sus habitantes "a la morosidad y pereza."

Destaca en la obra de Unanue la descripción del medio social y las costumbres, como el dibujo de cuadros y paisajes de los alrededores de Lima. Su interés por las plantas y los animales de la flora y la fauna peruanos, así como la animada descripción de las características de las castas diversas que pueblan la ciudad, cuyo desorden de índices craneanos, cutis y actitudes mentales intenta ordenar en un primero y célebre cuadro de empírica antropología con el que fija una semántica propia para nuestro anónimo y colectivo aporte a la fusión de razas en el mundo. Con justicia ha calificado su obra Riva Agüero de "suprema y brillante flor de la escuela enciclopédica peruana," y Jorge Guillermo Leguía la ha llamado: "expresión del alma cósmica de Unanue."

Interesan además en su obra, fuera de sus afirmaciones científicas como las que hace sobre la dieta, los vestidos, la terapéutica de aguas y aires, o sobre el agua potable, digna de la más exigente ciencia profiláctica moderna, sus observaciones del temperamento del hombre peruano y del criollo y algunas de sus respuestas a la Ilustración europea, corrigiéndola.

Por Unanue conocemos la dieta y los hábitos de los limeños del siglo XVIII. La comida era abundante y por lo tanto desordenada, piensa Unanue. El pueblo no guarda regla e ingiere "en el desayuno, carne frita de puerco y grasas" y durante el día, "quesos, frutas, dulces y harinas", sobretodo las mujeres. La clase culta se desayunaba con chocolate y alguna fruta. Las mujeres gustaban de guisos de puerco. Al mediodía, la abundancia, las pesadas comidas coloniales que contará, en pleno siglo XIX, Flora

Tristán. Y por la noche, no cena sino dulce agua y una jícara de chocolate. En verano se consumía abundancia de líquidos: tisanas, horchatas, guindas, helados. Además, chicha y alcohol. Preocupan al médico Unanue, tanto la salud corporal como la falta de hábitos creadores de energía, de los que carece la comodona población de los Reyes. Critica el uso de varios colchones en las mullidas camas, o de estas mismas, altas y pesadas como navíos, en las que solía haber alrededor flores, amontonamiento de muebles y muchas velas. Los niños dormían con las nodrizas y él recomienda camas portátiles. En cuanto al vestido, critica el exceso de ropa en los hombres: "es ridículo ver en la zona tórrida a un hombre con tan grandes y gruesos cobertores, como si sufriera el invierno de San Petersburgo." Critica el uso del momento: pantalón, bota fuerte, cintoyen, sobretodo. Las mujeres, dice, han abandonado sus faldellines de bayetas, tisúes y fondos, para superar a los hombres en comodidad usando: "tejidos de lana y seda." No se acostumbra caminar y recomienda se haga, por entre las Alamedas, sobretodo las señoras de Lima que "se crían débiles porque no tienen otro ejercicio corporal sino el de ruedas." Enfriamientos, gripes, tercianas, son las enfermedades más comunes en la Lima que él vivía.

El clima de Lima presenta una atmósfera "opaca, nebulosa y poco renovada, lo que depende en gran parte de la situación geográfica de la ciudad." El temple es "cálido o húmedo, sin que ninguna de estas calidades vaya al extremo. Guardan entre sí un tenor y reciprocación que hacen un temperamento benigno y agradable." Del criollo peruano dirá que se caracteriza por el uso de la imaginación y la comprensión. El nacido en América tiene destreza y pericia en la escultura y pintura. Hay en México, Cuzco y Quito, dice, "una multitud de artistas capaces de competir con los más provectos de Europa." Las opiniones de Unanue sobre el hombre criollo son la liberación

del complejo de inferioridad del hombre americano que ha debatido todo el siglo XVIII. Destaca la precocidad de los ingenios de los niños criollos. Esa vivacidad y energía de los indianos es causa también de su timidez, "un golpe de ventanas causa un estremecimiento involuntario a un americano, y un cañonazo no altera a un alemán." Imaginación, prolongación de la juventud, (Lima, ciudad de clima favorable a la salud y el cutis) son las prerrogativas del clima limeño. Otorga, sin embargo, Unanue la calidad de "solidez en sus pensamientos y el descubrimiento de verdades que piden reflexión." Para Unanue el "espíritu racional está igualmente distribuído en todas partes de la tierra." En cualquier lugar, el hombre es "capaz de todo" si es ayudado por la educación y por el ejemplo. Montesquieu había ligado la idea republicana al cielo claro de Grecia y el despotismo del Norte de Europa con el cielo fino y nebuloso de esa región. Unanue no fué tan lejos al relacionar el clima y la individualidad moral de cada nación; la importancia de las costumbres pesaba tanto como el mismo clima al parecer determinante.

CAPITULO SEXTO

UNANUE, EMINENCIA GRIS DE LA COLONIA. 1808 - 1814.

El carácter de Unanue.— Situación del Perú en los comienzos del XIX, cuando gobierna Abascal.— Son los años en que el ascenso en la escala social y del conocimiento marcha hacia el poder. Abascal lo nombra Protomédico General del Reino, 1807.— Alcanza la cátedra de prima de Anatomía, la más elevada.— Cercanía a Abascal de Unanue.— Medidas del Virrey a favor de la salud general, sugeridas por Unanue.— Otro sueño logrado: desde 1808 a 1811 trabaja para crear el Colegio de Medicina.— La versión de Mackenna de esos años: conspiraba.— Opiniones en contra.— Unanue y sus primeros rasgos públicos de protesta: el Manifiesto por la igualdad de los criollos ante los peninsulares, 1810.— Biografía colectiva de una generación de precursores.— El Peruano y el Verdadero Peruano: 1812.— El clima fidelista.— La vida íntima.— Cae en desgracia ante la Corona su amigo y discípulo Landaburu.— Unanue recibe un reto que prueba sus poderes.— La angustia de esos años.— Agitación en América por los sucesos de España.— Las Cortes de Cádiz, 1812.— Unanue elegido para representar a Arequipa.— Viaja a España en 1814.—

El carácter de Unanue.— Unanue había modelado su personalidad en el paternalismo vigilante del Despotismo Ilustrado. Al amparo de la tutoría virreynal impulsó la Sociedad de Amantes del País, el "Mercurio Peruano", el Anfiteatro Anatómico. Había aconsejado mejoras en la economía y la salud de la sociedad en la que vivía y a la que servía dentro de las posibilidades de su tiempo. Había ceñido su actividad a la obra de la cultura y de la ciencia en un inicial patriotismo del conocimiento, con el que la Ilustración Peruana precedió al patriotismo de la pasión y de los años de la guerra civil con España. Su obra se yergue, cuando llega Abascal, brotando de una decisión de comprender y ser útil. Se yergue por su voluntad, en el marasmo colonial, como su gloria, que es "esencialmente científica, intelectual, orgullo de academias ilustradas y de investigaciones vernáculas." [142] Se yergue porque estaba fijada en las tareas del conocimiento del Perú. Y en las posibilidades de comunicar su sabiduría que nacía de la comunión y el religamiento con la naciente patria, con el territorio y con su nombre; y en la necesidad de transferir tal certidumbre a la sociedad en la que vivía. En sembrar el verbo en el silencio de los hombres. En implantar su vigilado y atento fervor por el Perú. Para ello había utilizado el periodismo, la cátedra, el cenáculo mismo. ¿Se lo podemos reprochar? ¿Podemos acusarlo de frigidez política comparándolo con otros temperamentos? ¿El de José de la Riva Agüero, por ejemplo, fácil a la pasión sectaria? Su manera, la modalidad de Unanue, era una forma de la autenticidad. Era su modo de "ser" en el mundo, de "estar" entre los peruanos.

Para amar y conocer el país había sido historiador, economista, geógrafo, antropólogo, observador del clima y de las castas peruanas, literato por el modo de narrar y científico. Y en grado sobresaliente, médico, a quien, por las confidencias que públicamente hacía condoliéndose de

la despoblación del Perú, de la situación del indio, podríamos llamar, ahora, hombre de probada emoción social. Unanue no sólo se complacía en un dudoso preciosismo de inteligencia sin compromiso alguno. Había estado dominado por el demonio de la comunicación, de la palabra fijada en los textos y por ese camino logró influir en la conciencia de sus contemporáneos. La imprenta había sido su arma predilecta. Y su influencia personal. Había llegado a la amistad de los Virreyes, para rozar a su vez al país mismo. Ya que como criollo el ascenso social lo limitaba con los umbrales del mando, había ejercido el poder del modo indirecto con que lo ejercían los consejeros y los favoritos. Porque el amor por el Perú lo impulsó a los usos palaciegos, está libre de culpa. (Falta estudiar en nuestra historia, el papel, trágico por su depresiva oscuridad, que han jugado en nuestro drama los Consejeros de Virreyes en la Colonia o la de los Doctores, Secretarios de militares ambiciosos e iletrados en la República. El papel de un Pedro Peralta y Barnuevo cerca del Virrey de Velazco o de José María Pando cerca de La Mar, y en la vorágine republicana la de los tribunos liberales, los rojos del siglo XIX peruano, como José Gálvez, Ureta, y Elías rozando e influyendo en los actos públicos que acreditarían la fama, la triste fama fabricada de Castilla.)

Unanue influyó en Gil, en Croix y en Avilés, y lo hará también en Abascal. Como el Cardenal que inquietara a Aldous Huxley, fué la eminencia gris de los últimos años de la colonia. Su figura, por efecto del legado moral y cultural peruano, carecerá de los tonos siniestros de Mazarino y no se le puede confundir con el perfil malicioso y déspota de Richelieu que, creyendo engrandecer a Francia, sólo se engrandeció a sí mismo. Las virtudes morales que Unanue, intuitivamente, había otorgado al hombre peruano, sirven para definirlo. La urbanidad, el dulce trato, serán sus prendas intimas. Del poder no obtuvo di-

ncro ni la complacencia en satisfacer apetitos bastardos, que no tenía. Tan sólo el reconocimiento y la confianza que inspiraban su recto trato con los hombres, su fe inconmovible en los destinos de la especie, en su perfectibilidad creciente, en la felicidad como meta del porvenir humano, a través del uso de la razón y la inteligencia, en el ejercicio de la virtud cristiana. Era un típico peruano ilustrado de aquellos días, afable, de sosegado mundo interior, y que rechazaba la violencia. Y en su espíritu brillaban las prendas casi permanentes del estado del alma peruana presentes desde que Garcilaso trazó nuestro destino espiritual: cortesía, soterrada congoja por la patria, limpieza de ánimo, humildad, y sobretodo, rechazo de las soluciones por medio de la fuerza y la del fanatismo. Oposición humanista a que el caos subconsciente y sus egoísmos determine la conducta social. Un impulso que parecía venir por no se qué extraña correspondencia entre este criollo y las viejas culturas peruanas, patente en su deseo por lograr siempre la paz entre los hombres, por su creencia de que la obra de la civilización se realizaba por el entendimiento y el uso del diálogo. Su vida, el sentido de su obra, están regidos por este sino de equilibrio, por su tendencia a la conciliación y la mesura. Sentido ético que es lujo civilizado en nuestro legado histórico, que se observa como un ejercicio moral colectivo, desde la conquista persuasiva y civilizadora de los incas; que brota de nuestra tradición y nuestro protector aunque incumplido Derecho Colonial. Una vocación colectiva que prefiere las fórmulas equilibradas y serenas.

Quien escribe estas páginas cree hallar en Unanue ese destino casi carismático de la inteligencia peruana sobre un pueblo cuyos hábitos de serena varonía y mansedumbre han sido confundidos (y explotados) con el servilismo y la obediencia zoológica. Y si esa correspondencia entre élites y pueblo se ha desarticulado luego del mensaje

de Unanue, es porque no hemos captado su lección, que es la del arraigo en un pueblo de desarraigados. No hemos tenido gran literatura que soporte al tiempo, ni novela, ni teatro, porque no tenemos, sencillamente, amor al país y sus gentes.

Unanue es peruano por sus dotes de hombre de paz y de cultura. Por eso, dentro de la agitada pasión contemporánea que vivirá, ostentará en sus actos el legado de esta tierra de "conciliación y de síntesis" como lo ha dicho Raúl Porras. Tierra que ha hermanado en la historia y en la geografía todos los ánimos, los climas y las razas.

Unanue es, también, ya el humanista que maneja el escepticismo frente al demonismo sectario de algunos de sus contemporáneos. Su perfil espiritual es el del sabio racionalista y cristiano, alejado de las exigencias de unilateridad y odio que requieren las sectas para llevar a cabo lo que Roger Caillois ha calificado como "la guerra declarada de hecho al universo." Unanue había sido educado en los juegos dialécticos del escolasticismo y la preposición y negación de tesis y antitesis. Desvinculado de este sistema lógico, no olvidó del todo sus técnicas. Había incorporado la duda metódica de Descartes. Así, la sal de su ironía de criollo que sirvió para disolver en "ácido crítico" las exageraciones teóricas del Enciclopedismo y la Ilustración Europea, habría de ejercer idéntico estado de alerta, sucesivamente, ante la derecha del despotismo regalicio o la izquierda vehemente de los conspiradores criollos. Y en la República, su vocación por el equilibrio lo torna desconfiado frente a la extrema utopía liberal. Las logias le proponían el fuego de un mito, pero también la imposición del catecismo social de la Enciclopedia. No se adherirá a la idea de emancipación mientras ésta sufra su fase de incubación sectaria. Unanue, que como Goethe parece preferir la injusticia al desorden, tiene motivos profundos

para huir de la vinculación real con una secta. Y este será uno de los perfiles más aguzados de su carácter. La secta utiliza mecanismos psicológicos y sociales para conseguir sus fines que están en abierta oposición al modo como Unanue encarnaba los problemas de su circunstancia. Las logias o sectas practicaban el secreto.

Usaban las armas de la violencia y la intriga. Unanue será un pacifista. Para admitir la disciplina de la secta es preciso la anulación del yo personal y la pérdida de la voluntad crítica. Unanue es un racionalista, educado en la fe, en la inteligencia. La secta nace de una servidumbre y de la impotencia de alterar la sociedad por otros medios que los clandestinos. Pertenecer a ella significa haber perdido la esperanza de toda otra forma pacífica de cambio. Unanue había estado vinculado al poder y su influencia se había dejado sentir en el cumplimiento de sus proyectos. Se resistió a creer que la insurrección era el único camino. La secta posee una moral inferior a la privada. Y sirve para organizar los temperamentos inferiores para hacer más útil su virulencia. Se constituye sobre el odio y está destinada a destruir. Unanue era antes que nada un perpetuo constructor, su mayor virtud residía en amar. Su profesión era devolver la vida. Por muchos motivos podía considerarse un hombre superior. Sus vínculos, por último, con el ideal revolucionario, cuando los establece, son racionales y no afectivos. Unanue, a quienes lo han juzgado, aparece por su falta de relación con los conspiradores, antes de 1806, como hombre del "Ancienne Régime" (Pacheco Vélez) o responde a "un estado de alma anterior a la revolución," (Raúl Porras).

Cabe proponer una variante en la perspectiva de ese tiempo de Unanue y un nuevo juicio sobre su conducta. En vez de representar una actitud que lo semeja a Erasmo por sus vacilaciones y sus dudas frente a los credos y mitos de su tiempo, en su caso frente al ideal separatista ameri-

cano, su actitud es como un símbolo de la madurez de los tiempos. Cuando el sosegado y prudente Unanue ha de abrazar la revolución es porque todas las posibilidades históricas de mantener algún tipo de vínculo con España se han agotado. Su itinerario ideológico hubo de ser el de un partido y una clase: El partido moderado y la burguesía vinculada a España. Prosaicamente: los criollos con empleo en la Administración Colonial. El itinerario mental de este partido de centro, tiene varias fases. De 1791 a Abascal: la ubicación de la idea de patria; el hallazgo con el país y la circunstancia; los reclamos en lo político por un mejor trato a los criollos. De 1806 a 1814: deseo de participar en el gobierno de las provincias por medio de las Cortes; Basadre observa que en este período "se pudo observar con más claridad los intereses separatistas de aislados grupos comerciales librecambistas en lugares como Buenos Aires." En el Perú la actitud es fidelista. Un reformismo moderado es el humor de los tiempos. El Perú es Unanue y Baquíjano y Larriva. No Riva Agüero, que actuaba fuera del país. De 1815 a 1820, es el memento del apartamiento del partido reformista por el regreso de la Corona al Despotismo, o debido al desengaño de los criollos que, habiendo viajado a España para asistir a las Cortes, observaron en la metrópoli misma los vicios y relajamientos de la vida social española. La incapacidad de mando de la Aristocracia peninsular, vista por Unanue, y tal vez la sensación de que allá y aquí se sufría de una enfermedad común: de una misma crisis general en todo el organismo hispano.

Situación del Perú a comienzos del siglo XIX.— Como lo ha hecho notar Vicente Rodríguez Casadó en el prólogo a "Las Memorias de Abascal", no existe para el Perú de fines del siglo XVIII, una visión de conjunto. Sin embargo, dentro de la cortedad de este ensayo, podemos

intentar un esbozo de la situación económica y social del Perú Borbónico que recibió Abascal. Además del material historiográfico que proporciona el mismo Casadó en las "Memorias", cabe acudir a los informes dejados a sus sucesores, en el virreynato, por los Virreyes Guirior y Avilés. En ellos se puede rastrear la desazón e inestabilidad de la vida colonial peruana a comienzos del XIX. Y recoger en la visión alarmada y pesimista de estos funcionarios de la Corona, un testimonio fidedigno de lo que en la economía y la política del Perú acontecía.

El Virreynato del Perú había sido "uno de los más castigados por la torpeza de sus gobernantes." [143] Las últimas medidas, como la creación de las Intendencias, no habían mejorado la situación. En realidad, todos los empleos estaban mal desempeñados desde el del Virrey hasta el último de los oficinistas.[144] Dominaba el panorama moral colonial, el afán de lucro, de celebridad y la codicia.

Desde la visita de Areche se habían venido sucediendo los escándalos administrativos. Las estafas de funcionarios peninsulares en el manejo de las rentas reales de la provincia del Perú. En 1791, se le había seguido causa a Miguel Otermin por un descubierto en el Estanco del Tabaco. Hubo discusiones acaloradas. En el interín lo repuso el Marqués de Osorno, y se remitieron los autos a España el 24 de enero de 1803, en la fragata de guerra "Rufina." La discusión duró siete años. Polemizaban el director interino "D. Diego de la Vega y el Contador de la renta don Pedro Trujillo sobre la utilidad o la desventaja de que esa labor se hiciera por cuenta del Rey." [145] ¿Una discusión entre el cesarismo —regalismo y el esbozo de una iniciativa privada? El mismo Trujillo inicia luego un juicio contra el difunto tesorero, Marqués de Castellón, por un descubierto de ochenta y siete mil pesos en las partidas de 1790 y 1791. Las inmoralidades eran comunes. Se halla otro descubierto en las Rentas de Correos de 130

mil pesos. Es preciso recordar que los criollos no tenían ascenso a estos cargos. La vida de Lima era cada vez más relajada. Había inmoralidad, pues, en los empleados de la Real Hacienda, en los togados. En la vida privada los peninsulares no sacrificaban el placer por el prestigio. "García de la Plata y Arnaiz y don José Pareja, regentes los dos primeros y fiscal el último, escandalizaban a la sociedad limeña viviendo separados de sus esposas." [146] En la Relación de Abascal se percibe una dura crítica a los intendentes y subdelegados. La injusticia de los Cabildos y los Tribunales se manifiesta en los informes de Salazar y P. Rendón.

Avilés propone, para detener la ola de corrupción administrativa, "extender nuevas ordenanzas en las cajas y administradores de la alcabala, y se evitarán esos crecidos descubiertos." [147] Esa función profiláctica debería haber sido desempeñada por el Tribunal de Cuentas. Una invectiva contra esta oficina la hallaremos en Riva Agüero en 1813, cuando era funcionario de ella. Tan enérgica, que le valió ser confinado en Tarma, y que no comentamos aquí porque corresponde a otro estado de cosas, a la crisis del propio Imperio Español en España.

Por otra parte, la economía colonial estaba seriamente afectada. Por efecto de las guerras europeas de España, la marina había consumido 5,200 millones de pesos. Era la ruina del Comercio. Su estado era "de abatimiento y desgracia", según Avilés. Ya en 1785, don Luis de Gálvez hacía ver otros factores que serían fatales para el comercio limeño. El efecto desastroso de los navíos de registro o permiso, de la nueva ruta de Magallanes, y de la competencia de Buenos Aires. "El mercader de Lima, reconvenido por el de Cádiz, estrecha al de la sierra, y ni éste ni aquel tienen fuero en qué poner caudales, y así todo es pobreza y la ruina cada día mayor en este virreynato, por lo que

dejase de seguir el Cabo de Hornos por el otro (u otro) menos arriesgoso y costoso de Buenos Aires." [148]

Dependiendo las rentas reales de los impuestos a la minería, se puede señalar que en 1796 se inicia la franca decadencia del sistema colonial administrativo, porque ese año es el exterminio de la mina de Huancavelica. Solo se recogió 30 quintales y 63 libras de azogue. Cantidad minúscula si se piensa en el número de minas que tenían que proveerse del azogue de Huancavelica. Avilés deja ver los afanes de su administración por solucionar este grave problema. Hasta 1804, dirá, se trabajó la mina con el método de pallaqueo (sistema anárquico, de vetas o bolsas). Luego se pensó traerlo de Europa. Se llevó a cabo un contrato con Alemania. Se iba a enviar por el azogue pero la guerra lo impidió. De la prosperidad o decadencia de las minas —reflexiona Avilés— estriba la crecida o corta entrada de la casa de moneda. En 1806, el abatimiento del comercio limeño estaba en su clímax.[149] Se había perdido en la guerra con Francia "tres millones de pesos de propiedad particular de los negociantes." [150] Se sufriría los embates del contrabando. "Un vestido de paño de Francia se decomisa en casa del sastre que lo trabaja en el cuerpo mismo del que lo usa." Insiste, una vez más, en la despoblación del Perú, su "abatida desproporción con lo dilatado de su territorio." [151]

En este inventario de debilidades hay que añadir una que preocupa enormemente a la Corona, y visible, sobretodo luego del "*Informe Secreto*" de Jorge Juan y de Antonio de Ulloa: la relajación del clero. Guirior señala que no viven los curas en sus parroquias. Gálvez atribuía la disminución del impulso catequizador a que tomaban los hábitos "muchos hombres que al punto no tenían destino (léase empleo) y se veían precisados a optar por las religiones." Casadó señala que en ciento cuarenta años los Arzobispos y Obispos no visitaban sus Diócesis, con lo que

se conseguía debilitar la fe religiosa en los feligreses por falta de Pastor y en los mismos párrocos por falta de vigilancia. Señala además la pugna entre el Estado Regalista y la Iglesia. La tendencia de la corona por convertir la religión en un instrumento de Estado. El poder de la Iglesia en América: "las rentas eclesiásticas eran de tal naturaleza que, a pesar de los avances del regalismo y de la expulsión de los Jesuítas, la Iglesia tenía proporcionalmente recursos económicos muy superiores al propio estado Virreynal." Avilés habría de iniciar la desamortización de los bienes eclesiásticos.[152]

La disolución del imperio Borbónico continuó durante Abascal, a pesar de sus esfuerzos. Las Rentas de Aduana y de Tabacos las encontró, a fines de su gobierno, deficientes. La indisciplina del ejército fué una de las tareas que halló y transformó. Por lo demás, Abascal, plenamente consciente de su tiempo, expresaba con acento muy castizo su escepticismo para con el porvenir de España y del Reino del Perú: "...y no hay justicia que este mal corte, que por desear enriquecer a cuatro pícaros, perece un reino entero que por sólo hecho está la plebe en estado de tomar armas y tocar a degüello contra los comerciantes o al menos incendiarles los almacenes y tiendas si no se repara con tiempo este desorden." [153]

La plebe descontenta por falta de trabajo o por hambre, amenazaba no sólo con la pérdida del reino, sino aún a los mismos criollos peruanos. Tal sería el estado de la sociedad colonial cuando Unanue vive sus años de plenitud y asume las primeras actitudes políticas públicas.

Unanue colaborará con el Virrey José Fernando de Abascal. El Marqués de la Concordia había de recibir con interés su participación por la madura experiencia de quien a través de Gil de Taboada, de O'Higgins y Avilés, conocía los problemas internos de la administración peruana. Y

porque venía aureolado con el prestigio de científico y maestro.

Esta amistad entre Abascal y Unanue, la influencia del sabio como un "válido" colonial, lleva a Lastres a afirmar que el Marqués de la Concordia es "el Virrey que más hizo por la cultura médico-peruana, al escuchar los bien orientados consejos técnicos de Unanue sobre Educación y Salubridad." [154] Abascal nombra a Unanue, en 1807, Protomédico del Reino, cargo que conlleva la cátedra de Prima de Anatomía, la más importante del curriculum.[155]

Pronto la cercanía de Unanue con el poder virreynal tiene sus frutos. A iniciativa suya se construye un Cementerio General en Lima que tiene como fin concluír con el nocivo hábito de enterrar cadáveres en el interior de las Iglesias. Bajo sus auspicios se establece la primera Sociedad de Beneficencia. Se interesa por la pesca de la ballena, se inicia una gestión sobre esta posibilidad industrial, que culminará personalmente en España. Eguiguren lo ha llamado por este período de su vida: "precursor de una política de bien social."[156] Su obra más grande en esos años es sin duda alguna la fundación de la Escuela de Medicina en 1811. Desde 1807 había expuesto este proyecto a Abascal. Según Lastres, "tenía la idea de levantar una ciudadela médica, en el centro de tres grandes hospitales de entonces." Los primeros exámenes se tomaron desde 1808. Funcionaba la Escuela en donde está ahora el Ministerio de Gobierno (Plaza Italia.). Con esta obra culmina Unanue su labor iniciada en el Anfiteatro Anatómico, y en la introducción de la vacuna, en 1802, para con la ciencia médica peruana.

Se rodea Unanue de hombres como José M. Valdez, Miguel Tafur, que le seguía los pasos, Félix Devoti, quien llegará a ser colaborador y amigo en las lides periodísticas y políticas. José Vergara, Pedro Belomo. Fueron Rectores: Francisco Ramos, Francisco Javier de Luna Pizarro y Fer-

nando Goya. Valdizán dice que nunca llegó la Facultad de Medicina a constituir una lisonjera realidad. Lastres, en cambio, la compara con el Convictorio de San Carlos y cita el testimonio de la Minerva Peruana de 26 de enero de 1809. El Plan de Estudios ha sido revisado por José Casimiro Ulloa en su discurso pronunciado en la Facultad de Medicina de Lima, el 15 de mayo de 1859,[157] que fué el inicio de la rehabilitación de la memoria de Hipólito Unanue. A pesar de su simpatía por el sabio Unanue, Ulloa hace presente que el proyecto pecaba de ambicioso. Y era imposible de llevarse a efecto. Había considerado Unanue, por ejemplo, un curso de Geografía Médica del Perú, que aún en los años que C. Ulloa disertaba, no se había creado.

Unanue alcanza en ese momento el pináculo de la fama. Es la mayor autoridad científica del Virreynato. El sabio criollo que tal vez era uno de los pocos hombres que pudo dialogar y comprender en la América Hispana a Alejandro de Humboldt, al sabio tedesco quien venía indagando por la secreta armonía del "Cosmos", esto es: la unidad de las ciencias de la materia en un saber único, es por entonces con razón incorporado a las más ilustres academias científicas del mundo. Baviera, Nueva York, Filadelfia, Madrid, exhiben el nombre del peruano entre sus más escogidos miembros.[158]

Por ello, Picón Salas lo compara con Caldas y dirá que Unanue "es uno de los criollos de visión científica más universal que produjera ese crepúsculo del coloniaje." [159]

Riva Agüero afirma que en esos años redactaría parte de la "*Memoria de Abascal.*"[160] Y en ella se recogen, además, numerosos elogios a Unanue de parte del Virrey.

Vicuña Mackenna ha trazado el retrato del sabio, probablemente con los ojos puestos en algún retrato de la época. Lo describe de "organización enérgica y a la vez sencilla. Era alto y hermoso color pálido. Su cabello le caía en negras guedejas en la frente, sombreando sus ojos de

un azul claro que le hacía afable al mirar, delatando viveza y penetración en su inteligencia."

Unanue y el periodismo doceañista. 1812.— El cautiverio de Fernando VII, y luego su renuncia en Bayona, desataba en los criollos peruanos un intenso fervor que luego la historia conocerá como los años del Fidelismo. Y porque las Cortes de Cádiz habrían de permitir mayor libertad y la aparición de los usos políticos separatistas, (Cabildos Abiertos, uso de la libertad de prensa), el panorama de los cafés y salones criollos se puebla de nuevos y variados periódicos que son, luego de años, editados por peruanos al amparo de la libertad del doceañismo. Aparecen: el *Peruano;* cuyos redactores permanecen en el secreto. Sólo se ha hallado uno solo, don Gaspar Rico Angulo, ahora liberal valiente. *El Satélite del Peruano* y *El Peruano Liberal.* En 1812 se edita el *Verdadero Peruano,* dirigido por el presbítero Tomás Flores, donde colaboran Unanue, Devoti, Larriva, y que representa la voz moderada, constitucionalista. En 1813 surge el *Argos Constitucional* de José J. Larriva. Para un estudio del medio y sus hábitos nada mejor que revisar las páginas del *Investigador* que apareció en 1814. En 1811 se había editado *El Diario* de López Aldana.

La existencia de Unanue se verá atada a tres momentos periodísticos. El primero lo constituyen sus colaboraciones en el *"Mercurio Peruano."* 1791 - 1794. Es el periodismo ilustrado, de auto-conocimiento, científico, de amante curioso e incansable por el país. Luego, el segundo momento es éste, el del liberalismo doceañista, del *Verdadero Peruano.* Aquí ya hay una actitud más comprometida con la realidad política. Y el tercer momento será, ya en 1824, los instantes del *Nuevo Día del Perú,* para alentar a los patriotas en las aciagas horas anteriores a Junín.

Es interesante observar la poca importancia que se le ha dado a este período de la vida del sabio. Aquí está

el verdadero Unanue, ávido de comprometerse con su tiempo. Hombre de permanentes elecciones y dispuesto a ir hasta el fin de sí mismo.

Tenemos un problema. Anterior al *Verdadero Peruano,* donde sí se sabe que escribió y firmó como "Aristio", como en el *Mercurio,* tenemos la sospecha de que ciertos artículos aparecidos en el *Peruano* de Gaspar Rico, el perseguido y silenciado periódico, son suyos. Así es, pues en el ejemplar 3, de 1811, aparece un comentario al libro de Alejandro de Humboldt, "Essai politique sur le sofaune de la nouvelle espagne," por A. de Humboldt, editado en París en 1809.

El libro no ha sido conocido por su misterioso comentarista, directamente, sino a través de la versión del Edinburgh Review. El autor del artículo debía leer inglés. Pocos hombres había en el Perú que estuvieran vivamente, y tanto interesados como Unanue por los pasos y obras de A. de Humboldt. Además, Unanue leía en inglés y recibía correspondencia del extranjero en varios idiomas. El artículo revela un comentarista profundamente informado de la ciencia natural de su tiempo. Y los tópicos evidencian que es Unanue quien lo escribe. Por ejemplo, se ocupa el autor de la despoblación del Perú, y repite lo dicho en el Anfiteatro en 1789: las minas no son la causa de la despoblación. Luego, hablará de autores favoritos y predilectos de Unanue en la ciencia de su tiempo: Ulloa, Jovellanos, Frezier. Incluso hay una referencia al *Mercurio Peruano* y al Barón de Nordenhydelt, su amigo. Más adelante dirá que sólo tiene del libro el tomo penúltimo. Pudo habérselo mandado el propio Humboldt. No olvidemos que no le había olvidado y que la segunda edición del *"Clima de Lima"* en 1815, tendrá como carta de presentación la cita de un juicio del Barón para con el sabio criollo Unanue.

Y por último, había una razón poderosísima para que el viajero alemán enviase su obra a Unanue. En ella le

mencionia, con referencia a la vacuna. ¿Por qué se ocultaba? Unanue, que conocía de cerca el humor de los españoles de la Corona, pues con ellos rozábase en el trajín cortesano, presentía que ésta no era sino una temporada pasajera en la dureza del mando español. Por eso guardó su nombre en otras iniciales, y más bien acepta escribir en *El Verdadero Peruano*, que cuenta con la aprobación del Virrey como el propio Abascal lo dice en sus Memorias.

Examinemos brevemente el contenido de los artículos de *El Verdadero Peruano*, donde colabora en 1812, Hipólito Unanue, participando en la contienda de su tiempo. El periódico está ahora en micro-films en la Biblioteca Nacional de Lima. Salió desde el 22 de setiembre de 1812, en que llegó a esta capital la Constitución Española, hasta el 31 de marzo de 1813. Se imprimía en la Imprenta de los Huérfanos que dirigía Bernandino Ruiz.

El prospecto del diario lo abre "Aristio." Luego sigue una lista de suscriptores. Como el Conde Monteblanco. José de la Riva Agüero. La Biblioteca del Colegio de San Fernando. Francisco Moreyra y Matute, Miguel Tafur. Es decir, todos amigos y conocidos de Unanue. Aparecen, luego, artículos encendidos de Félix Devoti, por la patria y la constitución. "Aristio" escribe una Oda a la llegada de la Constitución. Colaboran además, Pezet, Ruiz, Haenke, José Joaquín de Larriva. Siguen pues los amigos y gente vinculada a Unanue. Suyos deben ser los artículos sobre "*Geografía Estadística del Perú*," sobre el "*Amor Conyugal*," una parte de su libro con el título de "*si el clima influye en las costumbres,*" y un "*elogio académico al Excmo. señor Urrutia.*"

Sigamos a Unanue en sus artículos de esta época. Espera que la constitución, que es el nudo que enmadeja el entusiasmo de esos días, sea "la aurora dichosa de la libertad española." El periódico, anuncia el prospecto, saldrá a la semana el 1º de octubre. Unanue compara el

regreso de Augusto César a Roma con lo sucedido en España. "Restituyóse el vigor a las luces, la autoridad a los jueces, la majestad al senado...", como siempre, entre los panegíricos, críticas a la Corona. Unanue alaba, además, el medio de la imprenta, y su obra: los periódicos, "estas pequeñas y verticales obras que instruyen sin molestia y forman algunos ratos útiles." Unanue definirá a la gente del *Verdadero Peruano* como una junta de liberales. Insiste, sin embargo, en los lazos estrechos entre padres e hijos, entre las familias del Perú y de España. Unanue resaltará, también, la labor de sus Guías. Diserta sobre el problema de la despoblación y se queja de los plagios de J. E. Lecuanda. Políticamente, sus artículos están en la línea de sus contemporáneos más exigentes. En el No. XII, pág. 105, exige que los empleos se depositen en manos de patriotas de probidad y luces. Exaltando las virtudes de sus Guías, se queja de la poca ilustración del país; nos da la noticia de su descontento frente a la obra del colegio de San Fernando; está seguro que esas guías han sugerido obras útiles, porque han adelantado el "conocimiento del país sobre los que nos precedían el 18."

Unanue señala el estado del comercio de esos años. Del Callao, llave de la opulenta geografía imperial española, salen aún los productos para Cádiz. Pero, "los azúcares introducidos desde Buenos Aires han hecho decaer el comercio de las nuestras." Además, en la amonedación también se había sentido la actividad disolvente del contrabando inglés por Panamá. Por otra parte, el Tribunal de Minería no debía existir, piensa (cuando el Ministro de Hacienda durante la República habrá de suprimirlo).

La situación económica, que analiza Unanue, no es cómoda. En un año se va el numerario del Perú, dice: "en las remesas hechas por la Real Audiencia a Chiloé, Valdivia y Paraná, compra en tabacos en Guayaquil y la Habana, deducido también de los negros que se dirigen de Buenos

Aires por Chile." Pide la intervención de los brazos más activos de la ciudad para los negocios de minas. O lo que es lo mismo, apela a la iniciativa privada.

Por último, aparecen en los artículos de Unánue elogios crecidos a los Estados Unidos y a Franklin, como menciones a Descartes. De los Estados Unidos dirá que "unos hombres empleados en la agricultura y el comercio no tenían para esta arriesgada empresa tropa alguna, armas ni disciplina, pero qué importa si la misma la rige el espíritu de Franklin." Llama a Washington el "Marte Americano." Por primera vez, en periódicos atosigados por insultos a Napoleón, a la revolución francesa, brilla este elogio de Unanue, a la tierra de colonos duros y libres que en toda América española era un ejemplo y un reto.

En *El Verdadero Peruano* es posible recoger también la emoción por la libertad y el regocijo por la patria, a la que se le ha otorgado una ley y un derecho.

> Los siglos venideros
> registrando de Lima los anales
> grabados los primeros
> hilaron vuestros nombres inmortales.
> O, padre de la patria! Y las loores
> a que desde ahora sóis tan arrobado
> o amada patria mía!
> Ya eres libre, si, libre o encantadora
> palabra; qué alegría
> inspira por los bienes que atesora.
> Pero si fueras libre y no virtuosa,
> la libertad te fuera perniciosa.

XXIII, pp. 225. junio, 25 de enero de 1813. bn. de Lima. *El Verdadero Peruano.*

Actitud Política frente a Abascal.— ¿Cuál era su actitud política en esos años? A la inestabilidad económica del imperio español en Indias se sumaba la inestabilidad política en la misma metrópoli. Desde 1808 en España se guerrillaba contra los franceses. En 1809 se inicia el cautiverio de Fernando VII. En América, en el torbellino de los Cabildos Abiertos, se ensayan por primera vez formas de autonomismo político. El caos de la guerra ha liberado por un momento a los americanos de la tutela española. El 25 de mayo de 1809, se proclama la Independencia de Charcas. El 15 de julio se reúne una Junta Gubernativa en la Paz. Hay agitación en Quito. Al año siguiente, en mayo de 1810, una Junta Gubernativa se instala en Buenos Aires. En julio otra en Bogotá, setiembre en México, luego en Quito. En toda América existe una idea de común destino de unidad. Las logias están activas. Dentro de este clima prosigue Unanue sus tareas en el Colegio de Medicina.

Los primeros movimientos emancipadores se suceden en regiones periféricas del Imperio Español. Sólidamente establecido en Lima, el Virreynato continúa.

Si recordamos el carácter de Unanue, su vinculación a Abascal, su formación mental, se nos hace difícil creer en la versión de su posible conspiración en 1809. La noticia de este insólito hecho que contradice el comportamiento anterior de Unanue se la debemos a Vicuña Mackenna, quien dice haberla recibido de Pérez de Tudela y Ricardo Palma.[161] Según ella, Unanue habría conspirado en 1809, junto con otros médicos, en lo que sería conocido como la Conspiración de San Fernando. Estaban complicados los nombres de José Gregorio Paredes, José Pezet, Chacaltana, Tafur, Devoti y Valdez. Palma dará la nota novelesca. Una noche (lo contará en sus *Tradiciones*) los conjurados serán interceptados al salir de San Fernando por un esbozado, quien al mismo tiempo que les iluminaba el rostro con una linterna, les saludaba en nombre del pro-

pio Virrey Abascal. Palma soluciona el problema de por qué Abascal no tomase represalias, conjeturando que la amistad con Unanue y la extinción de la conspiración por muerte natural, le libraron de ordenarlas. Sabiendo lo mucho que fabulaba don Ricardo Palma en los terrenos de la historia, su testimonio, al no citar fuentes, es sospechoso e inseguro. Según Mackenna la conspiración fué denunciada al Virrey por un estudiante fernandino.

¿Conspiró Unanue contra Abascal? A Pacheco Vélez, movido por una parecida intuición del carácter de Unanue que la del que escribe, se le hace difícil también aceptar la versión.[162] El tema intriga y se presenta confuso. Y en el último simposium sobre las Causas de la Emancipación del Perú del Instituto Riva Agüero, Lyda Gordillo de Delucchi[163] realiza una pesquisa historiográfica, siguiendo esta vez el comportamiento posterior de cada uno de los conjurados alrededor del Proto-médico Unanue. Establece una relación entre Tafur, un patriota mexicano fugitivo de nombre Ayala que se asilaba en esos meses en San Fernando, quien podría haber establecido una conexión entre los conjurados limeños, y el sacerdote peruano Talamantes, que, en esos años, vivía en México insurrecto.

Si no formaba parte de las logias, la actitud política de Unanue no era tampoco pasiva. Unanue no guardó silencio en esos años. Y en el coro de imprecaciones y protestas que preludiaban en toda América las dianas de los ejércitos de San Martín y Bolívar, su voz se deja sentir en 1809, cuando firma un memorial solicitando a la Corona igualdad de derechos para criollos y peninsulares, que el Conde de la Vega del Ren firmaría, en plena unción emocionada de la naciente patria, de rodillas.[164]

¿No eran acaso los criollos, los españoles de provincias, súbditos de su Majestad Fernando, hispanos por la sangre, el idioma, la religión y las costumbres? ¿Se trataba de igualar, pensaba Unanue, a las provincias de América

con las de la propia península íbera? Mackenna que da la fecha de 1812 para este acontecimiento, dice que con él se pone Unanue a la altura de las circunstancias. Había movilizado el sabio Unanue alrededor de 70 personas de calidad de la ciudad de Lima, y "aunque quede depuesto," confiesa, "el silencio colonial fué roto y la representación obtenida." En las sesiones de la Sociedad Patriótica de 22 de marzo de 1822, cuando se discuten las causas por las que se ha retardado en Lima la revolución, Unanue, como muchos de los criollos contenidos por la represión tiránica de los años del despotismo, explica su estado de ánimo pasado y su conducta, su permanente simpatía por la Patria, y su emancipación. Es la autocrítica del ex-colaborador de los Virreyes.

En esa sesión acusará a Abascal de tratar de dividir a los españoles y a los americanos, intentando elegir un español para diputado de la Junta Central.

Unanue por eso movilizaría la opinión pública limeña, sobre la cual parecía ejercer poderosa influencia, en procura del *Memorial*. Su amistad y vinculación con Abascal no le divorciaba de su situación de criollo, segundón perpetuo en el poder, y de amante del País. Hombre del partido reformista, habría de cifrar sus esperanzas en la posibilidad de una Monarquía Constitucional en España y de una ligazón más flexible con la metrópoli, una especie de "Commonwealth hispano" que el fracaso de las Cortes de Cádiz cancelaría definitivamente. No escapaba a los hombres moderados como Unanue la posibilidad de insurreccionarse, como lo había hecho Buenos Aires.

Lo hubiéramos hecho, dirá Unanue en 1822, refiriéndose a este período de su vida, "si hubiéramos estado armados como los porteños y engreídos por la victoria sobre los ingleses."[165] Monteagudo habrá de señalar que el imperio de la fuerza había retardado la emancipación en el Perú. Abascal había convertido el país en un gigantesco

vivac en donde el ejército imperial poderosamente armado y disciplinado hostigaba a los patriotas de Charcas y las provincias Unidas del Río de la Plata y vigilaba Quito y Chile.

Este año de 1809 tiene un aire de intriga y agitación. Es el mismo año en que se descubre la conspiración de Landaburu, el discípulo, amigo y protector de Unanue. Pues a partir de 1809 se inicia el largo litigio con el Marqués de Montemira por el usufructo del Coso de Acho de Lima, al mismo tiempo que los bienes de Landaburu son confiscados por la Corona Española. Unanue asumirá desde en tonces la defensa de Landaburu. Sin dejar de hacer notar, años después, los riesgos que estos implicaba. La rebeldía a la Corona descalificaba a los hombres quienes seguían siendo amigos de los caídos en desgracia, eran vulnerables a las acusaciones de contagio. Unanue vivirá, desde entonces, en la Casa de Landaburu, en Lechugal, antes de San Andrés. Cuatro años después, en 1812, Unanue suscribirá el Acta contra el Santo Oficio de los notables de Lima y pedirá la instalación de los Cabildos. Si se toma en cuenta, además de estos gestos públicos, su fe en el poder de la libertad de prensa, su abundante colaboración periodística, su solicitud por la Constitución Liberal, se comprende que Vicuña Mackenna pecó de injusto cuando tildó de pasiva esta etapa de la vida de Unanue.

¿Qué hacían a esta altura de los tiempos del 1810, aquellos de sus contemporáneos que habrían luego de tramar sus vidas con la de Hipólito Unanue en la aventura republicana? ¿Dónde estaban? ¿Conspiraban? ¿Esperaban con paciencia el instante definitivo y seguro de la insurrección? ¿Preparaban las condiciones sociales para la República o colaboraban todavía con los peninsulares?

Biografía colectiva de una generación de precursores.- La huella vital de Hipólito Unanue, que seguimos, habrá

de confundirse con la de otros hombres que se llaman José de la Riva Agüero, Monteagudo, Larriva, José María de Pando, Baquíjano y Sánchez Carrión. Nuestra curiosidad deja por un instante al sabio médico Unanue y observa el comportamiento de esas otras existencias, que conformarán el aire de su generación y de su tiempo.

Se podría trazar con los datos biográficos individuales de la vida de cada uno de ellos, la biografía colectiva de un revolucionario.[166]

A la moderna historia social le preocupa, por ejemplo, más que las biografías individuales, los rasgos fisonómicos generacionales. Por que hoy interesa más la historia social y económica y sus interrelaciones con la política y la biografía, que la simple biografía clásica, acusada de distorsionar los períodos históricos en función de los actos particulares de un hombre. Si se pudiera seguir el itinerario de varios protagonistas de un tiempo o una época se llegaría a poseer una imagen de un hombre genérico arquetípico. El héroe, al que una historiografía personalista había exaltado, está en baja en la tabla de valores del saber histórico de hoy. Nuevas perspectivas sociales obligan a observar en la sucesión de los hechos humanos, en el largo cuento de contínuo acabamiento y resurección que es la historia, otros aspectos, y obliga a elegir otros métodos. Exponente de esta técnica, Lewis Namier ha propuesto estudiar no una biografía ni dos, sinó centenas de ellas hasta formar espléndidos diccionarios biográficos que alumbren una etapa histórica, de modo definitivo. Así ha estudiado el comportamiento de los liberales y conservadores en los primeros años del Reinado de Jorge III. Esta imagen de un hombre social concreto no dará, tal vez, la emoción o el conjuro del gesto heróico individual, aislado, en lucha frente a la adversidad y el destino, el rasgo personal de un hombre venciendo al miedo por el fervor de una creencia, el milagro del héroe levantándose sobre la

ruindad, la apatía o el desamor, pero si no transmite la emoción o el encanto, ese supremo goce del historiador, da por su cuenta una visión conjunta de las pasiones de una época, que ninguna biografía aislada podría proporcionar.

Intentemos, pues, una breve biografía colectiva de la generación de precursores de la Independencia peruana. ¿No llamó Carlyle a los héroes, "beginners", esto es, iniciadores? Baquíjano e Hipólito Unanue son los de mayor edad. Y los que recogerán de la experiencia del Despotismo Ilustrado mayor raíz reformista y moderada. En 1787, cuando se funda la Sociedad Filarmónica, nacen José María de Pando, José Faustino Sánchez Carrión y Monteagudo. Cuatro años antes, José de la Riva Agüero. Cuando Unanue participa en los debates de la Sociedad y escribe en el "Mercurio Peruano", son aún niños. Vidaurre en 1796 se incorpora al Colegio de Abogados. A excepción de Monteagudo, alto-peruano o argentino, y Sánchez Carrión, huamachucano, y el ariqueño Unanue, los demás son limeños. Algunos estudiarán en España (Riva Agüero, Pando), otros en San Marcos, como Vidaurre y Sánchez Carrión. El año de 1809, y sus agitaciones, marca un hito en esta generación. En ese año, Monteagudo participa en el levantamiento de Chuquisaca, formando parte de su Junta Provisoria. Publica a nombre de la junta un folleto titulado: "Mártir o Libre", tan incendiario que se le prohibe seguir lanzándolo. Ese año vuelve al Perú Riva Agüero, por la vía de Buenos Aires. Había sido apresado en Montevideo por sospechoso. En Lima seguiría vigilado e iniciará sus años de clandestinidad. Otros habían ingresado al servicio de la Corona, como José María de Pando y Vidaurre. Pando, desde 1802, a los 15 años es nombrado agregado a la legación de S.M. cerca de la Santa Sede. Vidaurre fué el primer americano en la Audiencia de Lima. En 1811, llega a España donde le dan el título de Oidor de la Audiencia del Cuzco. Pando estudiará artes

en Roma y, en 1808, al rehusar prestar juramento al Rey José Napoleón, es hecho preso hasta 1809 en Roma, para luego ser trasladado a Fenestrelle.

Mientras Monteagudo y Riva Agüero se alejan de España cada día más, Vidaurre y Pando no sólo son mimados por la Administración Española, sino que demuestran un humor fidelista. Monteagudo será en los años venideros Secretario de Castelli, 1811, Diputado a Congreso en 1812-1815. Viaja desterrado a Europa en 1815 y en 1818 ingresa a la "Logia Lautaro." Riva Agüero es expulsado del Tribunal de Cuentas en 1813 por un folleto que publicó, y es confinado en Tarma. Era ya un agente secreto de las logias.

Delegados a las Cortes de 1812, Unanue y Baquíjano confían en la posibilidad de solución mediante una constitución liberal. Después de 1814, el ascenso de Vidaurre y Pando continúa. Vidaurre en 1818, llega a ser el primer Diputado Americano. Pando en 1818, es ascendido a oficial de la primera Secretaría del Estado y poco después a Secretario del Rey con ejercicio de decretos, concediéndosele la cruz de Carlos III. En 1820 es Encargado de Negocios en Portugal. Participa en la redacción del manifiesto del 10 de marzo, en el que el Rey promete seguir la senda constitucional. En 1823 es nombrado Secretario en Sevilla del Despacho de Estado. Pando llega a Lima en 1824.

Riva Agüero había sido encarcelado en 1818 por agitador, pero se le dejó libre por falta de pruebas. En 1821, San Martín lo nombrará Presidente del Departamento de Lima. El prócer argentino llega acompañado de Monteagudo, Auditor General de Guerra y Secretario del General San Martín. Baquíjano había muerto en 1818, en España, privado de la libertad, caído en desgracia ante la Corona.

Sólo José Faustino Sánchez Carrión había permanecido al margen de la Corona. Abascal había conseguido que se le expulsase de San Carlos. Era abogado. Representaba al hombre de la clase media colonial. Encarnaría con justeza el ideal humano del nuevo orden. Al "demos" popular. Larriva, por otra parte, luego de su Plan del Perú en 1810, y la colaboración con los diarios del liberalismo doceañista, parece haber viajado a Europa. Regresa en 1821.

Se encuentran así, a partir de 1821, estos hombres. La actividad de Unanue se cruzará primero con Monteagudo, luego con Riva Agüero, para vincularse al fin con Sánchez Carrión, Larriva, Pando y Vidaurre.

Es notable observar que Bolívar habrá de elegir como representantes suyos en Panamá, como ministros y cercanos colaboradores y defensores de la Constitución Vitalicia, a hombres formados en el "Ancienne Régime", como Pando y Vidaurre, verdaderos espíritus imperiales, hombres de transición entre la Colonia y la República. Y cómo la revolución devorará a los exaltados y fervorosos "radicales", como Sánchez Carrión, de muerte desconocida, Monteagudo, asesinado, y Riva Agüero, amargado en Europa, transformado en "Pruvonena", símbolo de resentimiento autobiográfico. Habrá amargura también en los últimos años de Baquíjano, preso en España, y en Unanue, que presentía el desgarramiento, la crisis, la inmadurez del Estado de la República. Como Olavide, algunos de estos criollos abjurarán de sus ideales políticos juveniles. Como Monteagudo, izando a partir de 1820, la bandera del antiliberalismo, o vueltos a una anterior actitud herética. Y como Vidaurre, que se dedicó a los 68 años a combatirse a sí mismo en un alucinante evangelio en triunfo del siglo XIX peruano, llamado "Vidaurre contra Vidaurre."

El peruano revolucionario es, pues, funcionario de la Corona, o conspirador. Se educa bien. En España o en

San Carlos de Lima. Viaja mucho. Presenta memoriales para el mejoramiento del trato en América, hasta antes de las Cortes en 1812. No siempre es hombre de las logias. Algunos se inician en los Cabildos Abiertos, en su oratoria tumultuosa.

Otros en las Cortes. Los más intransigentes confabulan y esperan. Casi no se conocen entre ellos. No es cierto que carecían de experiencia en los negocios públicos. Los que habían servido a la Corona serán llamados para los cargos diplomáticos y los ministerios inmediatamente. Todos, a su vez, serán desalojados del poder por un nuevo factor que no habían tomado en cuenta: el ejército de héroes libertadores. Algunos admitirán su papel de "válidos", otros tratarán de llevar armas. Fracasarán. El oleaje republicano lanza a hombres oscuros al mando a través del uso de las tropas y los cañones, que luego de derrotar a España se vuelve contra las constituciones. Aparece el coronelismo.

Esta etapa histórica está dominada por la palabra hablada. La pluma tiene un acento oratorio. Se escribirá para aclarar y fijar lo dicho. Como Laso y Vidaurre. El peruano de ese tiempo admirará a los Incas. Creerá en el poder mágico de la letra escrita: Constitución o proclama. Los años de euforia serán cortos. De 1820 a Santa Cruz. Al entrar la Confederación flotaba ya en el ambiente la sensación de vivir un equívoco colectivo. En el revolucionario, a excepción de Monteagudo, faltó el instinto de revancha social, una voluntad de aniquilación, presentes en los Comités de Salud Pública. La revolución americana fué una revolución francesa sin guillotina ni Robespierre y aún sin toma de la Bastilla. La Inquisición de Lima fué asaltada ya en 1813. En los años del régimen español.

La vida íntima.— Dentro de este clima histórico transcurre la vida íntima de Unanue. La sombra del sa-

bio, que cubría la vida intelectual de la colonia, se aquieta y arremansa en el abrigo del sereno hogar. Se había vuelto a casar, en 1805, con Josefa de la Cuba y Rocha, sobrina de su primera mujer, tal como la extinta se lo había pedido en su lecho de muerte. Podría haber sido un medio de asegurar a la sobrina que quedaba sola. Unanue era un hombre de cincuenta años. Vivía posiblemente con la madre, que le habría de sobrevivir. Y con su hermana Josefa, como se desprende de su *"Memoria Testamentaria."* Ambas serán amparadas por él, hasta su propia muerte. No olvidaba a su primera mujer, a quien dedicará conmovedores versos años luego de muerta, en el "Verdadero Peruano" del 11 de marzo de 1813:

"Qué de veces en tiempo venturoso
las horas ví de sus delicias llenas;
mas hoy sólo mis penas
ocupan mis instantes!
se acabaron las glorias
de dos tiernos amantes.

Para siempre pasaron
nuestros días felices.
¡Oh, sombra de mi esposa! Ayer la vida
del valle ameno y de la alta sierra,
hoy convertida en tierra,
ya no pisas ufana
los verdes praderíos
de que eras soberana.

Mi esposa peregrina, en una tumba
despojo yaces del Hado a los rigores:
cesaron los amores,
y en mis negros pesares
agotaron mis ojos
las ondas de los mares."

Su segunda esposa le habrá de dar cinco hijos. Jesús, Francisca, Germán, Rosa y José. "La Guía de Forasteros de 1809" nos indica que comienza a vivir desde ese año en la casa de la calle de Lechugal, casa que había pertenecido a su discípulo José de Landaburu, ahora en España desde 1779. Luis Alayza y Paz Soldán nos ha dejado la visión de la casa de Unanue, que él ha recorrido de niño, con la emoción y el orgullo que brotan de su ancestro,[167] recogiendo de sus muros cargados de recuerdos de familia la huella vital de sus antepasados, austera y sobria como la arquitectura misma de esa mansión limeña del siglo XVIII, de viejo patio empedrado con adoquines "a manera de huevos de punta," de mampara con vidrios desprovista de visillos, que permitían ver desde la calle el interior de las habitaciones; seguir sus pasos por la "amplia sala con gastada alfombra," por la cuadra que lucía cuadros con marcos de plata, amplios sofás y un fanal para alumbrar las tardes mortecinas de Lima. En la amplia sala donde quince cuadros al óleo de Historia Sagrada presidirían las tertulias "ilustradas" del sabio, ojos de santos bíblicos prendidos en las paredes, que debieron haber contemplado la amistad del joven Devoti o las visitas de la Marquesa de Torre Tagle a su familia. Completaban la casa el comedor y un pequeño jardín "en que las plantas hallábanse encerradas en una rústica palizada que marcaba el patio en cuatro pasadizos." Alayza señala una habitación abierta al exterior en el ala derecha, como la sala de estudio del sabio. Y por el inventario de sus bienes que a su muerte se hizo,[168] podemos conocer ahora con qué objetos y cosas se había establecido la secreta correspondencia que une a un hombre a un lugar, en esa cuotidiana familiaridad con los objetos íntimos en los que se va depositando imponderablemente la lenta madeja del tiempo, porque en el trato con las cosas pequeñas se evade sin prisa la tarea de existir. En el estudio donde Unanue escribiera el *"Clima de*

Lima" le rodeaban, como afectuosos duendes caseros, globos geográficos, termómetros, brújulas; dos pequeños relojes de madera que arrastraban las soñolientas horas coloniales; pequeñas cajas con monedas en las que Carlos III ostentaba su perfil borbónico; cajas de dibujo, navajas, tinteros; un atril y un fascistol para escribir de pie como los cartujos, venciendo el sueño y la fatiga; le acompañaban veinte láminas de paisajes americanos que lucían aquellos indios de perfil helénico que el romanticismo del siglo XVIII se obstinó en encontrar en nuestras tierras; sofás grandes, cómodas; una muchedumbre de veinticuatro sillas de madera y sobre la mesa de trabajo, un anteojo astronómico, en el encuentro casi surrealista con un estuche de instrumentos científicos, un Cristo con dos imágenes al lado y la imprescindible caja de caoba con un servicio completo de barba y almuerzo para cuando a Unanue se le despertara la vocación de ermitaño que dormita en todo sabio, y deseara evadirse de la alegre vocinglería de los niños, del ronroneo de la servidumbre o de las visitas inoportunas.

El tiempo había de depositar sobre su mesa de trabajo, como un símbolo de la época, la presencia de Bolívar por medio de un pequeño busto de bronce, que jugaría un papel tutelar semejante a aquel otro de Napoleón frente al rostro taciturno de los peruanos del siglo XIX. No podía faltar en la casa de Unanue el lugar santo de un oratorio. Destacaban en él un cuadro al óleo de la Purísima, un fino Cristo de marfil rematado en plata, cuyo séquito lo componían humildes Santo Domingo y San Antonio, de madera. Allí, la hermana de Unanue, llamada cariñosamente Chepita, iría a buscar la comunicación con Dios pues había elegido ser terciaria dominica, vivir entregada a la devoción y la santidad, y continuar los sacrificios con que otra limeña, Isabel Flores de Oliva, diera fama a la ciudad, como almácigo de virtudes místicas. El paso quedo de la

hermana rumbo al oratorio proporciona a la casa de Lechugal la nota limeña de recogimiento y piedad propios de la época.

La casa pertenecía todavía a José de Landaburu, pero Unanue, seguramente de acuerdo con su discípulo de quien era tutor, curador de sus hijos y administrador de sus bienes, ya la habitaba. El joven Landaburu, natural de Chilca, hijo del orgulloso don Agustín Hipólito de Landaburu y Mariana de Belzunce y Salazar, ya difuntos, —este joven criollo, a quien conocemos cerca de Unanue introduciendo a Newton en la Real Universidad— "hallándose próximo a partir de la ciudad de Lima a los reinos de España" [169] otorga poder a favor de su tío, Juan José de Belzunce y Salazar, Caballero de la Orden de Calatrava y en segundo lugar, a Don Hipólito Unanue, Catedrático de Anatomía, "mi querido maestro." Era el 20 de noviembre de 1799. No volverá más al Perú. Deja tres hijos naturales: María Josefa, Juan José y María Isabel. Era soltero. Se radica en Madrid. Había dejado encomendados sus bienes, por "estar expuesto a perder la vida en tan larga y penosa travesía." Ellos eran: la Hacienda Matarratones, Gómez y Pepián, el derecho a lidiar toros en Acho[170] durante 60 años, y la finca de Lechugal, donde en estos años de 1809 vive Unanue. Unanue, pues, se hace cargo eficientemente de la fortuna de los Landaburu. En su archivo se amontonan pliegos, cuentas y tasaciones que irían a formar los tres tomos de la testamentaría de Landaburu. Desde 1799 lleva el libro de caja de esos bienes y aún antes de la partida de Don Agustín, de 1796 a 1800, se había encargado de la venta de azúcar proveniente de dichas haciendas. Durante años litiga con el Capitán Juan Pérez de Rivera por unas tierras de Chincha, contra doña Mercedes Cabrera, por deudas; realiza un canje de tierras con la Hacienda Santa María y lleva puntualmente la relación de los gastos de los hijos menores de edad de Landa-

buru. Al pasar los años ha de morir don Juan Belzunce, quien había otorgado poder a su favor como segundo heredero. Mueren también Doña María de Larreta y don Santiago Martel, escribano en 1816. El 30 de julio, siendo Proto-médico del Reino, asume Unanue íntegramente los beneficios de su herencia. Habrá de duplicar el legado dejado a los hijos naturales de Landaburu. No habría Unanue en ningún momento dejado de vigilar la estabilidad de su fortuna. En 1821, Cochrane lo considera uno de los hombres más solventes entre los criollos que viven en Lima.

Sin embargo, estuvo a punto de naufragar la fortuna de Landaburu y pasar íntegramente al poder de la Corona. Como lo cuenta el propio Unanue, en 1809 llegó una terrible Real Orden mandando secuestrar cuantos bienes y papeles pertenecieron a Don Agustín de Landaburu, por su adhesión a la causa de América. "En seguida yo fuí separado de su administración y se trataba de confiscarlos y venderlos a favor del Estado." [171] Este sería uno de los momentos más graves en la vida de Unanue. Algunos autores, como Vicuña Mackenna, afirman que Landaburu pertenecía al partido de los afrancesados en España. Sin embargo, esta versión es anterior al conocimiento de la opinión de Unanue relatada en su "*Memoria testamentaria.*"

Era un reto al poder y a la influencia de Unanue. Le disputaban la casa, el coso de Acho, "un poderoso partido". El litigio se había entablado con la poderosa Real Sociedad de Filipinas. Unanue tiene frente a la tragedia de su amigo comprometido con los ideales de libertad, una obligación moral que surge de su influencia de maestro y tutor. Había iniciado al joven Agustín en los usos dialécticos de la Enciclopedia, en la nueva mensura del universo que Newton enseñaba, posiblemente en la lógica de Condillac y Descartes. La vida de Landaburu será así una trágica señal de los tiempos. Unanue le recordará siem-

pre con gratitud y congoja y cuando entrega un reloj Breí de oro a José de Landaburu, lo hace, ya en 1831, para que conserve la memoria de su padre, "tan excelente, amable y desgraciado." [172]

Coincide con la preocupación de Unanue por los bienes de su amigo, el momento político oportuno, pues le nombran Diputado por la provincia de Arequipa y así encuentra "la ocasión de hacer cuanto fué posible a favor de Don Agustín y sus bienes, más al llegar a Cádiz, a fines de Julio de 1814, me encontré que había muerto en Londres sin haber podido conseguirse los devolviesen" [173] En efecto, había muerto en el Condado de Middlexex, el 17 de julio de 1814, como consta en un documento de la época. [174] Unanue había conseguido en Lima, antes de partir a España, que se le devolviesen los bienes administrados de cuenta del Estado, debido a sus influencias. Si no estuviera vinculado este suceso al origen de la fortuna de Unanue, a la exhibición de sus virtudes de amigo, importaría como un ejemplo de su habilidad política, su influencia en la sociedad en que vivía, y su perseverante y tenaz carácter, herencia del padre vizcaíno. Preocupaba a Unanue no sólo la devolución de los bienes sino la rehabilitación pública de Landaburu. Ya en España logra que se le declare a Landaburu, a través del Supremo Consejo de Indias, "por bueno y fiel vasallo de su Majestad", sin tacha alguna, consiguiendo que levante el secuestro el Serenísimo Consejo de Regencia y que se le otorguen todos los bienes. Landaburu, que había querido pasar a España, murió sin saber ni su rehabilitación postrera ni la defensa leal que de él había hecho Hipólito Unanue. Hay que destacar los peligros de esta gestión. Eran años difíciles, de contínuo recelo por parte de la Corona para los criollos. En Lima dirá Unanue: "se me negó un sólo real de auxilio." Califica él mismo de ser aquella gestión "una solicitud aventurada" y haberse expuesto "a ser comprometido

personalmente." [175] En Lima había tenido como enemigos visibles al Marqués de Montemira, con quien litigó por el Coso de Acho e incluso por la misma casa de Lechugal, donde habitaba. Unanue no estaba del todo libre, si recordamos el recelo de la Corona. En 1808 corrió el rumor de que conspiraba en San Fernando, y al año siguiente firmará la famosa representación que pedía para los criollos de América la igualdad con los peninsulares. El viaje a España como diputado por Arequipa se retrasó debido a los juicios pendientes con Montemira. Fué nombrado representante a Cortes el 24 de octubre de 1813 y emprende el viaje en abril de 1814 a la Península.

CAPITULO SEPTIMO

UN INDIANO ILUSTRADO EN LA CORTE DE FERNANDO VII. 1814-1817-1820.

Las Cortes de Cádiz.— Tendencias políticas: Doceañismo y Peruanismo.— Cuando llega Unanue el Absolutismo ha retornado.—El encuentro con Baquíjano.— Gestión feliz para librar los bienes y el honor de Landaburu.— Baquíjano y sus actitudes para la Corona, para América, la revolución, y las Cortes según los últimos documentos hallados.— Cercanía entre los dos criollos.— El Conde que ve Unanue.— Gestiones que realiza en la Corte para cumplir recados encomendados en Arequipa y en Lima.— El regreso, 1817.— Esperando la República.— Viaje a Arona.— Usufructo total de los bienes de Landaburu.— Dedicación a su clientela.— Estaba probablemente enfermo.— Su silencio.— Unanue y los nuevos tiempos.—

Debido a las guerras de independencia nacional contra Napoleón I, y su hermano José Bonaparte (Pepe Botella, como le llamaba el pueblo español), y a las guerrillas populares como a la creciente influencia del constitucionalismo, se convocan las Cortes de Cádiz. Se habían reunido antes en el teatro principal de la Isla, el 24 de setiembre de 1810, 105 diputados. En 1811, se trasladan a Cádiz

para sesionar en la Iglesia de San Felipe. Estas Cortes del Reino habrían de convocar elecciones para diputados por las provincias ultramarinas.

La composición política de esa asamblea deliberativa refleja las dos más poderosas corrientes sociales del Imperio Español. La liberal, con sus diputados llamados los negros, que proponían la Monarquía Constitucional. Y los realistas o blancos, defensores obstinados del Absolutismo Tradicional. Fruto de esta polémica es la Constitución de Cádiz, que causó júbilo en los liberales limeños, como se puede observar en los periódicos de la época y que ya hemos tratado. Los 384 artículos de la Constitución reflejan ingenuidad y esperanza para con la corona española, ortodoxia liberal, populismo. Afirmaban los hispanoparlantes de ese momento que la soberanía residía en el pueblo. Pero por paradoja, la Constitución de Cádiz, como las Cortes mismas, serán anuladas al regreso de Fernando VII. Acto que marca el retorno al más caprichoso absolutismo. La Constitución fué el sueño de los reformistas americanos, que por prudencia no deseaban una separación brusca de España, al mismo tiempo que exigían un justo trato para los criollos en América. (Mayor ingreso a los cargos públicos, representación permanente en las Cortes, provisión de títulos, extinción de algunos monopolios comerciales). La posibilidad de una Monarquía Española atemperada por la Constitución y las Cortes, y por el uso de la libertad de imprenta, (lista a la crítica de la administración en América como en el caso de Riva Agüero en 1813), como realidad histórica, quedaba extinguida al endurecerse la línea absolutista regalicia.[176]

Así es como Doceañismo, como creencia en las virtudes de la Constitución, y Persaísmo, como símbolo de absolutismo, permanecerán en la vida social española y aún en América, como exponentes de los rasgos opuestos que frente a la común crisis del mundo hispano asumían

los hombres de ese tiempo. Posteriormente, las armas iniciarán una apertura decisiva: el radicalismo liberal.

De la misma Asamblea de las Cortes del Reino, surgen las tendencias que proponen el regreso de Fernando VII y el restablecimiento del Absolutismo. Los persas, 69 diputados, piden su disolución y esto se lleva a cabo a partir del 4 de mayo de 1814. Unanue llega, pues, a Cádiz, cuando ya la Asamblea ha sido disuelta. Le sorprenden ahí "grandes e inesperados sucesos." (Caída de Napoleón, Regreso de Fernando VII, Convocatoria al Congreso de Viena). "El gobierno," dice Unanue, "ha regresado al mismo pie en el que estaba antes de 1808." Vive Unanue en Cádiz, hasta que pasen "los calores y pueda pasar a Madrid," como se desprende de su correspondencia con su amigo don Francisco Moreyra y Matute, Juez de la Diputación Provincial en esos años, y con residencia en Lima. Este valioso archivo ha sido revisado por el P. Rubén Vargas Ugarte, preocupado por la relación de Matute con los jesuítas expulsados por Carlos III, y por Luis Alayza y Paz Soldán, con el fín de reconstruír la vida íntima de Hipólito Unanue.

Disuelta la Asamblea, ¿qué queda, pues, de su misión en España?

Tenía, según Alayza, tres preocupaciones: representar a Arequipa por la cual había sido elegido, resolver el problema de su amigo Landaburu y sus bienes y satisfacer los encargos que conocidos y amigos de Lima le habían confiado al partir a Cádiz.

Unanue le escribe a Matute, haciéndole saber "que los diputados que han venido de América tienen orden de pedir al Rey lo que consideren oportuno para el mayor bien de sus provincias, según las instrucciones que hubieran recibido de éstas. He participado a los señores Ministros mi llegada a esta ciudad (Cádiz) . . ." [177] Así, Unanue habrá de conocer a Fernando VII y a sus favoritos.

No todos los diputados americanos aceptaron esta invitación. Protestaron don Vicente Rocafuerte, diputado por Guayaquil, y don Mariano de Rivero, representante por Arequipa. Rivero fué puesto en prisión al no huír, pese a haber tenido noticias de la orden de detención lanzada contra él. José Baquíjano y Carrillo, que había llegado a Madrid en marzo de este año de 1814, [178] había intentado, citándolos en su propia casa, convencerlos. La actitud de Baquíjano es muy importante para explicar la conducta e incluso muchas de las ideas políticas de Unanue en este período de su vida. Venía así a culminar en Cádiz una larga correspondencia ideológica entre el Conde de Vista Florida y el Sabio Unanue.

Baquíjano y Carrillo, espléndidamente situado en la Corte, con cargo de Consejero de Estado, cuyo otorgamiento había sido recibido en Lima con tal júbilo que Abascal temió una revuelta; amigo del Duque de San Carlos; limeño y Ministro de Fernando VII y del mismo Lardizábal, era para los criollos peruanos, por su calidad intelectual, por su actitud política liberal moderada, el mejor guía e introductor a los laberintos palaciegos de la Corte de Aranjuez. Unanue escribe a Matute fijando esta relación: "El Conde es mi hombre y tiene muchísima influencia en el ministerio y con él he ido a ver al señor ministro y también en su ayuda voy saliendo avante en mis asuntos."[179] Como sabemos, solucionaría íntegramente el caso Landaburu. Habría conocido Unanue a otros peruanos que actuaban en torno de Fernando VII. El canónigo Blas Ostolaza, que habrá de atacar años después a la revolución criolla americana en un curioso complejo de "desperuanización." Y al Duque de San Carlos, José Miguel Carvajal y Manrique, desarraigado limeño de larga residencia en Madrid. Baquíjano, según Unanue, había llegado a una situación de gran prestigio. "Los americanos han considerado como una señal de mucha estimación el que me haya visi-

tado dos veces." Le habla con cariño de Matute. Baquíjano según este retrato hecho por Unanue en diciembre de 1814, "a manera de los ministros, sólo da audiencias ciertas horas de ciertos días." Su poder es inmenso. Le visitan "multitudes de gentes de todas dignidades que están en la puerta y antesala de su vivienda." "No podía encontrar otro mejor", confiesa Unanue, "para girar mis asuntos, pues tiene relaciones recónditas, por lo que he puesto todo en sus manos." José Baquíjano y Carrillo estaba, pues, íntimamente ligado a los secretos poderes palaciegos.

Es necesario fijar cual era la posición de Baquíjano frente a la Monarquía. Había aceptado el Cargo de Consejero de Estado. Le favorecía con su protección su paisano, el Duque de San Carlos, quien también lo arrastrará definitivamente en su caída. Hay un documento de gran valor para la reconstrucción de las ideas del conde en esos días.[180] Baquíjano es solicitado para rendir un informe sobre los levantamientos de las provincias americanas. El 13 de mayo, en Madrid, Baquíjano contesta al Duque.

La estructura ideológica del informe es más interesante si es que no sólo se vincula al ámbito personal y biográfico de José Baquíjano, sino también se le acoge como la expresión acabada del pensamiento fidelista, no-afrancesado, del movimiento reformista criollo, al que por temperamento y conducta estaba incluído don Hipólito Unanue, Montalivet y Pavón.

Baquíjano afirma haber ido a España para desvanecer "las equivocadas ideas que tomaba el Gobierno que regía la Monarquía en ausencia de nuestro soberano sobre las turbaciones de América y los extraños arbitrios que se adoptaban para tranquilizarlas." Señala la obediencia, constancia, respeto, sumisión y fidelidad como rasgos saltantes de los "fértiles países" de América. Pide a su vez que se suspenda el derramamiento de sangre y la persecución contra los insurgentes. Es la misma náusea frente a la violencia

que fué una de las invectivas principales a la Corona en los años lejanos del "Elogio a Jáuregui" que le hiciera cabeza visible del descontento limeño contra la Administración Española. La formación de las Juntas Americanas a raíz de la prisión de Fernando VII, son explicadas por él como la expresión del temor de los americanos de ser entregados a los franceses, como lo expresa en noviembre de 1809. La idea central del Informe de 1812 es la fidelidad de las provincias ultramarinas a la Corona Española, y a su vez la invectiva contra la administración de la Corte de Cádiz a la que condena por sus decretos "impolíticos y arbitrarios", y por subversivos principios. Como las Cortes, según Baquíjano, no habían favorecido la unión, "habían aplaudido los excesos cometidos contra los americanos dentro y fuera del Congreso", en sustitución de este organismo pedía una Junta o Congreso. Con la colaboración del Rey, resolverá los problemas más urgentes. Como Miguel Maticorena hace notar, Baquíjano cree en una solución esencialmente política para el problema americano; no confía en los ejércitos realistas por su indisciplina y admite la participación de la diplomacia inglesa. "Las americanas no son colonias sino provincias iguales en derecho a las peninsulares."

El poder del Virrey debe templarse, piensa, y sustituírlo por un capitán general con atribuciones políticas. La Hacienda debe ser atendida por un Intendente y en la Audiencia no debe intervenir el Virrey. Pide nuevos centros educativos, terminación de los juicios en Indias, y exige el cumplimiento de las leyes que ordenan preferir a los criollos para los cargos públicos en vez de preterirlos. Las principales objeciones a la Corona (morosidad, olvido de los criollos, exceso de poder por parte del Virrey, administración costosa) que formaba parte del clima social de la época, están aquí.

Unanue, por su parte, acepta la vinculación al Conde de Vista-Florida y parte a la Corte. No protestó en ningún momento de la supresión de las Cortes de Cádiz, tal como lo hizo Rivero. La biografía de un hombre no sólo se forma por lo que hizo, sino también por las cosas que calló o no hizo, estando al alcance de sus posibilidades, y que tejen el revés de la trama en el ordenado tapiz de la historia. Una especie de cruzados hilos, las muchas elecciones que no se tomaron, las existencias posibles que se desdeñaron para elegir solo una, esa intro-historia que forma el anti-héroe. Como cuando se descubre, bajo las bellas líneas de un bordado, el lado interno que no se exhibe, pues desconcertaría con su maraña de puntos de diversos colores, sin orden alguno, las líneas inacabadas, la misma figura que el bordado muestra limpia, aquí borrosa y desagradable, como el espectáculo de los complejos, frustraciones y egoísmo del caótico sub-conciente humano. ¡Si pudiéramos llevar a cabo en el Perú la historia de los anti-héroes!

Ya en la Corte, Unanue es nombrado Proto-médico del Reino y de la Cámara. Conoce a Fernando VII. Según Alayza, fueron largas horas las que charla el difícil monarca con él. "Sabes más que todos mis Ministros," le dice. Habíale preguntado, ya que venía como representante de Arequipa a las Cortes, sobre asuntos vinculados a la situación americana. Unanue era un criollo hábil y enterado que había asesorado Virreyes desde que se inició en el "*Mercurio Peruano*." Representaba la ávida curiosidad criolla por la realidad de América y, además de ser un representante genuino de la Ilustración, la cultura universal y el enciclopedismo de su tiempo, era la primera autoridad científica de la Provincia y Reino del Perú. Ante su ingenio y su erudición, Fernando VII quedó admirado. Si recordamos al monarca, el retrato avieso que le hiciera Goya, sus absurdas medidas políticas, es justo señalar que el Rey de España estaba en inferioridad de condiciones frente a Una-

nue. No creo que sea preciso recordar que luego de años, ya en el calor de la guerra de la independencia, los insurgentes le llamarían "el imbécil Fernando."

Unanue obtuvo del monarca la devolución de los bienes de Landaburu, a condición de que "los administrase hasta que el propietario sentase los cascos." Según Alayza, a quien seguimos en este período, quiso ennoblecerlo y hacerlo Marqués del Sol. Rehusó Unanue. En cambio solicitó que le obsequiase aquella imagen de la Asunción que el Rey tenía en la sala. Llevóla a Lima, luego a Arona, y hoy permanece bajo cuidado de sus descendientes.

Parece que Unanue continuó en Madrid hasta su regreso en 1817 al Perú, sin salir de la Corte. Da fe de su estada Juan Martín Delgado, escribano del Rey, quien afirma que estaba en Madrid hacía un año, "siguiendo y agitando los asuntos de aquellas provincias y el Perú, como su procurador, según lo acreditan las reales cédulas expedidas el 9 de mayo y el 6 de agosto del corriente de 1815, vive y existe en esta Corte", dada en Madrid el 3 de octubre de 1815.

Preocupa a Unanue, no sólo los menudos asuntillos que le habían encargado los limeños, como empleos, prerrogativas, indulgencias, incluso búsqueda de novias linajudas ni tan sólo la gestión sobre los bienes de Landaburu. Unanue lleva a cabo otras gestiones importantes. Ellas se relacionan, en un sentido, con su representación por Arequipa, y en otro, con su sensibilidad de médico preocupado por la salud, la educación y la industrialización del Reino del Perú.

La ciudad de Arequipa había encargado a Unanue que gestionara ante el Rey que se otorgara tratamiento de Señorías a los Regidores del Ayuntamiento de esa ciudad. Como Procurador de ella, y en nombre de dicho Ayuntamiento, Unanue eleva una instancia al Rey, con fecha 28 de febrero de 1815.[181] En este documento señala Unanue

especiales características de la ciudad de Arequipa referentes a la fidelidad con el Rey, el estado de sus rentas, su educación y salud, y en sucesivas cartas —23 de mayo, 18 de julio de 1817,— insiste en estos puntos. He preferido agrupar las opiniones de Unanue, prescindiendo del orden con la que fueron presentadas, que no interesa, pues sólo señalan el derrotero administrativo de sus pedidos, prefiriendo un orden de valores ideológicos y científicos que hablen por sí solos del estado espiritual y su preocupación por el Perú, estando en España, del entonces Proto-médico y Médico de Cámara, Procurador General de Arequipa y ex-delegado a las Cortes, don Hipólito Unanue.

Del carácter de los arequipeños de sus días destaca "la lealtad y generosidad que heredan de sus mayores" así como el hecho que hicieran "los mayores esfuerzos en sus bienes y personas para sostener la causa de S. M." Lo cual era cierto, pues Arequipa había sido el cuartel general de las operaciones de Goyeneche hacia el Alto-Perú para combatir los alzamientos de Charcas y las Provincias Unidas del Río de la Plata. Como también, el del levantamiento de Pumacahua.

La guerra con estas regiones levantadas contra la Corona había arruinado la bucólica paz del valle de Majes, y empobrecido a sus moradores. Lo que no había impedido a los vecinos arequipeños contribuir con "105,000 pesos de donativos gratuítos" y "concurrido con sus hijos a contener la rebelión" al mando de su "fidelísimo y valeroso general en jefe Manuel de Goyeneche" meritando la ciudad a los ojos de la Corona por su "firme actitud contra los repetidos esfuerzos y ataques de los insurgentes." Unanue disculpa a Arequipa el haber caído en manos de Pumacahua "obligada por la fuerza y la falta de recursos" pero "ha recuperado inmediatamente que ha podido la fidelidad." Llama a los movimientos de esos años, "la desgraciada revolución del Perú."

Luego de una tramitación penosa, la Corona concede a Arequipa el privilegio que pedía Unanue en 1815. Con fecha de 2 de octubre de 1818, cuando ya Unanue está en Lima, se decreta que a nombre de S. M. por "señalados servicios, el tratamiento de excelencia al cuerpo de los individuos del Ayuntamiento y el uso de uniforme durante el tiempo que lo deseen."

Una cédula del 26 de febrero de 1821, certifica a la ciudad de Arequipa el tratamiento de "Excelente."

Esperando la República. 1817-1820.— Además de este privilegio que formaba parte del complejo de reconocimiento y honra de los criollos peruanos, Unanue pide para Arequipa que se establezcan escuelas de primeras letras, la creación de un Hospicio y la administración de la vacuna a once pueblos de esa jurisdicción. Financista nato, propone cubrir esos gastos con arbitrios a la coca que venían del Cuzco y a la fabricación de chicha. En España continúa además una gestión iniciada en 1809 frente a Abascal, para lograr la industrialización de la pesca de la ballena en nuestro litoral.

Asombra de Unanue la habilidad con que logra todo lo que se propone. En las postrimerías del poder español en Indias, sigue arrancando a la Corona, perseverantemente, pequeñas y grandes mejoras administrativas, científicas, sociales, para el país, que se va convirtiendo en su armonioso movimiento espiritual, en la nacionalidad singular, peruana, emancipada, a la que en el momento republicano servirá sin prejuicios y sin cálculos.

Regresa a Lima en 1817. Vuelve a la casona de la calle Lechugal donde le esperan mujer, hijos, madre y hermana. Ha desempeñado sus funciones de Proto-médico, desde 1814 hasta ese año, D. Miguel Tafur. En ese año adquiere en pública subasta, definitivamente y por medio de José Saldívar, la hacienda Arona (antigua Matarratones), Gómez, Pepián y Cerro Blanco, a los 66 años de que las hubiese comprado el padre de Agustín de Landaburu. No debía haberse sentido bien de salud, pues, en "La Guía de Forasteros de 1818", dice que Miguel Tafur lo puede reemplazar en caso de muerte o enfermedad, salvedad que no había aparecido en años anteriores. En su producción literaria y científica hay un vacío hasta el año de 1820. Sus biógrafos, como Lastres, Alayza, Ulloa, le suponen entregado a su clientela. Cabe la posibilidad de que la estada de Unanue en España y el espectáculo de la disolución del poder español en incurables luchas de clanes políticos, que se extenderían a lo largo del siglo XIX, como la noticia de que el poderoso Baquíjano había caído en desgracia, unido a la destitución de Abascal, hubieran alejado voluntariamente a Unanue de la política. Tampoco se compromete a colaborar con los grupos clandestinos separatistas que actuaban en Lima, cuyo gestor era Riva Agüero, y que prepararían el camino a San Martín. Se retira a su hacienda de Cañete en un voluntario y primer ostracismo político.

La clarinada de San Martín en las costas peruanas lo arrancará del valle de Cañete para lanzarlo al cubileteo de Punchauca y a la vorágine política de la República. Cuando llega ésta, en 1820, Unanue es un anciano de 65 años.

Unanue ha entregado todos sus esfuerzos, los mejores, los de la espléndida juventud y la madurez, aún antes que naciera la República. Pero no, no sería justo decir de él que fué un servidor de la Colonia. Unanue había servido con amor a la tierra y a sus gentes en lo que administrativamente era un tiempo colonial. Su vida, sin embargo, está unida a la procreación y a la gestación de la patria, y menos a su nacimiento. Los partos históricos tienen como nodriza la violencia. Y él es un humanista. Sólo deseó ser útil al Perú de su tiempo y vivió entre Virreyes Borbónicos,

cortesanos españoles, partidarios del Despotismo Ilustrado y entre Leyes de Indias, como luego ofrecerá a servir a la República, a pesar de su edad y, muchas veces, de sus principios. Y así como el Perú no es la obra de un decreto, y no fué inventado el 28 de julio de 1821, así como el Perú es una obra vieja de la cultura y la civilización, de la esperanza y la fatiga de muchas generaciones, así se debe decir que Unanue no es colonial, ni republicano, sino simplemente amante del país, peruano integral. Con ello, no pretendo extraerlo del tiempo, lo que no es posible, sino situarlo en "su tiempo", en el justo universo social en el que vivió, y tratar de comprender las respuestas que fué dando a lo largo de su existencia, a los retos de su circunstancia. Como Garcilaso, quien como Unanue cabalga entre dos edades, la vocación por el país, el sentimiento ético de ligarse a la tierra, le salvan de las clasificaciones esterilizadoras.

CAPITULO OCTAVO

UNANUE Y LA JOVEN REPUBLICA. ACTITUDES. 1820 - 1822

Las conversaciones de Miraflores y Punchauca.— Curiosidad por los insurgentes.— Simpatía por el General San Martín.— Unanue cree debe traerse un Rey.— Protesta cuando se insulta a San Martín y se estampa su firma en La Gaceta *sin su consentimiento.— Unanue vinculado al monarquismo de esos días.— San Martín le llama al gobierno.— Actividad de Unanue en el Ministerio de Hacienda: Habilidad, audacia, energía.— Dirige los debates de la Sociedad Patriótica.— Fracaso de los proyectos monárquicos:* La Carta *de Sánchez Carrión y la caída de Monteagudo.— Ideas de Monteagudo sobre el Perú: sociología pesimista.—*

Un ejército insurgente venido de Chile, ha desembarcado en Pisco al mando de José de San Martín. Se ataca así, y en el suelo del Perú, a los últimos y poderosos ejércitos realistas. Como se ha estudiado, la campaña de Arenales por la Sierra, el bloqueo del Callao de Lord Cochrane, el aumento del malestar y hambre en la ciudad de Lima producen desazón al Virrey Pezuela. En España el año

1820 lo marca un tardío proceso político de acercamiento a los principios de la Constitución del año 12.

La desmoralización del ejército realista, que ya había observado Baquíjano y Carrillo, y que Abascal intentó remediar, aumenta. Las logias están activas. Así Pezuela decide entrar en negociaciones con San Martín. Se realizan las conversaciones de Miraflores. Representan al Virrey, Dionisio Capaz, marino español, el Conde limeño de Villar de la Fuente (a quien Jorge Basadre clasifica en el cuadro ideológico de la nobleza peruana como representante del conservadorismo reaccionario) e Hipólito Unanue, que actúa como Secretario. En esas reuniones pudo conocer a San Martín. ¿Quería Unanue conocer la calidad humana de estos nuevos actores de la historia peruana? San Martín había impresionado por su don benévolo, su tacto y nobleza de ánimo. Y en la *Gaceta de Gobierno de Lima* de 7 de octubre de 1820, uno de los representantes a la fracasada cita por parte de Pezuela, Dionisio Capaz, publica un manifiesto procaz contra el ejército patriota y sus jefes. Unanue protesta. Había sido incluída su firma sin su consentimiento, y también la de Villar de Fuente. No dejaban de observar su energía moral e independencia mental los nuevos hombres de la revolución. Así, el Colombiano García del Río, Secretario de San Martín, al escribir en ese mismo mes de octubre de 1820 a Ambrosio O'Higgins, le hace llegar la Gaceta con el artículo panfletario de Capaz, y el *papel* de Unanue (Gaceta o proclama) del que remite copias, y que, "es la acción más sublime y el golpe más fuerte que se puede haber dado al gobierno de Lima." Unanue deseaba suavizar la contienda. Estaba movido por una cumplida voluntad de concordia. Rechazaba la posibilidad de que su nombre hubiese aparecido al pie de esos documentos porque "la guerra es el supremo de los males, la más cruel es —dice— la guerra civil," porque "se desenvuelven los enconos y las enemistades personales, y lo que

empieza por designios comunes acaba en rencores individuales." [182] Aún habla como súbdito; "los deseos del Soberano para que esta guerra, si no puede cortarse, se haga lo más humana posible, dirige los míos; de suerte que todo papel que no esté escrito con estas calidades no me pertenece." Expresa Unanue que no pudiendo extinguir estas violentas turbaciones, evita incendiar los ánimos con denuestos que la irriten. Había llegado en este momento Unanue, no sólo a elecciones de gestos y verbos que lo señalaban como un hombre libre, sin servidumbre. No sólo Unanue comenzaba a simpatizar personalmente con los hombres que había conocido en la cita de Miraflores, defendiendo indirectamente a San Martín, negándose a insultarlo. Hay algo más en esta proclama de octubre de 1820. Unanue conocedor del temperamento del criollo y peruano, temía lo que sería luego un vicio común del siglo XIX: la intolerancia partidarista, el dogmatismo arrogante, la división entre réprobos y santos según el mito político de turno; la persecución civil de los proscritos políticos como una obligada santa cruzada nacional por parte de los gobiernos. Como lo habría de ver Francisco García Calderón en el siglo XIX, el peruano había trasladado la intolerancia de las luchas religiosas a la lucha política. Unanue, una vez más, cala en la psicología nacional y se opone a la violencia en cuanto ésta significa la exaltación de los elementos de disolución, ruptura psíquica de los poquísimos vínculos que fraternan a los hombres en el Perú.

Capaz hubo de explicar, públicamente, que el Virrey Pezuela le había pedido, luego del fracaso de Miraflores, "un papel enérgico" para dar a conocer a la opinión pública la ruptura del armisticio. Y que había puesto la firma de Unanue "porque creía que éste no lo tomaría a mal." Unanue había establecido, pues, un contacto de simpatía con el movimiento insurgente. No lo olvidarán. Preocupado por la lucha civil, encabeza una petición de los ve-

cinos de Lima para que el nuevo Virrey La Serna, surgido del motín militar de Aznapuquio, proceda a iniciar una nueva gestión para entenderse con San Martín. Con la firma de Unanue aparecen las de Justo Figuerola, el Conde de Vista Florida, Salazar y Baquíjano. En Abril de 1821, llega Manuel Abreu, capitán de fragata, comisionado para tratar la paz. En Mayo se inician las conversaciones de Punchauca. Unanue asiste a ellas, aunque ahora no representa al Virrey, como en las anteriores reuniones de Miraflores.

El tema central de Punchauca, y en el que coinciden el Virrey La Serna y el Protector San Martín, es la posibilidad de lograr una monarquía independiente en el Perú. La discrepancia se produce cuando San Martín, que ha aceptado incluso viajar con La Serna y solicitar en España un Príncipe Regente, pone como primera condición del armisticio, el reconocimiento de la independencia del Perú. La Serna no está autorizado para ello. El pensamiento de Unanue en Punchauca coincide exactamente con el del Protector.[183] Cuando La Serna llama a Unanue a preguntarle qué piensa de la situación, él habrá de decir con franqueza su parecer, que el español agradece. Piensa Unanue que la primera medida era la independencia del Perú "que debía España concederla sin vacilación y buscar un buen Príncipe de Casa Real que viniera a coronarse.[184] "Yo no era el único que pensaba así, por el bien mismo del Perú" [185] Como el Virrey admite no tener facultades necesarias, Unanue le advierte que el entendimiento será entonces imposible y que "estaba pisando los bordes de un volcán." [186] Unanue, al admitir la necesidad de una monarquía continúa prolongando en la República una permanente prudencia para las cosas públicas, que es el distintivo de su vida. Hombre de realidades, asentado firmemente en la tierra, su pensamiento, el de Punchauca, es la expresión ideológica del triunfo y la imposición de la realidad del país sobre

la teoría política. Es, como lo ha llamado Jorge Basadre, la concepción mediante la cual "el elemento histórico-geográfico debería plasmar, según dicho plan, al elemento filosófico-político." [187]

El ejército realista abandona la Capital para internarse en la sierra y pronto se jura la Independencia en Lima. Por sus méritos de vecino notable y hombre de ciencia, por su actitud para con los insurgentes, por muchas coincidencias políticas, porque la República precisa de consejeros hábiles, San Martín llama a Unanue a colaborar con el Protectorado. Unanue integrará de este modo el Consejo de Estado, que envía a Europa a Diego del Río y Paroissien, para que gestionen ante las Cortes Europeas el hallazgo de un Príncipe para la posible Monarquía Peruana.[188] Para conservar el orden interior del Perú, es preciso, dicen, el establecimiento de un gobierno vigoroso, el reconocimiento de la independencia y la alianza o la protección de una de las potencias de primer orden de Europa. Analizan los Consejeros de San Martín, cada potencia. Inglaterra, (poder marítimo, grandes recursos), Rusia (poderío, importancia política), Alemania y sus ramas colaterales o uno de los de Austria "siempre y cuando lo apoye Inglaterra." Consideran Francia, Portugal e incluso España: al Duque de Luca, Están aquí las prevenciones del monarquismo contra la aplicación de la fórmula liberal republicana en el país. (Necesidad de gobierno fuerte. Evolucionismo político. Adaptación de los usos y costumbres a la idea de no depender de España).

Desde julio de 1821, Unanue es miembro del Consejo de Estado que preside San Martín. Como tal, ha apoyado el proyecto monárquico del Consejero García del Río, que se ocupa de Relaciones Exteriores. Colabora con un brillante e inquieto personaje, presunto alto peruano, en el que San Martín tiene plena confianza: Bernardo Monteagudo. Este es, en el Consejo, Ministro de Guerra. Entre

el colombiano García del Río y Monteagudo, Unanue representa el elemento peruano. Curiosamente, entre los sueños de quien como García del Río busca quiméricamente un príncipe para el reinado del Perú (dicen que en Europa se burlaron de la idea) y las iras del otro, Unanue es el constructor, el término equilibrado. Utopismo (García del Río), radicalismo (Monteagudo), y constructivismo (Unanue). He ahí las notas definidas del próximo temperamento político nacional, cuando crezca ahora la recién descubierta nacionalidad.

Constructivismo. Hay mucho que hacer en el país, piensa Unanue. ¿Acaso no ha estado esperando este momento, aún cuando no era consejero de Protectores sino de Virreyes? ¿Acaso no representa Unanue la verdadera independencia, esto es, que los criollos peruanos llegaran al poder? ¿No culminaban, con su nombramiento, un lento pero seguro ascenso al poder de una burguesía culta, urbana, que a través de la administración española (Pando, Baquíjano, Vidaurre), por medio del prestigio (Peralta, Unanue), o desdeñando estos, a través de la revolución (Riva Agüero), quería "llegar", arribar, gobernar, mandar: un justo apetito de poder y de mando? La élite criolla había retado a la historia y pedía para sí la responsabilidad histórica de la jefatura. Debería, pues, comandar; para ello necesitaba mandar con el pueblo. La República será, pues, una responsabilidad colectiva de élites y masas. ¿Cumplieron?

Unanue es el constructivismo, lo hemos dicho. Desde el 3 de agosto de 1821 a setiembre de 1822, realiza al frente del portafolio de Hacienda una intensa labor. El Perú Republicano está en guerra. En las sierras se acantona, serenamente, el Ejército Real. Lima es observada por los godos de fuera y dentro. El partido que desea el fracaso de la República y defiende a los españoles es muy poderoso, como lo veía más tarde el mismo Unanue, en el

odio que despertó en la nobleza de Lima y el pueblo mismo Bernardo de Monteagudo, por su intransigente antiespañolismo. Unanue tiene, pues, la enorme responsabilidad de sanear las rentas nacionales. Unanue emplaza al viejo régimen, cuando éste no había muerto, y le culpa del estado hacendario que él recibe. "En tiempo de los virreyes existía con la denominación de Real Hacienda una bancarrota que procuraba cubrirse con la estafa y la mala fe" y "un gobierno ciego que ignoraba que la desorganización de las rentas públicas es el mortal síntoma de ruinas y pérdida de un Estado." [189] Habla Unanue, el hombre preocupado como Baquíjano desde la época del *Mercurio Peruano,* por la estadística y el estado de la economía nacional. El hombre que a comienzos del siglo, en los años de sosegado Gobierno de Gil, se ocupaba del tabaco, de la coca, o de las plantas útiles. Ha de tomar, pues, decisiones para reorganizar las inexistentes rentas públicas. Prohibe se extraiga el dinero fuera de Lima. Del Tribunal del Consulado a la Tesorería de la Moneda manda que se trasladen 100,000 pesos de oro para su amonedamiento. Con Monteagudo decreta que los españoles residentes en Lima entregaran una clase de donativo forzoso de 110,000 pesos de oro que se debería depositar en Tesorería en menos de tres días. En agosto de 1821, envía circulares a las oficinas para moralizar la asistencia, pidiendo cuenta nueva e informe sobre los fondos de cada oficina. (¿No era la inutilidad de muchos empleados públicos una de las más permanentes invectivas de España de parte de los americanos?). Con San Martín decreta abolir el tributo de los indios o "naturales." Señala que desde ese momento sólo se les llama peruanos. En setiembre de 1821, promulga el interesante Reglamento Provisional de Comercio. En él defiende (art. 10) la artesanía nacional. Sobre todo la pequeña producción de bayetas, tocuyos, cueros, etc., contra la exportación extranjera. Otra idea fija de los

criollos bajo la Corona. Prohibe que se extraiga oro, plata, etc. (Art. 15).

En setiembre, también ocurre que Unanue considera que es preciso simplificar la administración para que "reciban un impulso uniforme", y para ello establece una dirección general de Censos y Obras Pías. Reúne en él las temporalidades que fueron de los jesuítas, los bienes que administraba la Inquisición y los pertenecientes al monasterio del Escorial y los que se titulan Censos de Indios. Nombra a D. Carlos Lissón.

El 23 de octubre suspende el Tribunal de Minería y crea una Dirección de Bancos en vez de este organismo colonial. Aparece un añadido al Reglamento Provisional de Comercio, en la Gaceta del Perú Independiente del 18 de octubre, firmado por Unanue. Indica que en la importación se ha dejado libre de derechos la introducción de libros, impresos, azogue, máquinas, "si con tales pasos no llega a la perfección de un sistema comercial digno de las luces del siglo XIX, al menos se verá que el Gobierno Supremo del Perú hace grandes esfuerzos para conseguirlo." Unanue continuará esta labor ordenando el 6 de noviembre de 1821, el secuestro de los bienes de los españoles que "no residan en Lima o estén ausentes en Europa," asi como de "los americanos que abandonan los intereses de su patria." Según García Camba, español y militar, quien encarna la versión pesimista de la independencia, no menos de 5,000 familias querían abandonar Lima al llegar "los facciosos" de San Martín.

Unanue aparece en la lista de personas que obsequian a las tropas libertadoras objetos y víveres. Regala 6 frazadas. Antes aparece donando 200 pesos oro. Realiza en esos días un examen de la deuda pública, que publica en *la Gaceta* para conocimiento de la opinión nacional. Señala "los trabajos comenzados, las ruinas y escombros de la hacienda pública." En diciembre decide fundar un banco de papel-

moneda. El amonedamiento había descendido de cuatro a cinco millones a sólo un millón, en esos días. El ejército Real en la sierra impedía el acceso a las minas. La economía del Perú colonial que Unanue recibía era predominantemente fiscal y minera. Y lo primero en función de lo último. Unanue pide un millón de pesos de garantía para el banco, repartidos entre el Gobierno y los capitales privados, "comerciantes y propietarios reunidos."

Representan esta sociedad, por los propietarios, el Conde del Villar de Fuentes, D. Andrés Salazar, y D. Antonio Alvarez Villar, director, tesorero y contador. Este papel moneda estará en circulación oficialmente hasta el 13 de agosto de 1822. Había sido un éxito, financieramente, pero el público no lo recibía. En ocho meses se había girado 300,000 pesos. Se había consolidado el plazo sentado. Y el Banco puso 100,000 en giro. Preocupado por las necesidades de la población, decreta librar de impuestos a la importación de trigo, arroces, sales.

Funda escuelas y colegios de primeras letras, pues es también Ministro de Educación. Si Paz Soldán ha censurado este primer ministerio de Hacienda, como tímido y rutinario, Riva Agüero, sobretodo por la medida de emitir papel-moneda, lo califica de "atrevido en extremo." Halla en Unanue la huella de sus lecturas de Turgot y Jovellanos. Señala que no lo esperaba todo de la minería. "Pensaba muy de veras en la agricultura y la industria, en la irrigación y en el rápido incremento de los pobladores" y aunque proteccionista convencido "era enemigo de los estancos y monopolios." Puntualidad y buen crédito destaca como signo de esa gestión. Evidencia intereses por la juventud y su educación: "si con anticipación no se cuida de la enseñanza de nuestra juventud, la generación venidera, aunque libre, será muy inferior en las luces a la que lucha por serlo; y en este caso se habrán perdido nuestros sacrificios." Cerca de San Martín, Unanue, como Tomás Guido, con

quien comparte responsabilidades, e impulsados por el genio audaz de Monteagudo, apresuran los pasos destinados a la consolidación del monarquismo en el Perú. Se crea la Orden del Sol. Se inician en la Sociedad Patriótica los debates políticos destinados a esclarecer cual es la forma política más apropiada para el país, (desde el 20 de enero al 27 de junio de 1822). Al mismo tiempo, desde abril, se llevan a cabo por parte de los partidarios del sistema representativo sin rey, las elecciones para el Congreso que se instala en setiembre de 1822. Unanue participa en estos procesos políticos sin dejar de ser Ministro de Hacienda y sin desatender sus funciones.

Hubo de estar, pues, en la pomposa instalación de la Orden del Sol del Perú. Era el intento por parte de San Martín de formar una especie de nueva orden nobiliaria, dentro de la República.

Y si Bolívar, aquí, se entusiasmó con la idea de instalar la Dictadura Vitalicia, con un Senado permanente, cabe pensar que sobre los dos Jefes de la revolución había ejercido influencia el espectáculo de una nobleza peruana inconmovible a los nuevos tiempos, la intuición común de estar gobernando un país tradicional y conservador. Antiguo y clásico.

El gran debate, el choque dialéctico entre los partidarios del gobierno fuerte (Monarquía, luego Vitalicismo) y liberales (Constitucionalismo) se realiza en el salón de sesiones de la Universidad, donde delibera la Sociedad Patriótica convocada con ese fín. Es uno de los momentos tribunicios de la emancipación. El uso pleno del verbo. Para éste momento habíanse acumulado decenas de años de educación en la lógica aristotélica, en los sofismas del escolasticismo y en la temperatura teórica candente de los libros prohibidos de Montesquieu y Rousseau. La Sociedad Patriótica predice y signa el destino político del Perú al inclinarse por la fórmula liberal contra la monarquista. To-

dos los acontecimientos del momento han de girar sobre las deliberaciones y el éxito en las disputas entre los bandos ideológicos que en él se encuentran.

A sus deliberaciones está unida la campaña de prensa que la sigue atentamente con periódicos de ambos extremos. La Abeja Republicana, El Republicano, El Tribuno de la República Peruana, liberales. Y conservadores o monarquistas, El Correo Mercantil y Político. A los resultados de la Sociedad Patriótica se debe la agitación contra Monteagudo y su expulsión. La reunión del Congreso de 1822, que en setiembre recibe el poder de San Martín, desengañado por el fracaso de la fórmula monárquica, entrega el poder a una Junta emanada de dicho congreso y que gobierna hasta llegar Bolívar, con suma debilidad y grandes oposiciones. En la Sociedad se puede, pues, hallar el eje mental del momento. No sólo es un momento oratorio, como lo llama Jorge Basadre. No sólo la definición política anterior al Congreso del 22, como lo ve Raúl Porras.

Preocupado por hallar, aún en plena república, la definición de nuestra conciencia y nuestro modo de ser peruano, creo yo ver en sus debates, como en el *Mercurio Peruano,* otro instante colectivo de suma lucidez, de intuitivo hallazgo del ser nacional.

A él está vinculado Unanue. La intención de la Sociedad, fundada por San Martín y Monteagudo, y del Vicepresidente Hipólito Unanue, ha sido calificado de una maniobra del monarquismo por evitar el Congreso legítimo, o por imponer las razones que harían inclinarse la balanza política al lado de San Martín y sus Consejeros. (Wiesse, Valega, Paz Soldán, Riva Agüero).

Cabe destacar una vez más el prestigio del sabio Unanue entre sus contemporáneos. Es elegido por aclamación para la Vice-presidencia. El cargo de Presidente no fué sometido al voto. Era miembro nato de él, Bernardo Monteagudo. Ocupado como estaba, quien dirigía los debates

sería, pues, Unanue. Por ello, su elección tumultuosa señala la confianza que tenían los dos partidos en su honestidad y, sino en su imparcialidad, por lo menos en su rectitud e independencia de criterio. Son electos Censores: Francisco Javier de Luna Pizarro, José Cavero y Salazar, Francisco Valdivieso, Manuel Pérez de Tudela. En la lista de miembros no aparece José Faustino Sánchez Carrión, quien será, en realidad, el ideólogo victorioso de la Asamblea, aun sin presentarse nunca en ella.

La Sociedad se había reunido para deliberar sobre tres puntos. En principio, cual era la forma de Gobierno más adaptable al estado peruano, según su extensión, población, costumbres, y grado que ocupa en la escala de la civilización. Luego, averiguar las causas por las que en Lima se había retardado el estado de la revolución. Y por último, un Ensayo sobre la necesidad de mantener el orden público para terminar la guerra y perpetuar la paz. De estos puntos, el candente era el primero de ellos. La Asamblea acordará publicar un periódico semanal y otro mensual. En la Comisión del primero aparecen Devoti y Paredes. Como Toribio Rodríguez de Mendoza, Unánue puede también decir que encuentra ex-alumnos suyos en las curules de las Asambleas republicanas.

¿Cuál fué el comportamiento de Unanue en la Sociedad Patriótica?[190] Es preciso evocar el ambiente mismo de la Asamblea, el juego de las disputas, los lances oratorios, las enmiendas y meas culpas posteriores al debate para ubicar su conducta. El 1º de marzo, Moreno fundamentará las razones por las que no debe elegirse para el Perú la república representativa. Se apoya en Montesquieu.

La difusión del poder, alega, debería estar en relación directa con la ilustración y civilización de un pueblo, y en razón inversa a la grandeza de su territorio. La democracia había surgido en los países de territorio corto. Termina sugiriendo el gobierno de un solo hombre. "Mande

uno, que uno sólo sea Rey," citando a Aquiles en la Ilíada. Unanue había pedido al comienzo del debate que al ocuparse del tema primero, se hiciera con un defensor y un objetante. Seguía así los procedimientos de los actos académicos de la Universidad de su tiempo. Hubo oposición a esta sugerencia de la mesa director del debate.

Podía correrse el riesgo de defenderse lo opuesto a lo que se creía. Sin embargo, el debate continuó como lo quería Unanue.

Refutan a Moreno, Pérez de Tudela, con debilidad, y Mariano José de Arce. Este se encarga de demoler a Moreno. Comienza refutando los principios mismos de Montesquieu. "Luego del descubrimiento del gobierno representativo no interesa que el territorio sea grande." Aplaude a Tudela. Y afirma que Moreno, a pesar de su elocuencia, no lo convencía, "tal vez porque sus argumentos son idénticos", expresa haciendo sonreir a los presentes, "a los que muchas veces oyó para sostener el cetro de Fernando." Tercia López Aldana, quien deja caer la idea de que antes que se elija la fórmula monárquica, es preciso analizar cual debe ser el imperante. Señala los males de que sea uno de los Incas, o un Príncipe Europeo, lo degradante que sería elegir a uno de los personajes de la propia revolución y que el único que quedaba era el propio Protector, pero que éste pensaba retirarse. Su intervención era un arma de doble filo. Luego de él, alguien podía pedir que se discutiese cómo conseguir un Rey, con lo que se hubiera admitido la definición ideológica. Alvarez le interrumpe. La cuestión no es práctica, (quién será Rey); sino teórica, (qué gobierno debe tener el Perú). Unanue, a su vez, y desde la dirección del debate, pide concentrarse en el punto. Elogia a Moreno por haber desenvuelto magistralmente los principios sobre el gobierno Monárquico. Arce exige que se haga una división correcta de los gobiernos y no la de Montesquieu. Unanue insiste. Que cómo Tudela no debería hablarse del

Perú de hoy sino del que advendrá, pues había que contar con los recursos del Estado para engrandecerlo. Devoti interviene, fijando el tema sobre el gobierno de uno o de muchos. Unanue remarca que el tema es si se debe aceptar una Monarquía Constitucional o una Democracia Representativa.

Pero el más importante suceso de la Asamblea une los nombres de Unanue y Sánchez Carrión. Este último había enviado su famosa Carta bajo el seudónimo del Solitario de Sayán, equivocando el trámite, lo que sirvió para que Monteagudo, con una hábil maniobra impidiera que se la leyese. Sin embargo, por iniciativa del propio Unanue, se le da lectura en la sesión del 12 de abril de 1822.

Es improbable que Unanue la hubiese dejado pasar sin leerla. Debió haberse percatado de la influencia que iba a tener en el seno de la Asamblea. De que la lógica avasalladora del Solitario de Sayán, refutaba las apreciaciones de Moreno e inclinaba la balanza al lado liberal. "Había dispuesto que se la leyese, dirá, para que los particulares no se retrajesen de dirigir sus producciones, que por no haber fijado el estado de la cuestión se resentía del vicio de no hablar conforme a él." Si Unanue no admite la lectura de la carta, otro hubiese sido, tal vez, el inventario ideológico final.

Sánchez Carrión no admite las limitaciones que a la fórmula representativa oponen sus contrarios señalando la despoblación del Perú, sus costumbres, cultura y extensión. Lo que le preocupa es hallar la fórmula que evite el despotismo, la adulación, el servilismo entre la gente peruana.

El monarquismo, aún el constitucional, no es útil, no por razones de estadista sino de moralista; es el ideólogo de la República moral. Con un sistema Monárquico, pregunta, ¿qué seríamos?, "debilitada nuestra fuerza y avezados al sistema colonial, ¿cómo hablaríamos en presencia del monarca? Yo lo diré: seríamos excelentes vasallos y

nunca ciudadanos; tendríamos aspiraciones serviles, y nuestro placer consistiría en que S. M. extendiese su real mano para que la besásemos." Un trono en el Perú sería más despótico que en el Asia. Señala Sánchez Carrión la blandura del carácter peruano, su falta de celo por la libertad. Temía que el monarquismo degradase al hombre peruano a un sistema en donde "el medio de adular es el exclusivo medio de conseguir." Por último invoca el clima común americano. Proféticamente señala que la libertad del Perú depende de la intervención y solidaridad del continente. No infundamos desconfianza, pide.

La carta de Sánchez Carrión obliga a una abjuración de Moreno. Lamenta que se "hubiese interpretado mal su discurso." Afirma no apoyar al Gobierno Absoluto. Habrá de publicar un folleto aclarando su situación. En él afirmará que defendió a la monarquía sólo porque Unanue le había designado para ello, y que en política prefería para el Perú "un gobierno fuerte que se encarna en el ejecutivo emanado de la soberanía popular." No apoya la idea de un Congreso Nacional. La Abeja Republicana afirma que Moreno había recibido prebendas por parte de Monteagudo por su intervención inicial. Se discutirán otros puntos en la Sociedad, pero el debate parece fué ultimado a favor de los partidarios de la República representativa, pues no vuelve a haber, luego de la carta, otra intervención monárquica. Unanue había de conocer pronto en las curules del próximo Congreso al autor de aquella *Carta,* cuyo destino no frustró y permitió que se leyese. A medida que la figura de Sánchez Carrión se acerca a Unanue, porque los acontecimientos lo habrán de unir, el activo Monteagudo con quien había trabajado en estrecha unión, vive su aparatosa caída.[191] Un motín popular, en ausencia de San Martín, le precipita. Pronto será asesinado en las calles de Lima. Pagará así, Monteagudo, el fuego de sus impulsos anti-españoles, la audacia de sus medidas, sus aventuras galantes,

el odio que su temperamento de mulato genial había despertado en el conservador vecindario limeño.

Desapareció Monteagudo, habiendo entregado San Martín el poder al Congreso, acaba el experimentado monárquico. Como las ideas de Monteagudo, partidario de los gobiernos fuertes, al igual que Unanue, forman parte del clima ideológico de la época, es preciso examinar someramente algunas de sus ideas sobre el Perú. Y así como la figura de Baquíjano relaciona a Unanue con su tiempo regalicio, Monteagudo, y luego Sánchez Carrión, al coincidir u oponerse a ellos, fija a Unanue en un tiempo republicano.

La Sociología pesimista de Monteagudo.— El pensamiento de Monteagudo nos da la visión del Perú conservador de su tiempo.

Sus Memorias, además del valor histórico-político que poseen, son también un estudio sobre la realidad peruana a comienzos del siglo XIX, y el primer esbozo sociológico de la sociedad y sus relaciones de clases y castas, (como lo hace notar J. Basadre).[192]

Monteagudo fracciona sus diversas intenciones, al escribir la Memoria, en tres direcciones: justificación de sus actos de gobierno, ideas sobre el Perú republicano y medidas políticas que considera necesarias. En sus actos públicos, Monteagudo pretendió seguir sólo dos principios: desespañolizar el Perú y luchar contra las ideas democráticas. Era preciso, dice con vehemencia, inculcar el odio a los españoles, que era el motor de la revolución. El influjo de España en ninguna parte está más radicado que en Lima, advierte, y lo atribuye al crecido número de residentes peninsulares, a la influencia de sus caudales, o razones peculiares a su población. Ese odio, era preciso —piensa como lo haría un jacobino— "convertirlo en una pasión popular" que borrase "hasta los vestigios de esa veneración habitual." He aquí, admite con orgullo, "el primer motivo de mi conducta pública." Empleó todos los medios a su alcance para inflamar ese odio contra los españoles, porque intuía que por ese respeto aún se ataba a la nueva república las supervivencias coloniales. No hay, sin embargo, un odio racial. Este es su sistema, dirá, no mi pasión. Cuando llegué a Lima, cuenta, "había más de 10,000 godos; antes de mi separación no llegaban a seiscientos los que quedaban en la capital. Esto es hacer la revolución. Porque creer que se puede entablar un nuevo orden de cosas con los mismos elementos que se oponen a él es una quimera."

Monteagudo era, pues, el radicalismo. La ruptura absoluta con el pasado colonial. Co-existe en su pensamiento, además de su anti-españolismo, la idea de vivir "una nueva y radical situación social y humana." La independencia viene a ser un "acontecimiento que cambiando nuestro modo de ser y de existir en el universo, cancela todas las obligaciones que nos había dictado el espíritu del siglo XV, y nos señala las nuevas relaciones en que vamos a entrar, los pactos de honor que debemos contraer y los principios que debemos seguir." A su actitud agresiva para los súbditos españoles, —a quienes persigue con la misma convicción y ensañamiento con el que un bolchevique perseguiría a un "burgués"— está relacionada aquella vehemente intuición de que era necesario un gobierno fuerte. Por eso, su tendencia a la monarquía, pues no veía otro. Por eso decidió restringir las ideas liberales. Había vivido "perseguido por esas mismas ideas que combatía," y desde el 25 de mayo "vivía gratuitamente, una vez condenado a muerte y otras próximo a encontrarla, yo no pensaba sobrevivir a este riesgo."

Y con orgullo confiesa "que ama la gloria con pasión" y que "los peligros después de 14 años que he vivido en ellos, han perdido para mí el prestigio que los hace formidables." Había abrazado, en pleno régimen absolutista, los

principios democráticos. Y en Chile, reniega de ellos, publicando "El Censor de la Revolución", la abjuración del liberalismo. Ya estaba libre, dirá, de esa fiebre mortal. Cuando llega al Perú, sus ideas estaban marcadas por doce años de revolución.

Las afirmaciones de Monteagudo sobre su persecución de españoles no son exageradas. Con Unanue firma varios decretos hostigándolos económicamente. Riva Agüero, autor del motín contra Monteagudo y que consiguió que lo depusiesen, en el folleto "Lima Justificada", en relación a los sucesos del 25 de julio de 1822, dice que "los ciudadanos parecían más bien leones de la Arabia que pacíficos ciudadanos." Acusa a Monteagudo de perseguir españoles, de despojar a religiosos, monjas. De mantener espías. De desdoncellar doncellas. Perseguía a los patriotas. Poseía una lista de proscriptos. "A más de ochocientas familias de honor ha dejado en la miseria." Esto es lo mismo que declara Monteagudo. Esas familias son los propios hispanos que él intentó despojar y expulsar, sin observar las conductas sociales y los hábitos seculares que las ligaban a los grupos criollos influyentes. Es el suyo el único caso de radicalismo en la revolución peruana. A pesar de la fórmula monarquista que buscaba, y que en lenguaje moderno sólo era el deseo de un gobierno fuerte, había en el mal comprendido colaborador de San Martín un temperamento frío y a la vez propenso a las actitudes extremas. Había comprendido el sentido de la revolución, el cual residía en el exterminio de los usos y maneras coloniales. El creía poder conseguirlo mediante la desespañolización del Perú. Precisamente por ello, el odio de la capital contra él no tiene parangón. Atacado, calumniado, la nobleza criolla al asesinarlo ultimó las posibilidades de este Robespierre mulato y truncó el criollo "comité de salvación pública" que ante sí y por sí había instalado Monteagudo. Mas, si ésta era su posición frente a los problemas políticos, su

concepción de las posibilidades de adaptar el sistema democrático en el Perú es pesimista con ostentación.

Examina detenidamente la moral del pueblo, el estado de la civilización, la proporción en que está repartida la riqueza, y las mutuas relaciones que existen entre las varias clases de la sociedad peruana. "He seguido —dirá— mis propias observaciones." La moral de los peruanos no podía ser otra que la de un pueblo que había sido esclavo hasta el año 21. Sus principales y más antiguos hábitos "han sido obedecer a la fuerza, porque antes nunca ha gobernado la ley, servir con sumisión para desarmar la violencia, y ser menos desgraciados; atribuir a las clases privilegiadas esos derechos imaginarios que todo gobierno despótico sanciona interesado en exaltar los primeros que oprimen para que éstos sean opresores a su turno." En fín, dirá Monteagudo en terrible sanción a la sociedad peruana, en la que son "todos en general esclavos y tiranos a la vez, desde los que ocupan los rangos más elevados hasta los que dirigían el trabajo de los negros de las plantaciones de la costa. La cadena es siempre la misma, aunque algunos eslabones brillasen más que los otros."

Monteagudo observaba que el cambio político no alteraba los usos sociales, la pasividad de las clases peruanas. No basta mudar el lenguaje, exclama. Y señala, como un rasgo colectivo de su tiempo, la "mezcla de la altanería democrática con el envilecimiento colonial." "La educación tampoco colabora con la nueva situación republicana." "Se formaban algunos sabios" (referencia a Unanue) como por sorpresa en el fondo de la soledad, y que habían procurado introducir el estudio de las ciencias exactas y naturales. "Sus esfuerzos no se han extendido más allá del estrecho círculo a que los limitaban los cautelosos permisos de la Corte de Madrid." La masa de la población vive sepultada en las tinieblas, agrega. En el gobierno democrático, piensa Monteagudo, cada ciudadano es un funcionario público.

Pero en el Perú no hay ciencia económica. El estudio de la legislación ha sido peligroso. El estado de la Civilización, como llama a los factores de la educación popular, no admite tampoco un régimen liberal. Su análisis es más agudo aún cuando se ocupa de las clases sociales a las que observa con una pupila que aparece adiestrada como la de un marxista contemporáneo, a hallar las "contradicciones de clase." Y llega a la conclusión que del juego de las clases sociales que él veía en el Perú de la iniciación republicana no podía surgir un régimen democrático. "La diversidad de condiciones y multitudes de castas, la fuerte adversión que se profesan unas a otras, el carácter diametralmente opuesto de cada una de ellas, en fín, la diferencia de ideas en los usos, en las costumbres, en las necesidades y medios de satisfacerlos, presentan un cuadro de antipatías e intereses encontrados que amenazan la existencia social." Es preciso, entonces, un gobierno fuerte. Un ejecutivo poderoso que consolide el orden interior. Había observado Monteagudo el espíritu de rencilla provinciano y condena, por lo tanto, el federalismo. El gobierno no debe ser un siervo de las asambleas. Se opone a lo exagerado del parlamentismo del año 1822. Sólo debe haber una Cámara de Representantes con iniciativa de organizar las leyes o contribuciones y como una garantía para el orden civil, el poder censorial de la Prensa. Sobre todo, conseguir la Ilustración popular.

El pensamiento de Monteagudo es, así, el inventario de los vicios y debilidades colectivas peruanas al iniciarse la República. Si bien hay la posibilidad del rencor, no se puede negar la justeza de sus apreciaciones. El panorama social de esos años es, pues, contrario a la forma representativa, pero ella será implantada por la persuasión y el juego oratorio de sus partidarios y porque al razonamiento de los hombres como Moteagudo y Moreno, a la influencia de San Martín y luego de Bolívar, oponían los liberales

utópicos del nacimiento de la patria el avasallante poder de un mito político, el mito de la libertad y la igualdad humana.

CAPITULO NOVENO

LOS ULTIMOS AÑOS EN EL PODER. 1822 - 1826 - 1833

El Congreso Constituyente de 1822.— Unanue, delegado por Puno.— Actividad en el Congreso.— Ministro de Torre Tagle.— El viaje a Trujillo.— Funda con Devoti "El Nuevo Día del Perú", 1824.— Unanue y el periódico bolivariano.— Otra vez Ministro.— Su última labor.— Alejamiento de la política y ostracismo en Arona, 1826.— Sus últimos años. Premoniciones.— Fama y fortuna de Unanue.— El testamento.— Muere el 15 de Julio de 1833.— Comparación inevitable entre Sánchez Carrión y Unanue.

El conflicto entre autoritarios y liberales se inclina en setiembre de 1822, a favor de los últimos, al iniciarse el Congreso. Estos son los años de las consultas graves y excepcionales de las que ha hablado Vicuña Mackenna refiriéndose a este período de la vida de Unanue.

Hasta el último momento ha colaborado con San Martín. "Antes, ahora y cuando no tenga más destino que el de un particular, digo y diré que el viejo, honradísimo y virtuosísimo Unanue es uno de los consuelos que he tenido en el tiempo de mi incómoda administración", le dice San Martín en carta del 29 de agosto de 1822. Unanue

postula a la diputación por Puno. Y es elegido por el vecindario de Lima, pues en el Congreso se adoptaría la medida provisoria de tener representantes por las regiones aún no libradas del poder español. Aparece así, en el Acto de Registros para los Diputados, en agosto 27 de 1822. Había obtenido 7 votos. La desproporción es enorme con Gregorio Paredes que obtiene 4835, en su barrio. O Pedemonte: 2415. Justo Figuerola: 869. Sánchez Carrión: 1900 votos, entre los de más alto porcentaje.

Asistirá a la entrega del mando de San Martín a los representantes del Congreso un 15 de setiembre de 1822. La ceremonia es espléndida. La noche anterior se realizó en las iglesias limeñas una rogativa general. Se soltó a los reos. El día de la ceremonia es recibido por 22 cañonazos en la plaza de Lima. Responden los buques del Callao que dirige Lord Cochrane. A las diez de la mañana, en el salón de recibimiento de Palacio se reúnen los diputados. Asisten los comandantes de los buques extranjeros y un representante de la Corona Inglesa. Se les sitúa entre San Martín y Don José de la Riva Agüero, Presidente del departamento de Lima. El tránsito de Palacio a la iglesia está acompañado por bandas de música, que tocan aires patrióticos recientemente compuestos. Diputados y senadores se colocan a los lados del Protector. Vestían de negro. El Te Deum fué cantado por el Dean Eclesiástico. Todo el boato y la cortesanía de una Ceremonia Virreynal se luce por la ocasión. Luego de la misa el Dean hizo una pequeña exhortación sobre el juramento que van a realizar. Jurados ya, se dirigen a pie desde la Catedral a la Plaza de la Constitución. Por sobre sus cabezas vibraba en el aire un repique general. Este es el momento en que el "demos" limeño intenta romper la doble fila de soldados que lo separaba de los diputados. Por entre los hombres que habrán de combatir luego en Ayacucho y Junín cruza el cortejo austero y puritano de los primeros

liberales. Ya en el Congreso, San Martín se despide del Perú y de los poderes que había asumido: "Nada hay más peligroso para el porvenir de una república que la suerte de un soldado victorioso."

Será ovacionado por los constituyentes. Habían transcurrido desde el comienzo de la ceremonia, aproximadamente cuatro largas horas. Y, en ese lapso, el destino del Perú pasó de la protección de San Martín y su ejército a la fórmula ortodoxa y liberal de una asamblea de la que emanaba el poder y el gobierno mismo. Unanue, sin embargo, preocupado por su labor hacendaria, no pudo incorporarse inmediatamente a su escaño. El 23 de setiembre presenta sus credenciales al Congreso y es acogido con simpatía por los representantes ya reunidos. Hay, empero, un requisito previo a su admisión al Congreso que él no ha cumplido. Como Ministro de Hacienda debería someterse a un juicio de residencia. Pero hombres como Sánchez Carrión, Mariátegui y Pezet, esto es, el grupo liberal que guía al Congreso, rechazan la cuestión previa de residencia. "¿Porqué retardar su incorporación?", dice Pezet, "¿Porqué exigir formalidades? La presencia del Ministro de Hacienda en este soberano Congreso ha reanimado el espíritu y su elocuencia ha conmovido hasta los muros de este templo." Sánchez Carrión, fervoroso liberal, no vacila en llamarle con acento demagógico "viejo respetable tan reconocido en Europa y cuya elocuencia me ha encantado siempre", "célebre entre la gente de letras" y "repetiré mil veces, el nombre de Unanue es muy respetable. En el acto debe recibírsele el juramento y comenzar el ejercicio de su diputación." [193]

El argumento de Francisco Javier Mariátegui, que era abogado, decide por completo su incorporación. No hay incompatibilidad entre ambos requisitos, dice. Unanue es, pues, recibido sin recelos por esos hombres de una generación posterior a la suya que han guerreado, conspirado

y hecho la República, pero que lo necesitan para consolidarla. Unanue posee experiencia política y administrativa recogida a través de una larga vida de estudio sobre el país, su economía, comercio, agricultura, costumbres, salud pública, educación, temas que siempre le han preocupado. Consejero de Virreyes, autor de Guías estadísticas sobre el Reino, diputado a las Cortes de Cádiz y por lo tanto con experiencia parlamentaria; colaborador y Ministro de San Martín, no sólo había ganado la confianza de sus contemporáneos por sus luces y habilidad sino también por su honradez para con los ideales de la República que no lastimó nunca, aún estando a veces en oposición a sus convicciones, porque tal vez no olvidaba, mientras era hombre público, que por sobre todas las circunstancias era un "amante del país."

En el Congreso colabora en la redacción de las bases de la futura Constitución. Elegido junto con Luna Pizarro, Tudela, Figuerola. En ellas se afirma que la soberanía reside en el pueblo; se suprimen los privilegios; se admite la división de los poderes del Estado; la obligatoriedad de la instrucción; se legitima la libertad fundamental de imprenta y la opinión y de seguridad personal; se suprime la esclavitud; el poder judicial debe ser libre y se asevera que la nación es independiente de la monarquía española y de toda dominación extranjera. Estos principios definen el espíritu de la más liberal y generosa de todas las constituciones del Perú. Al mismo tiempo que estos principios se establece que el catolicismo es la religión oficial del Estado, como la defiende Unanue. Coincide con los liberales en sus principios básicos, pero en sus discursos advierte los peligros de que el Perú dependa en su independencia de ejércitos extranjeros. Está pasando el momento de un ideal común americano que fué la emancipación y con las bases del ejército unificado de libertadores se han de formar los ejércitos nacionales. Unanue pide un ejército peruano y propone un plan financiero para conseguirlo. Se adelanta sí a la ingerencia bolivariana. Su voz es la de la incipiente nacionalidad peruana. No será escuchado. Participa en varias comisiones. En la de cuestiones diplomáticas con Luna Pizarro, Figuerola, Tudela y Olmedo. En la de amonedación del cobre. En la de Bellas Artes, Instrucción Pública, con médicos como Tafur, Pezet, Colmenares, Ofelan y Mendez. Unanue además de estas comisiones participa en la redacción de la Carta Política que tiene como fundamento las bases aprobadas anteriormente. Trabaja junto con Rodríguez de Mendoza, Larrea, Luna Pizarro, Olmedo, Sánchez Carrión, Mariátegui, Tudela y Paredes. Cuatro meses demora la redacción de esta carta. El 15 de abril de 1823, se inicia su discusión. Luego de algunas suspensiones (golpe de estado de Riva Agüero, llegada de Bolívar) queda lista para su juramentación el 13 de nobiembre de 1823. Unanue ha sido Presidente de la Constituyente en diciembre de 1822 y es reelegido en 1823. Las previsiones de Unanue para formar un ejército nacional son recogidas por Riva Agüero cuando éste, el 23 de febrero del mismo año luego del motín de Balconcillo, destituye a la junta directiva y toma el poder.

La voz de Unanue fué escuchada, sin embargo, cuando aconsejó que para disponer de fondos y proseguir la guerra era preciso imponer una contribución de 200,000 pesos al comercio extranjero de importación. Este estaba en manos de ingleses. El Comodoro de la flota de su Majestad, surta en el Callao, apoya la protesta de los comerciantes ingleses. El Congreso una vez más confía en Unanue, quien es comisionado para que estudie la situación. El entonces insistía en el cupo acordado, afirmando que "más útil es la contribución que el impuesto." En setiembre del 22, Unanue lee ante el Congreso su memoria de Ministro de Hacienda.[194] Documento importante este

para conocer el estado de la economía peruana en esos años en que se mantenía una guerra costosa, la agricultura estaba paralizada y el fisco se hallaba imposibilitado de acudir a los impuestos sobre las minas de azogue y plata de la sierra, y todo esto con urgentes necesidades por mantener los servicios del nuevo estado. Recurrió a muchos medios para superar la crisis (empréstitos, papel moneda, donativos, contribuciones extraordinarias, etc.).

Unanue asumirá frente al golpe de Estado de Balconcillo de Riva Agüero una actitud digna, solicitando que el ejército se retirara a los cuarteles para poder deliberar sin presión y con entera libertad. Ante la debilidad de la Junta, la voz persuasiva de Santa Cruz en el seno de la Asamblea proponiendo un gobierno dictatorial, el propio convencimiento de los constituyentes de su debilidad, conduce a que el 27 de febrero de 1823 se elija a Riva Agüero, Presidente de la República. Se inicia así la lucha política entre éste y Torre Tagle que, sumada a la debilidad de la república, convencen a Sánchez Carrión y Unanue de la necesidad de llamar a Bolívar.[195] En junio las tropas realistas amenazan Lima. En el Congreso se sugiere abandonar la capital y guarecerse en los castillos del Callao. Unanue propone permanecer en Lima y sufrir la misma suerte que el pueblo. A pesar de ésto, el 19 la Asamblea reinicia sus labores al abrigo de las fortalezas.

Se intriga contra Riva Agüero y la Asamblea decreta poner en manos de Sucre el mando militar. A Trujillo han de trasladarse el Ejecutivo y el Legislativo. Unanue deja las fortalezas y corre la suerte de los demás miembros del Congreso trasladándose a su vez a Trujillo. Riva Agüero confunde aún más la situación política disolviendo el Congreso y apresando a sus opositores. Unanue, anciano y fatigado por los viajes, es víctima de los vaivenes de la política apareciendo su nombre, que Riva Agüero utiliza,

en una explicación a los pueblos que intenta justificar a Riva Agüero.

Este habrá de instalar un Senado con gente de su simpatía al que Unanue no asistirá. Hará todo lo posible por salir de Trujillo, cosa que por fin logra, regresando a Lima. En un manifiesto del 19 de agosto expresará su rechazo y "odio a la tiranía y a los tiranos": "Unión, firmeza, constancia y el fantasma del poder insensato será derrocado y aniquilado por sí mismo."

En setiembre del año 23 llega a Lima Simón Bolívar. Era preciso que se examinasen las intenciones del libertador para con el Perú.

Unanue es designado para esta conferencia y es así como conoce a Bolívar. Está además incluído en la Comisión destinada a fijar las facultades con las que se le ha de investir al libertador.

Unanue y el período bolivariano de la independencia del Perú.— De esa entrevista con Bolívar, surgiría una inconmovible confianza entre ambos. Unanue comprendía que había que ceder al genio de Bolívar para salvar la República. Y el que había pedido la formación de un ejército peruano debería soterrar sus ímpetus nacionalistas pues lo importante era ganar la guerra. Y Unanue estaba dispuesto a servir a quien pudiese hacerlo. ¿Acaso el mismo Sánchez Carrión, liberal encarnizado, no había vencido sus prejuicios viajando a Guayaquil por encargo del Congreso, para invitar a Bolívar a venir al Perú? A la tierra que el héroe llamará "el país clásico de los incas y la fábula". "El Perú que le parecía como original en los fastos del hombre." Habrá de gustar el héroe bolivariano que "vive en el Perú el cenit de su gloria", los elogios públicos, el cortejo casi virreynal que le honra y habrá de observar en Unanue al Consejero enterado y honrado que precisa. Cuando asuma plenamente el poder, no lo olvidará.

En ese lapso de las conversaciones iniciales con el Libertador, en setiembre de 1823 en el Callao a febrero de 1824, en que son entregados los castillos del Callao a Rodil, suceso que precipitará la crisis del Congreso, Unanue trabajará en el seno de éste durante las discusiones sobre la Constitución de 1823 que no entraría nunca en vigencia. En noviembre había sido llamado por Torre Tagle y ocupa la cartera de Ministro de Hacienda y Gobierno. Está, pues, presente cuando se avecina la ocupación de Lima y del Callao por el enemigo. Asiste a la Junta de Guerra del 10 de febrero de 1824, y aprueba las sugestiones de Sucre sobre la defensa de Lima. El 18 de febrero, con los españoles de Canterac casi en la puerta de Lima, el Congreso sesionando durante la noche anterior a la ocupación, acuerda un voto especial para Hipólito Unanue. Se le declara Benemérito de la Patria en grado sobresaliente. Contestará a la Constituyente que se había resignado a muchos sacrificios "para ver consolidada esta Patria que he amado mucho antes que se abriese por la espada de Marte la primera página de su existencia." Unanue exhibe así su conducta permanente ligada al destino colectivo peruano. "Yo le preparé el camino difundiendo las luces, sin las cuales vaga incierta y se pierde hasta la memoria de los hombres; procuré que las preciosas adquisiciones intelectuales circulasen en el Perú; las he visto en giro..." Declarado poco después el receso del Congreso, se instala en época difícil y lóbrega para el destino de la nacionalidad, la dictadura de Bolívar. Unanue permanecerá en Lima mientras se piensa resistir. Abandona la ciudad por el propio ejército patriota, Unanue emigra a Trujillo. En esos días, sólo el Norte era libre.

En el viaje a Trujillo es asaltado. Había salido de Lima, dice, "con el corazón cubierto de tinieblas más espesas que las de la oscura noche en que tenía que salir." Le aflige el recuerdo de la capital abandonada, de la familia a la que cree haber dado el último adiós. El recuerdo amargo de los últimos años de "intriga, desaciertos, rivalidades." "Este desgraciado país debía haber sido libre antes de cumplirse un año del desembarco de la expedición libertadora en Pisco," piensa Unanue. Iría cavilando, cuando él y sus compañeros "fueron sorprendidos por una partida de hombres armados y bien montados que hicieron crujir el aire con el estrépito de sus armas de fuego." Estaban en un desierto de doce leguas que separa Chancay de Lima. Era verano y el enemigo y el sol atormentaban al sabio. Un viajero le saca del aprieto. Don Lorenzo Valderrama que le ofrece su caballo.

Ya en Trujillo, y siendo esa la hora de los preparativos guerreros para la campaña que habrá de culminar en el llano de Junín, en los campos heróicos de Ayacucho, Unanue sin cargo oficial no puede permanecer, sin embargo, inactivo. Pronto organiza, con dos ex-colaboradores del *Mercurio,* ambos médicos, como son Devoti y Falcón, un diario que exalte en la hora crucial del desaliento nacional los valores de la peruanidad, el genio de Bolívar. Es la fe inconmovible en el triunfo del ideal separatista: *El Nuevo Día del Perú,* que ostenta un título esperanzado y profético. Saldrán 12 números, según Paz Soldán, desde julio al 25 de setiembre de 1824. Sus artículos contienen la emoción del instante, un Cuadro Histórico, redactado por Devoti en el que se estudian las razones y sucesos por los que se ha llegado a la situación presente, desde la llegada de San Martín. Noticias de la entrega de los Castillos. Una defensa del mismo Devoti de las calumnias del "Desengaño" de Berindoaga, publicado dentro de los fortines del Real Felipe. Algunas poesías patrióticas y varios artículos presumiblemente de Unanue, por el tono y el estilo literario así como por el humor dolido con que están escritos.

Unanue abraza un compromiso intelectual con el conflicto. Alaba a Bolívar. "Un ejército, el más respetable que hasta ahora se ha visto en este continente, lleno de valor y entusiasmo, conducido por un héroe que en la escuela de la constancia aprendió a domeñar la fortuna, nos promete dentro de pocos días la victoria y el término de nuestros males," "la juventud corre intrépida a los campos de Marte, corre a participar en las glorias de esta memorable jornada, *y nosoros, inútiles para el ejercicio de las armas,* ¿quedaremos tranquilos espectadores de los peligros ajenos? No. Desde nuestro pacífico retiro haremos la guerra a los tiranos." Unanue ha de criticar luego los vicios de la libertad de imprenta. "¿Volveremos para que se convierta en el instrumento de los odios y venganzas personales?"

Hay contradicciones en el pensamiento de Unanue. Por una parte litiga con la Ilustración; refuta a Rousseau que creía no haber respiración por medio de la piel; a Paw que había afirmado que en su viaje, Godin no encontró en Lima quien le entendiese una lección de matemáticas. En vía de refutación, ostenta Unanue con orgullo criollo a los niños del colegio carolino, "presentándose a los exámenes de matemáticas con un número increíble de proposiciones." Señala cómo viajeros europeos han alabado el lucimiento y acierto de la juventud criolla. Pero por otra parte, en el cuadro de clasificación de las castas peruanas, al hijo de europeo y europea nacidos en América le atribuye "ser el retrato de sus padres, corazón más suave, alma más pronta y penetrante, pero menos fuerte en el pensar y obrar." Esas son las prendas del español criollo, una manifiesta inferioridad en los actos de la vida. En el negro criollo halla "disposición de cuerpo y alma"; pero también "en vicios aventaja a sus padres nacidos en Africa."

A los aborígenes, por influencia del clima melancólico, les atribuye Unanue el origen de su "aire triste, los

modales tímidos, los pasos lentos y su amor por la soledad y los colores sombríos. Su música, que expresa el verdadero estado de su alma, es patética y representa la pura expresión de la tristeza." El Yaraví es su canción favorita que expresa en esas elegías su corazón sensible y apesadumbrado. El idioma es dulce, conciso, sembrado de interjecciones de dolor. Unanue considera la melancolía como un efecto de debilidad corporal. Con lo que se hubiese hecho muy impopular si hubiese vivido hasta que le escuchasen nuestros poetas románticos del siglo XIX.

Unanue considera que la melancolía es un mal muy grave pues afecta a diversos pueblos que habitan Lima. "Es sentida por los españoles criollos y pasan el tercio último de su vida oprimidos por esta enfermedad." De ahí brotan, piensa Unanue, el temor y la tristeza. Y con ellos, los vicios sociales de la superstición, la indiferencia religiosa, "la anestesia" a todo lo relativo a la sociedad que no puede vencer ni el amor a la patria y la ambición personal. Indolencia ésta, pues, acompañada de egoísmo. Y aunque Unanue lo atribuya al clima y su influjo, cabe observar la coherencia de su pensamiento que une la observación de la sociedad, del hombre, a la crítica de la sociedad en que vive y el diagnóstico de sus males. Racionalismo, naturalismo, crítica social, son los procesos de las proposiciones de Unanue que se inician en la flora, la fauna, el clima y la salud, y siempre culminan en el del hombre.

Critica luego, pensando en la vuelta a Lima, si "volveremos a gastar el tiempo en frívolas discusiones." ¿Se refería a la Constituyente? Luego, en un artículo titulado *"La Realidad de un Sueño"*, que revela su estilo, llama traidor a Riva Agüero, y se acerca a Bolívar: "yo guiaré los pasos del héroe, yo asistiré a sus consejos." Unanue escribirá a su vez sobre las ruinas del Santa, cuyos vestigios le recuerdan a la "desgraciada ciudad de donde viene." Y entre los discursos inflamados y de veras interesantes de

Devoti (personaje amigo de Unanue, ligado a él en todo tiempo.) y algunas poesías patrióticas, disertará sobre la educación pública, escribiendo en plena guerra. La guerra, dice, ha puesto los establecimientos literarios en tal extenuación que "como en una larga penuria, estamos a punto de hallarnos para lo venidero sin el grano de enseñanza, y si las cosechas anteriores aún no bastaban para suplir las necesidades coloniales, ¿con qué socorros contaremos para el gasto que nos espera en el rol de las naciones?" Aunque el gobierno fuese el monárquico absoluto, explica, debe protegerse la ilustración. De lo contrario, vaticina Unanue, haremos frente a las naciones europeas el papel de la India, o algo peor.[196]

Triunfantes las armas coaligadas de América en los campos de Ayacucho, Unanue regresa a la capital. Había iniciado el regreso desde que a Sucre se le vaticina una victoria. Bolívar le elige para formar parte del Consejo de Gobierno que asumió el poder cuando Bolívar se ausentó e inició su gira triunfal por el entonces todavía Alto Perú. Preside el Consejo, La Mar. Unanue desempeña la cartera de Hacienda y Sánchez Carrión la de Relaciones Exteriores y Gobierno. Unanue asumirá la Presidencia del Consejo debido al viaje de La Mar, y no la abandonará hasta 1826, con el regreso de La Mar y Bolívar. El día 3 de abril inaugura públicamente el Consejo como Presidente del mismo. Su principal objetivo era organizar la administración pública. Muchas medidas dependían de las vacías cajas fiscales. (Pagar al ejército y la armada que sitiaba el Callao. Lista civil y eclesiástica. Restablecer las comunicaciones. Atender a los servicios. La presión para que capitulase Rodil). *El Registro Oficial de la República Peruana*[197] fija las actividades de Unanue en este segundo momento de hombre público durante la República. Firman con él: Serra, José de Larrea y Loredo, José María de Pando. Sánchez Carrión ha muerto, (con la extraña y desconocida dolencia que le aquejó) y Unanue siente profundamente la ausencia del brillante tribuno.

Unanue extingue el medio diezmo civil que España imponía a las "clases agricultoras." El 1º de junio de 1826 exige de las seis secretarías —o ministerios— presupuestos interiores que deberían ser enviados a Hacienda. En la Cartera de Relaciones Exteriores defiende los intereses del Perú, evitando una catástrofe diplomática que hubiera perdido Maynas, por desconocimiento de parte de los peruanos de la cédula de 1802, que nos da prioridad sobre la región. Sus instrucciones a Pando y a Vidaurre, delegados del Perú a la cita de Panamá, recomendándoles se abstuviesen de aceptar acuerdo alguno hasta que se discutiese en Lima, "pues estaban aquí los documentos," es uno de sus éxitos más rotundos. Pando, que lo reemplaza en Relaciones, continúa el rasgo de su gestión internacional.

Santa Cruz reemplazará a La Mar. Quien lo puede sustituír por ausencia, enfermedad o muerte es Unanue. Es junio. Como Ministro del Interior crea la Dirección General de Beneficencia Pública. Serán vigilados por esta organización creada por el médico Unanue, los Hospicios de Pobres, la Casa de los Huérfanos, Hospitales, Casa de Desamparados, Cementerios, Cárceles. Habrá de fomentar el empleo de la vacuna. El 11 de agosto de 1826 firma su último decreto con José de Larrea y Loredo. Este es sobre las contribuciones. Para pagar la deuda externa contraída por la independencia, todos los peruanos de 18 a 55 años, salvo las excepciones, pagarán un cupo público. Menos los indígenas, sometidos a la ley de 1820, que seguirán en sus mismas cantidades. Se promete la consolidación.

En agosto de 1826, presenta su renuncia. Es aceptada. Era Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos cuando se retira. Pensaba hacerlo desde enero de 1826. Bolívar partirá luego a Colombia y Unanue a Cañete, de donde no volverá a regresar más a la vida pública.

Los años de retiro. Los bienes de Unanue. La fama. Premoniciones.— En Arona se entrega Unanue a su familia y a sus recuerdos. Administrará sus bienes. La mayoría de las haciendas costeñas se habían arruinado durante la guerra. Se había comenzado a enceguecer, dice Alayza que lo evoca en estos años. No deja de escribir. En octubre de 1826 están fechados los bronces funestos de esas líneas en las que tiembla Unanue por el porvenir de la República. La vida íntima de Unanue es dolorosa. La esposa ha perdido la razón. Era un caso de hiperestesia, como él mismo lo cuenta en el "*Clima de Lima*". Se refugiaba en la más profunda oscuridad, dice Alayza.

Testigo de excepción ha de ser Don John Thomas Dowles, amigo de O'Higgins, citado por Alayza, y que aporta la descripción de la hacienda y algunos relatos sobre escaramuzas entre Unanue y la gente de su hacienda con las fuerzas españolas. Del lugar y ubicación de Arona, dice Thomas Dowles que "saliendo del patio de la casa se entra inmediatamente al camino que va a Lima, el cual corre un trecho dentro de la Hacienda Montalván, y del ingenio de azúcar del doctor Unanue, pasando por la Hacienda La Huaca de don Manuel, primo hermano de Don Francisco Salazar. Sigue entonces por la hacienda de Don Fernando Carrillo y después por la aldea llamada Pueblo Viejo de Cañete, que está como a una legua hacia el norte del pueblo del mismo nombre." Que eran grandes las ruinas cercanas a Arona que despertaron en el sabio Unanue, en el ocaso de su vida, agudas observaciones sobre la habilidad de la raza indígena, y el hecho de que su ganado "y aún todos sus esclavos, cerca de 300, estuvieron escondidos dentro de ella, en el espacio de 5 meses que los godos ocuparon Montalván." Este incidente nos es comunicado por el sabio en sus últimos escritos. Pero señala cuál era el clima social de la época, la inquietud por las maniobras de

los ejércitos y cómo Unanue temía represalias de la soldadesca sobre su vida y bienes.

Unanue, en el marco señorial y recoleto de una de esas grandes casas haciendas de la costa peruana, en la luminosidad del cielo de Cañete, bajo la paz soñolienta de los cañaverales, se recoge para vivir sus últimos años. La hacienda Arona se aparta un tanto del camino. Y se mira la frontera de la casa desde la cercana huaca de Cañete. La casa-hacienda, "descomunal corredor con sus esbeltas columnas dóricas, piso de grandes ladrillos, capilla con altar barroco de severa madera caoba, habitaciones amplias, huertas" lo verá pasar, con O'Higgins, quien recoge su perseguida y postrera fama en la vecina hacienda "Montalván" que el hospitalario Perú ha tendido en la dolorosa hora del ocaso al héroe chileno.

El recuerdo familiar ha mantenido viva la imagen del sabio en esas horas tibias en que con la luz y la paz de Arona volvía el sosiego, que la querencia misma de la patria había arrancado a su espíritu. Sus últimos años en la política, la ofrenta de quienes lo atacaban acusándolo de favorecer los planes de Bolívar, las intrigas de Heres, las desavenencias entre los soldados victoriosos que desharían luego la unidad de la empresa emancipadora, aquel bonapartismo que sintió aparecer en el humor de sus contemporáneos, olvidadizos del acento civil de los albores republicanos, la hora de la espada que se continuaba, han hecho que su descendiente y biógrafo la llamara los años del "infierno"[198] ¿Dudó Unanue del porvenir de la nacionalidad formada bajo sus manos? Templó por la patria, sí. Y como un símbolo, en su carácter y temperamento tan denso y ligado a la tierra, precisó volverse a encarnar, tomar contacto con el suelo mismo, ligarse a los olores, a los frutos del Perú, volver a ver el verdadero color de su clima —que no es el de Lima— y por eso, un poco como planta, un poco como hombre, regresó al campo. Morir, ¿no es siem-

pre volver a la tierra? Ir a la tierra cuando se ha vivido intensamente como Unanue, es prepararse a morir un poco.

Sigámoslo, pues, en el proyecto diario que había creado como conducta, en sus hábitos y preocupaciones, para esos últimos años. Había vivido como Kant, con prudente temor a los viajes. Sujetado a imperativos categóricos, su proyecto vital en los años soledosos e íntimos de la vejez estaría dedicado a los hijos, a la tierra, y a súbitas premoniciones sobre el destino oscuro de la Patria. Como cuando un hombre va hallando en cada acto diario un más definido sentido trascendente, porque se acaba la existencia, y en el cercano aniquilamiento y cesación del tiempo se agudiza el instinto metafísico, y surge el recuerdo, y la valoración de los actos, como habrá de suceder a Bolívar, como a la sombra de Napoleón en Santa Elena, como al buen viejo argentino que mira el mar en Bologne sur-mer y que un día fué su amigo y le llamaron en Lima el "Rey José", Unanue también recuerda.

Se ha ido a morir a Cañete, dirán tal vez en Lima. No lo arredra la idea. ¿Quién que ha vivido tiempo en la parlanchina capital teme y toma en serio los chismes? ¿Acaso no había vivido tiempo en contacto con la muerte? ¡Había visto morir tantas veces...! En la guerra. Y en esa otra guerra, permanente, terrible, del hombre contra la naturaleza, contra los sucios y silenciosos humores que se agazapan bajo la piel y destruyen las vísceras. ¿No era médico? Morir: en los cadáveres morados de oscuras vetas negras que él había abierto pacientemente como un brujo en el aquelarre del Anfiteatro, había observado la huella del incesante combate contra el aniquilamiento que es la vida, su milagrosa existencia que nace del precario equilibrio de dar y recibir materia; quiso sorprender en los órganos sus secretas correspondencias con el mundo y su clima, descubrir los resortes que prolongan la existencia. Ahora, con la seguridad cristiana y la benéfica idea que recomienda creer en el

más allá poblado de castigos y de premios, esperaba la común suerte de los hombres. Lo que le da grandeza y contenido a toda existencia: su fín y término. Han de morir los jóvenes, escribía a su amigo Bolívar, ¿porqué no los viejos? Y pensaba en Sánchez Carrión, y en tantos otros que le habían precedido. Y como lo quieren los filósofos contemporáneos, los de este siglo tan preocupado por la sensación de que finalizan las sociedades, las culturas, los tiempos, las religiones, y el hombre, sobretodo el hombre, la muerte de Unanue habrá de surgir como una síntesis de su vida. Señor, haz que cada uno tenga la muerte que merece, ha dicho el poeta. La de este hombre será fiel a su sino de bondad y amor. Para morir se ligará a la tierra, lo hemos dicho.

No quisiera magnificar su imagen. Detesto la adulación aún a destiempo, a posteriori. Tan sólo quiero contar, cómo habría de elegir cuidadosamente sus actos finales, ladrillando la arquitectura armoniosa de su existencia. Pues lo menos que le pedimos a un hombre cuando nos acercamos a él, con reclamo de biógrafo como en este caso, es que haya establecido el orden en su espíritu, que se haya puesto en paz consigo mismo. Que es, en última instancia, el heroísmo interno de vencer el instinto y domesticar el alma.

Habremos de preguntar a los últimos actos de Unanue, de qué modo, gestos y maneras respondía al reto de ese sentimiento trágico en la vida de los hombres que ha encontrado Unamuno, y que llamamos tan simple y desaprensivamente, morirse.

Como en el viejo proverbio chino que recomienda que durante la vida se debe plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro, éste anciano miraba su obra desde su pesada mesa de caoba en la ancha habitación que había elegido como cuarto de estudios en Arona. El árbol, la República. Los hijos y la familia. El libro: los de su larga vida,

su lección de maestro, su vocación por la inteligencia y la cultura.

Habría aún de ver un poco a su alrededor. Al paisaje humano o al de la sierra cercana. Contemplar a los hombres peruanos y a su tierra. Intervenir un poco más, siempre volver a servirles. Estar dispuesto, como toda su vida.

Y vivir entre sus hijos. Sobre todo. Maestro siempre, durante los años de Arona les adiestraba en el latín y en las matemáticas. Y a escuchar el clavecino tocado por las hijas. Despertarlos en la mañana. Cuando "los rosados dedos de la aurora" desmenuzaban los velos de la noche, como lo recomendaba desde que escribiera para la molicie limeña los aforismos del *Clima de Lima*. En las mañanas, gustaba atender al coro familiar que entonaba el "Magnificat." [199] ¿Cómo distribuía el día? Unánue que admiró la templanza de Franklin, tosco y agudo pastor de la ruda democracia de colonos norteña, extrajo de su experiencia de médico, de cristiano, y de hombre de contínua labor, esquemas de usos y hábitos, que recomendaba en sus libros. "Nuestros estudios, para que ilustrando la mente no acorten la vida corporal, —había dicho— pueden distribuírse del modo siguiente: las horas de la mañana consagrarlas a la composición o al estudio de la memoria. Por la tarde, después de la siesta, ocuparse de la lectura, y hacia las cinco salir al campo para fortalecer el cuerpo estudiando la naturaleza y sus obras. La noche debe dedicarse a la meditación, lejos de las velas y cuartos estrechos."

Son sus propias palabras que lanzó en los lejanos ya, comienzos del siglo, y que leyeron los cortesanos del Virreynato, los limeños dulces y comodones, los sabios de Europa que abrieron su libro con curiosidad, sorprendiéndose, como en Madrid, de que en América hubiese tales ingenios y ciencia y sentido común. ¿Ciñó a ese horario los pasos de Cañete? En el asilo, en "la dulce y tranquila soledad" que disfrutaba, corrige y clasifica trabajos inéditos.

Mas, un incendio en 1822, y el asalto en el camino a Trujillo le habían hecho perder para siempre invalorables papeles. La vista se le debilitaba, pues seguía leyendo y, como no poseía vidrios apropiados, su mal se agravaba con el tiempo, pues el autor del *Clima de Lima* observaba en las noches límpidas, el cielo, las constelaciones del Sur. Siempre lo había hecho, pues, en el inventario de sus bienes surgirá la presencia sugerente de un catalejo.[200] Al cielo lo apuntó, cuando vivía en Lima, este perpetuo admirador de la naturaleza, este discípulo incansable de Newton y Humboldt. Quien, como él, no supo ser intimidado por la bruma limeña que hizo maldecir a Frezier, ¿podía desperdiciar esas noches incandescentes, en que sobre el lomo oscuro de los cielos se ofrecían las estrellas a su "alma cósmica" en festín silencioso, inigualable?

En otros días, más joven y presto el entusiasmo, sujetas las riendas de los instintos, en Arona, —confiesa en esos años—, vino Unanue a estudiar la naturaleza. ¿Cuándo? No nos lo dice. Paciencia. Sepamos solamente, tal es su voluntad, que la "prodigiosa formación de los Andes, la riqueza de sus valles, y la variedad de sus producciones midiese con la inmensidad de sus obras." [201] Ya no es tiempo, piensa calmado, para intentar tales esfuerzos. Ese fuego ha sido debilitado en los sobresaltos y peligros del tumulto humano.

Mira Unanue el valle que le rodea. Sus plantaciones de caña de azúcar, "sus penachos jaspeados de carmín", "las verdes praderas (que) figuran campos de oro y esmeralda en perpetua primavera." [202] Cerca está el Mar Pacífico y la aridez lunar de los desiertos, donde se aprende la lección de soledad y silencio que da a los viajeros y a sus habitantes el paisaje de la costa peruana. Me canso de ver brillar inútilmente el sol sobre este desierto, dirá, pocos años después, un hombre con quien hubiese querido charlar largamente Unanue: Darwin, gran viajero del siglo XIX,

quien, como Humboldt, será uno de los grandes visitantes de la ciencia europea al universo peruano. Aunque sólo nos rozará en la costa, como Darwin, y se llevará la pésima impresión de desunión que vería en la lucha política de esos días.

En los alrededores verá esos pueblos magros de la costa, pueblos azotados por el viento y las arenas, insultados por la luz del sol que destaca sus miserias; sitiados por el cañaveral y la arena de color infame, oro de las arenas estériles; "pueblos de una sola calle por donde nunca pasó la dicha" que ha cantado Manuel Scorza, habitados tan parcamente como si el hombre temiese dar vida a su carne, pues habrá de arrancarla del contacto con los alimentos y la vida, la temblorosa pereza de la terciana; verá esos niños asesinados por la clarinada fúnebre del mosquito. Y entonces Unánue, el médico, el hombre del gobierno, el peruano amante del país que pasea a caballo por esas tierras donde las castas lo saludan con respeto, pensará, como Sarmiento en la Argentina, que somos muy pocos, que este es un país casi vacío que debemos poblar, y poblar bien. Es necesario arreglar su gobierno y sus leyes.[203] ¿Pensaba en la inmigración? Siempre ocupó su pensamiento esta intuición de sabernos menos en una tierra que es un perpetuo reto, en un universo en que todo estaba previsto, como dirá Baudin, menos el hombre. Desde el discurso del Anfiteatro, que se enmadejó en la idea de la despoblación del Perú, le preocupaba nuestra contabilidad de hombres y brazos. Y también ahora ya anciano, aquí en Arona, la agricultura, como se ve cuando escribe sobre las fiestas linneanas o sobre las aguas de regadío. Dirá que los indios habían aprovechado muy bien las aguas y de ahí provenía la grandeza de su agricultura. Sigue insistiendo en la nobleza de quienes como los aborígenes habían dejado a la posteridad ejemplo "de orden, equidad y trabajo." Y aún el futuro tendrá que mirarlos largamente, piensa Unanue,

pues "estos indios han dejado sobre el suelo nociones y ejemplos que servirán para la futura prosperidad del Perú." [204]

Y aunque él comenzaba a olvidar al mundo, "salgamos ya, si es posible, de las borrascas políticas," [205] el mundo, en cambio, no lo olvidaba. A él, apenas al mes de haberse instalado en Arona, llegan paquetes de impresos con señas de venir desde muy lejos. Desde Europa, desde América del Norte, corresponsales y amigos suyos le escriben. Y en la correspondencia se enlazan una vez más el nombre del Perú y el de Unanue. Le felicitan, cuenta, por la libertad de la patria, por su gestión pública. Llega un día, desde París, el diploma de socio honorario de la Sociedad Linneana, y con él, las frases elogiosas con que elogió Monsieur Bernaud sus estudios, su actividad política. La Sociedad se interesaba por intensificar en todo el mundo la amistad entre los científicos dedicados a los estudios sobre las plantas, el campo y la agricultura. Homenajes a Linneo el 24 de mayo se sucedían en Londres, Berlín, Viena y Nueva York. Y el Secretario perpetuo de la Sociedad en París y el Presidente de la correspondiente en Nueva York le escriben con el mismo fin: que Unanue funde en Lima una Asociación Linneana. Mal instante vive la República para tal obra "No es el tiempo a propósito para fundar estas fiestas", medita gravemente Unanue. "Otros hombres vendrán que viviendo tranquilos al otro lado del período de las revoluciones, ilustren a su patria con la fundación de cuerpos científicos y literarios." [206] Al otro lado del período de las revoluciones, piensa. Al otro lado, como si fuera un mal río, o como período, sólo una crisis de adolescencia, de auto-determinación. Aún en la angustia de patria que le acongojaba era, pues, optimista.

Aquí están, es cierto sin orden, pues no se propuso tales, sus *Memorias*. ¿Qué he sido yo?, se pregunta como todo hombre. "En 66 años de edad he consagrado 45 a

enseñar a la juventud, he promovido establecimientos para la educación, he publicado obras y contribuído con mi pluma a cuantos periódicos se principiaron a dar a luz en 1791, época brillante de la literatura peruana. Sólo siento que mi vida me sea corta para continuar mis trabajos y al mismo tiempo defender a mi patria," [207] dijo cuando nacía la República. ¿Y ahora qué pensará? La idea del Perú y su propia obra "vuelven y revuelven sobre el alma excitada por cosas lejanas," dice.

Ha vivido mucho. Estuvo, alguna vez que viajó a España, a merced del azar, y pudo sucumbir, como cuando recuerda que en el Cabo de Hornos, al barco que le llevaba le asaltó una tormenta. Y entonces, confiesa Unanue, cuando sentía la soledad y fragilidad del hombre, "un átomo vagando en la inmensidad de la naturaleza", un fuerte sentimiento religioso que le elevaba a Dios, le poseía. "Mi alma, lejos de abatirse cobraba más vigor." [208] Sus mayores sinsabores los bebió entre los hombres, pues la Naturaleza, al revés que sus contemporáneos, no se atrevió sino hasta el momento preciso con esa naturaleza dotada, fuerte, armoniosa con las leyes de la vida. "Son más agudos los transtornos morales", clama. Y, "algunos hombres son más peligrosos y dañinos que la Naturaleza." Hay amargura tensa y grave en sus palabras. Mira su vida; "en tan dilatado período, ¡cuántos disgustos y contrariedades han oprimido mi alma! ¡y cuántos peligros han amenazado mi existencia! Pero todo ha sido para bien, piensa Unanue, pues la patria quedó "triunfante y libre, abierta a la senda de la paz y de la gloria."

Pero no, no todo es virtud, patriotismo, progreso, ciencia, cultura en la nueva sociedad, como él lo quisiera. ¡Quién sabe!, exclama. Y entonces, Unanue es asaltado por premoniciones, como los profetas y los santos. "Yo no sé qué oscuro presentimiento me inquieta en esta soledad." [209] Los bienes de la República que soñó con los hombres del Mer-

curio, con los de la Constituyente de 1822, con Pando, Sánchez Carrión, Vidaurre, con Devoti y con Baquíjano, con San Martín y Bolívar, esos bienes que lo constituyen la virtud, la fraternidad, "no son duraderos." Porque "no se ha educado para la democracia" y a los "triunfos de la independencia de la patria" no ha seguido una "educación nacional con bases sólidas", han de seguir, pronostica, los males de la guerra civil. Las armas, que no debieron ser usadas ya, se convertirán, vaticina, en instrumentos fratricidas; servirán para la destrucción de los hombres que alguna vez "las usaron para el bien," eso es, para la elección de la nueva condición humana que brindaba la República, la libertad del país, sin tutelas y el encuentro con el yo nacional.

Unanue dejará a sus hijos no sólo su ejemplo y el prestigio de su nombre sino también una fortuna. Una de las mejores de su tiempo. Levantada por la energía de este hijo de criolla aristocrática y comerciante vizcaíno. Había cuidado de los intereses de hijos ajenos, a quienes sólo lo ligaba la obligación, como eran los de Landaburu, ¿cómo podía descuidar los suyos?

Fiel a sus obligaciones, duplicó el legado que debían recibir los hijos "naturales" de Agustín de Landaburu, de quienes fué Unanue tutor y curador de sus bienes hasta la mayoría de edad. ¿Qué había sido de ellos? María Isabel falleció en 1816. María Josefa, según parece, epiléptica, estaba en 1816 en Arona, seguramente por consejo de Unanue, y luego no se habla de ella en los sucesivos testamentos del sabio. José Manuel, en ese mismo año del 16, estaba perdido y no se le hallaba. Era mulato. A Juan José le educó y envió a Europa. A éste le dona algunos objetos del criollo caballero Landaburu para que no olvide la memoria de quien, como su padre, "fué tan buen hombre, amable y desgraciado." Así termina el linaje de los Landaburu.

En 1832 muere doña Josefa. La madre le sobrevive. E igual la otra Josefa, la hermana, a quienes pide se cuide hasta su fin. Muere en Panamá, de fiebres, el hijo menor Germán. Y en 1831, el 10 de octubre, otorga poder para testar a Jerónimo Villafuerte. Estaba levantado y en pie, y estampa una firma clara y legible. Dos días después, redacta su larga memoria testamentaria de 44 cláusulas. Anula un anterior testamento otorgado a su mujer y a Gorazabel en 1814, al partir a España. Unanue era un hombre de cuidada fortuna. Le rodean multitud de esclavos y numerosas servidumbre, tanto en Arona como en la casa de Lechugal en Lima. (114 esclavos adultos, 85 mujeres casadas, 114 muchachos y 135 muchachas.) El propio Estado Peruano, en la figura de su antiguo compañero de tareas políticas, Don José de Larrea, le solicita un préstamo para la exhausta tesorería pública. Son 15 pesos que nadie presta a pesar del subido tanto por ciento de interés de 24 soles por cada ciento. Se me debe, dice Unanue, 60 mil pesos en Bienes Nacionales.

Y como poseía aún una mente aguda y ágil, cuenta como había considerado imposible le devolviesen el dinero al mismo valor, por la deflación permanente, y luego de una demostración magistral de sus claros conocimientos de la economía, apunta que a pesar de que el joven Ministro de Hacienda no le había convencido, entrega al Estado la cantidad pedida en calidad de préstamo. Deja 100 pesos a cada criado de su Hacienda, y a los de la ciudad de Lima lo que consideren sus albaceas. Toda su confianza está depositada en el Fiscal Don Manuel Pérez de Tudela, amigo suyo desde la época de Abascal, así como en Jerónimo Villafuerte, a quien parece puso a trabajar cerca suyo en los años del Proto-medicato, como escribano. Su fortuna será heredada por su hija mayor, Doña Jesús de Unanue, casada en vida del sabio (1831) con Don Francisco de la Mata Linares. Sus casas en Lima son repar-

tidas entre sus hijos, insistiendo en los mutuos lazos familiares y pidiéndoles consideraciones entre sí, y para su madre y hermana.[210]

En 1931, el diario "La Floresta" lo considera en una lista de médicos. No hay noticias de que hubiese viajado a Lima. Ligado, pues, a la tierra peruana, a su familia, a la sombra permanente del Perú, la luz del valle de Cañete lo perfilará entre los cañaverales, a la sombra de los viñedos y moreras, paseando por los corredores de la hacienda, hasta un 15 de julio de 1833.[211] Muere a los 78 años de edad. Nos ha dejado una idea tierna de las esencias que forman el Perú. Y si había invitado a los peruanos a un programa de ensimismamiento colectivo, la primera prueba de esta actitud hubiera sido el pesar público por su muerte. Sin embargo, en el vértigo republicano, la noticia de su fallecimiento no desazonó a sus contemporáneos. La reemplazaba y opacaba el culto a los héroes de turno de su tiempo. Bajo el cielo gris de Lima, al que observó con afán no exento de simpatía, reposan sus restos en el Cementerio público.

Comparación inevitable entre Sánchez Carrión y Unanue.— A estos dos hombres, que son como dos fuerzas diferentes del alma peruana, que provienen del limo de tiempos históricos distintos, a quienes nada une y ata, la República los vincula y define. Y por sus temperamentos, al mismo tiempo criba y separa. Sánchez Carrión es demagogo, el ideólogo de la fórmula republicana. Un producto de los tiempos revueltos. En cambio, la fama de Unanue, la de sabio, la de patriota, es anterior a la misma República. Sánchez Carrión: he aquí un hombre íntegramente formado en el ardor de los días de la Sociedad Patriótica y de la primera constituyente de 1822. Es un hijo de la República. A la colonia, al "ancienne régime" sólo le debe la amargura y la gloria de sus años de estu-

En 1832 muere doña Josefa. La madre le sobrevive. E igual la otra Josefa, la hermana, a quienes pide se cuide hasta su fin. Muere en Panamá, de fiebres, el hijo menor Germán. Y en 1831, el 10 de octubre, otorga poder para testar a Jerónimo Villafuerte. Estaba levantado y en pie, y estampa una firma clara y legible. Dos días después, redacta su larga memoria testamentaria de 44 cláusulas. Anula un anterior testamento otorgado a su mujer y a Gorazabel en 1814, al partir a España. Unanue era un hombre de cuidada fortuna. Le rodean multitud de esclavos y numerosas servidumbre, tanto en Arona como en la casa de Lechugal en Lima. (114 esclavos adultos, 85 mujeres casadas, 114 muchachos y 135 muchachas.) El propio Estado Peruano, en la figura de su antiguo compañero de tareas políticas, Don José de Larrea, le solicita un préstamo para la exhausta tesorería pública. Son 15 pesos que nadie presta a pesar del subido tanto por ciento de interés de 24 soles por cada ciento. Se me debe, dice Unanue, 60 mil pesos en Bienes Nacionales.

Y como poseía aún una mente aguda y ágil, cuenta como había considerado imposible le devolviesen el dinero al mismo valor, por la deflación permanente, y luego de una demostración magistral de sus claros conocimientos de la economía, apunta que a pesar de que el joven Ministro de Hacienda no le había convencido, entrega al Estado la cantidad pedida en calidad de préstamo. Deja 100 pesos a cada criado de su Hacienda, y a los de la ciudad de Lima lo que consideren sus albaceas. Toda su confianza está depositada en el Fiscal Don Manuel Pérez de Tudela, amigo suyo desde la época de Abascal, así como en Jerónimo Villafuerte, a quien parece puso a trabajar cerca suyo en los años del Proto-medicato, como escribano. Su fortuna será heredada por su hija mayor, Doña Jesús de Unanue, casada en vida del sabio (1831) con Don Francisco de la Mata Linares. Sus casas en Lima son repar-

tidas entre sus hijos, insistiendo en los mutuos lazos familiares y pidiéndoles consideraciones entre sí, y para su madre y hermana.[210]

En 1931, el diario "La Floresta" lo considera en una lista de médicos. No hay noticias de que hubiese viajado a Lima. Ligado, pues, a la tierra peruana, a su familia, a la sombra permanente del Perú, la luz del valle de Cañete lo perfilará entre los cañaverales, a la sombra de los viñedos y moreras, paseando por los corredores de la hacienda, hasta un 15 de julio de 1833.[211] Muere a los 78 años de edad. Nos ha dejado una idea tierna de las esencias que forman el Perú. Y si había invitado a los peruanos a un programa de ensimismamiento colectivo, la primera prueba de esta actitud hubiera sido el pesar público por su muerte. Sin embargo, en el vértigo republicano, la noticia de su fallecimiento no desazonó a sus contemporáneos. La reemplazaba y opacaba el culto a los héroes de turno de su tiempo. Bajo el cielo gris de Lima, al que observó con afán no exento de simpatía, reposan sus restos en el Cementerio público.

Comparación inevitable entre Sánchez Carrión y Unanue.— A estos dos hombres, que son como dos fuerzas diferentes del alma peruana, que provienen del limo de tiempos históricos distintos, a quienes nada une y ata, la República los vincula y define. Y por sus temperamentos, al mismo tiempo criba y separa. Sánchez Carrión es demagogo, el ideólogo de la fórmula republicana. Un producto de los tiempos revueltos. En cambio, la fama de Unanue, la de sabio, la de patriota, es anterior a la misma República. Sánchez Carrión: he aquí un hombre íntegramente formado en el ardor de los días de la Sociedad Patriótica y de la primera constituyente de 1822. Es un hijo de la República. A la colonia, al "ancienne régime" sólo le debe la amargura y la gloria de sus años de estu-

diante carolino. Por el contrario, Unanue cabalga por sobre los siglos, las edades y no elige, porque no tiene prejuicios de ideólogo, circunstancia o fórmula especial para servir al Perú. Se debe así, por igual, a la Ilustración, con el experimento del Mercurio Peruano, o al ensayo político de Monarquía Constitucional de 1812, cuando viajó a España para representar en Cádiz la provincia del Perú. Sánchez Carrión es el hombre rebelde, "per se." Unanue, el hombre servicial, en disponibilidad perpetua para el país y sus gentes. Sánchez Carrión, si algún oficio tiene, es el de abogado y ve la vida con perspectiva polémica y persigue un ideal de justicia. Unanue, médico, marcha al encuentro de la sociedad, a través de la experiencia del dolor de los hombres. Será, pues, hombre de paz. Sánchez Carrión está ardido por el mito de la libertad y la igualdad entre los hombres. Unanue, frente al fuego de Carrión, representa la experiencia, la prudencia, el don de convertir los sueños en realidad. Y cuando llega la República, Unanue ofrecerá al monárquico San Martín, como a los liberales de la Constituyente, o al vitalicismo de Bolívar, su experiencia de Consejero de Virreyes. Servirá al Perú en el caos republicano como había servido al Perú dentro de la pesada e inútil administración española.

Sánchez Carrión es un joven en una república de jóvenes. Unanue, humildemente, se allana a colaborar con esa República, formada por hombres de una generación posterior a la suya, a la que no ha podido ganar por las armas, por su edad, pero que ha podido enseñar a amar y a descubrirla, a través de su obra. Sánchez Carrión persigue una definición política del Perú. Será el autor de la *Carta del Solitario de Sayan,* con la que ultima el debate ideológico sobre la posible fórmula de gobierno para el Perú. A su lógica caliente, a su alucinante fe en la razón, en la igualdad y en la ley, cedería tanto la prudencia monárquica de Unanue, como los planes de Monteagudo y los

proyectos del mismo San Martín. Así como Unanue es siempre el "amante del país", Carrión ganará los títulos civiles y éticos del *Tribuno de la República Peruana.* Pero si Carrión vive para ser en el Congreso Constituyente del año 1822, el hombre de la extrema izquierda, Unanue tiene como misión complementar en la rutina de los ministerios la obra de los ejércitos y de la revolución. Carrión es el revolucionario. Unanue, el técnico, el Consejero de San Martín, el Ministro de Hacienda de 1821 y el de 1826, cuando el país se hundía en la bancarrota. Y a ambos los une, luego, la fe en Bolívar y la entrega del porvenir de la lucha por la libertad a la suerte del deslumbrador caudillo. Sánchez Carrión le irá a buscar para invitarlo, hasta Guayaquil, regresando acompañado del héroe. Unanue lo elogiará desde Trujillo en *El Nuevo Día del Perú,* en 1824, cuando el ciclo deslumbrante del médico héroe brilla en el Austerlitz libertario de Junín y Ayacucho. Carrión será el compañero de Bolívar y con él cabalgará por los desiertos norteños. Unanue, partidario de los gobiernos fuertes, aprieta su ánimo nacionalista para dejar hacer al venezolano. Carrión sumerge sus impulsos liberales y somete su voluntad a quien, sólo él, puede obtener la victoria definitiva.

Unanue será hombre de confianza de Bolívar, quien extrañaba en el Perú talentos formados como el del anciano sabio criollo para las tareas de mandar. Unanue será su médico. Le verá en la hora caótica de Pativilca, cuando el Perú vacila, y de los ojos hundidos de Bolívar brota ya la visión de futuros escuadrones libertarios, cuando en la fiebre delirante sólo piensa en triunfar, olvidando la miseria del cuerpo que se le deshace, porque en plena crisis ha escuchado profético el pifiar victorioso de la caballería de Junín y Ayacucho.

Y en la cercanía a Bolívar no hay suspicacias jacobinas en Sánchez Carrión para este hombre que represen-

ta, hasta cierto punto, la colaboración con España. Y en el Congreso, el tribuno será el primero en pedir la incorporación de Unanue, "buen viejo cuya oratoria le ha encantado." Unanue, el hombre del *Mercurio Peruano,* el amigo de Humboldt, representa la prudencia frente a los impulsos del joven tribuno. Es el viejo Perú, el de la colonia, enseñando moderación a la hazañosa liberalidad y desbordamiento de los más jóvenes. Pero si Unanue se levanta como un ejemplo vívido de la natural continuidad en las edades del organismo peruano, Carrión, por el imperio de las circunstancias, parece conducir a este hombre de una generación anterior. Un signo de cómo, en los tiempos revueltos, los más jóvenes son los que señalan la ruta a los más reflexivos y canosos.

Une a estos dos congresistas del 22, a los dos Consejeros de Bolívar, la honradez y pureza de todos sus actos, el respeto a la ley, la confianza en la República. Los vincula una misma pasión por el Perú y sus destinos. De las conversaciones que debieron tener, puestos en contacto por Bolívar, debió nacer el mutuo respeto entre estos hombres que polarizan las fuerzas morales del Perú de sus días. Sagacidad, experiencia, conocimiento, don de estadista, amor al país y honradez a toda prueba en Unanue. La fe del conspirador transformada en caudillo, la voluntad igualitaria de Carrión y, en los dos, la vehemente y obstinada persecución de los vicios de servilismo, el hallazgo pesimista de la falta de instinto por la libertad y el celo común para mantenerla, en el carácter peruano.

La República, que precisaba el fuego de ambos, la intuición de Carrión, la sabiduría de Unanue, los consumió uniéndolos en la esperanza de un país de iguales, no cumplida. Ambos, cuando la muerte cercana les hizo clarividentes, presagiaron para el destino peruano edades de oscuridad, servilismo, anarquía. La República, a la que entregaron todas sus energías, fué asaltada por los males

de la desorganización, la abulia moral y luego del coronelismo. Sánchez Carrión morirá probablemente asesinado, en Lurín, en 1828. Su muerte, incluso su tumba, permanecen aún en el misterio más insondable. Unánue recogeríase a morir en su hacienda Arona en Cañete, y en 1833, cuando expira, sobre él, como sobre Sánchez Carrión, se tiende la conspiración del silencio y de la ingratitud colectivas. La República, consumida por apetitos insaciables, olvidará por igual al autor de la carta firmada por un "Solitario de Sayán" y al periodista ilustrado del "Mercurio Peruano."

NOTAS

1.—En *El Conocimiento de los Tiempos*, de Cosme Bueno, *Memorias de Virreyes*, siglo XVI y XVII. Levillier. *Crónica y Buen Gobierno*, de Huaman Poma, se puede seguir el crecimiento de Arica y sus cambios urbanos.
2.—*Descripción de la Ciudad de Arica*. Mercurio Peruano. fol. 114. día 21 de octubre de 1792. núm. 188. Autor: Pedro de Ureta y Peralta.
3.—Ob. cit.
4.—Ob. cit.
5.—Unanue en su testamento de 1814, por la prisa de partir a España, equivoca el nombre del padre. Le llama Miguel Unanue. Rectificará luego. De ahí nace la confusión sobre el nombre del padre que es Antonio Miguel. Ver Mendiburu. tomo IX.
6.—Hipólito Unanue. (San Martín y Bolívar). Luis Alayza y Paz Soldán. Lima, 1952. pp. 12. El texto debe corresponder, por el entrecomillado, a Carlos Larrabure y Correa.
7.—Unanue: "linaje de hijosdalgo con casa solar muy antiguo a el partido de Ibaeta, de la Jurisdicción de San Sebastián (Guipúzcoa). Fué uno de los fundadores de la iglesia parroquial de San Sebastián el Antiguo. Sus individuos se hallan en el cerro de Baeza." A. García Carreta. *El Solar Vasco-Navarro*. Tomo VI.
8.—Prólogo a *Las Obras Completas*. Vicuña Mackenna, Benjamín. 1914. Tomo I. J. B. Lastres. *Hipólito Unanue*, 1955 Luis Alayza, ob. cit.
9.—Vicuña Mackenna, Benjamín. ob. cit.
10.—Pedro Peralta y Ureta. ob. cit.
11.—Idem. *Mercurio Peruano*, tomo IX.
12.—Mer. Per. tomo IX.
13.—Merc. Per. tomo IX.
14.—idem.
15.—Lastres le hace niño prodigio. Ver Mackenna, ob. cit.
16.—*Guía Política*, 1793, dirigida por Hipólito Unanue, Biblioteca Nacional de Lima.

17.—idem.
18.—Osorio era sacerdote y pariente por vía materna. Alayza, Lastres Mackenna.
19.—Mendiburu, Manuel de. *Diccionario.* tomo IX. Contiene notas interesantes de Evaristo San Cristóbal y un estudio de J. de la Riva Agüero.
20.—Alayza. ob. cit.
21.—Conviene ver para la historia de la Medicina en el Perú, a Valdizán, Revi. Médica, 1926, 1927. Casimiro Ulloa y Lastres. ob. cit.
22.—J. B. Lastres. ob. cit.
23.—J. B. Lastres. ob. cit.
24.—Ver Jorge Guillermo Leguía, *Lima a fines del siglo XVIII.* Riva Agüero, *Lima española.* Raúl Porras Barrenechea, *Pequeña Antología de Lima.* César Miró, ha trazado perfiles de Lima criolla en *La Ciudad del río hablador.* Ver José Gálvez, Pedro Benvenutto, Aurelio Miró Quesada.
25.—Bernandino Ruiz, *Relación de Viaje por América Meridional.*
26.—*Mercurio Peruano.* Tomo I. Ideal del Perú.
27.—Jorge Guillermo Leguía. ob. cit.
28.—Jorge Juan y Antonio de Ulloa. *Relación histórica de un viaje a América Meridional.* pp. 96.
29.—idem.
30.—Alayza. ob. cit. pp. 12.
31.—J. B. Lastres. ob. cit.
32.—José de la Riva Agüero y Osma. Discursos Políticos. Folleto. BNI.
33.—Ver: Agustín de Landaburu en Imprenta de Lima, Medina. Tomo III. Ensayo sobre los fundamentos de las bellas artes, gramática, latín, mitología, y poesía que ofreció y consagró Don Agustín de Landaburu y Belzunce a la tierna memoria de su difunto padre... bajo la dirección de Don Hipólito Unanue, bachiller de Medicina. 16 de marzo de 1785. ficha 1601, ficha 1602, en el año de 1788 presidió también Unanue, según Medina, estos dos actos.
34.—Alayza. ob. cit.
35.—Memoria Testamentaria de H. Unanue. Protocolos de J. Villafuerte, tomo IX, años de 1827-1831. folio 887. Archivo Nacional, Palacio de Justicia, Lima.
36.—Medina, ob. cit. 111, p. 244 y 327. Múltiples referencias.
37.—Lastres. ob. cit.
38.—Valdizán, Emilio. Separata de la Rev. Médica. 1926. Nº 1-2-3.
39.—Medina, ob. cit.
40.—Abandona Lima en 1789. Permanece en España hasta 1809. Acusado de conspirar contra la Corona es deportado a Inglaterra. Muere el 7 de julio de 1814.
41.—Memoria testamentaria. carpeta 10.
42.—En sus artículos en el Mercurio Peruano cita a Horacio, Virgilio, Ovidio, Cicerón, Homero, Herodoto, Catón, Plinio. Ver: Mer. Per. tomo VII. pp. 3 y ss.

43.—Lastres, ob. cit.
44.—Mendiburu, Diccionario, tomo XI. Hubo dos intentos anteriores.
45.—Picón Salas. ob. cit.
46.—Mercurio Peruano. Introducción al tomo VII.
47.—Rubén Vargas Ugarte. Dos viajeros del siglo XVIII. Lima, 1945.
48.—En el Mercurio Peruano se puede recoger la huella de un pensamiento opuesto radicalmente a la Revolución Francesa. Cartas, versos y sobre todo discursos de Pitt, el gran enemigo de la revolución. Ver: *Actas del Simposium sobre la causa de la Emancipación.* Universidad Católica, inst. Riva Agüero. Lima 1961.
49.—Karl Manheim, *Ideología y Utopía,* Aguilar, Madrid, 1958. Además conviene renovar la apreciación de los sucesos históricos con la sociología de Groethyusen, *Formación de la conciencia burguesa* Paris, 1927. Y Ginsberg, Durkeim, Marx Weber, Cassirer, Sombart, Pareto, Benda, L'Evebre, Lukasc, Munford (para la técnica y la ciudad y sus relaciones de trabajo, vida y pensamiento).
50.—Jorge Basadre, *La Promesa de la Vida Peruana.* 1958, p. 108.
51.—Víctor A. Belaúnde, *Peruanidad.* Lima, 1957.
52.—Armando Nieto. Tesis inédita. Citada en el Simposium del Instituto Riva Agüero.
53.—Augusto Salazar Bondy. La Filosofía en el Perú durante la Ilustración. Letras Peruanas. Lima, año II. n. 5. Febrero de 1952.
54.—Pablo Macera. *Tres etapas en la fomación de la conciencia nacional.* 1957
55.—Mer. Peruano. T I. folio 2.
56.—Merc. Peruano. Introducción al tomo VIII.
57.—idem.
58.—Unanue. Mer. Per. T. VII.
59.—idem.
60.—idem.
61.—Rossi y Rubi. Mer. Per. T. VIII.
62.—Unanue. art. cit.
63.—Rossi. art. cit.
64.—Unanue, art. cit.
65.—idem.
66.—idem.
67.—idem.
68.—Rossi. id.
69.—Unanue, Mer. Peruano. tomo II. n. 15-16-17.
70.—Inventario de libros. Memoria testamentaria. Arch. Pal. Just.
71.—Cassirer. *Filosofía de la Ilustración.* Fc. cap. II.
72.—Mer. Per. ob. cit. tomo XI. n. 371.
73.—idem.
74.—En: *Actuaciones escolásticas.* Nótase su atracción por los viajeros. tomo IX, folio 793.

75.—Mer. Per. T. I. Idea del Perú.
76.—idem. folio 2.
77.—Mer. Per. n. 177. folio 43. tomo VI.
78.—Mer. Per. tomo IX. folio 75. n. 43.
79.—idem. tomo IV. f. 51.
80.—idem.— t. III. f. 214.
81.—idem. t. VIII.
82.—idem. t. VII. folio 83 y 84.
83.—idem. folio 104.
84.—idem. tomo VII. folio 93.
85.—J. F. Sánchez Carrión. Elogio a Baquíjano.
86.—Notas para reconstruir una biblioteca del tiempo precursos. Actas citadas.
87.—Mer. Per. tomo I. f. 2.
88.—idem. tomo XI. n. 22. f. 203.
89.—idem.
90.—idem.
91.—idem. n. 62. folio VII.
92.—idem. t. VII. n. 218.
93.—idem. t. VII.
94.—Idea general de los monumentos incaicos. tomo I. folio 206.
95.—idem.
96.—idem. folio 206.
97.—idem.
98.—idem. folio 201 al 208.
99.—idem. folio 205.
100.—idem.
101.—idem. t. 1., f. 5.
102.—idem.
103.—idem. Decadencia y Restauración del Perú. tomo VII.
104.—Mer. Per. Idea del Perú. tomo I.
105.—idem.
106.—idem. t. III., n. 80, f. 205.
107.—Raúl Porras Barrenechea. Viajeros Italianos en el Perú. folleto pp. 66. — Según Porras, eco de las Cartas de la Graffiny, fue la Lettera Apologetica dell'Esercitato Accademico della Crusca, impresa en Nápoles en 1750, y perteneciente a Raimundo di Sangro, quien mantenía una correspondencia amorosa con la Duquesa de S. tratando de demostrarle que para los usos del canje de emociones amorosas a largas distancias, el quipu superaba por la trama de sus colores y significados a la letra escrita. La inquisición apagó el fuego de este galán. En prisión hubo de escribir otro mamotreto para rectificarse.
108.—Mer. Per. tomo III, folio 74 y 75.
109.—idem.
110.—idem.
111.—idem.
112.—idem.
113.—idem.
114.—Observaciones sobre la influencia del Clima sobre los seres organizados, en especial el Hombre. H. Unanue. cap. dedicado a las influencias sobre el ingenio. aforismo II.

115.—Unanue, ob. cit. pp. 47.
116.—Para avaluar la fortuna de Agustín de Landaburu ver: Poderes para testar y diligencias practicadas sobre... tomo V. 1810 — 1819. J. Villafuerte. Arch. nacional. Palacio de Justicia.
117.—Riva Agüero, José. Boletín del Inst. del Museo Bolivariano. 1929. n. 12.
118.—Medina, ob. ref. 1601.
119.—Mer. Per. tomo I. p. 7.
120.—Mer. Per. tomo I. f. 180.
121.—idem. tomo I., f. 275.
122.—id. t. II., f. 12., n. 36.
123.—idem. t. II, f. 32.
124.—idem. t. II, f. 74.
125.—idem. t. II, f. 308.
126.—idem. t. II, f. 85.
127.—idem. t. II, f. 312.
128.—idem. t. II, f. 145.
129.—idem. t. II, f. 83, n. 43.
130.—idem. Introducción al tomo VIII del Mer. Per.
131.—idem. Mer. Per. tomo VIII, f. 16.
132.—idem. tomo VIII, num. 258.
133.—Mer. Per. tomo XI., f. 195.
134.—Picón Salas. ob. cit.
135.—Discurso en el Anfiteatro: Decadencia y Restauración del Perú. Mer. Per. VII. nº 218-222. También en Colección papeles varios del Perú. catálogo Palma y en Ediciones del año 14. Obras Compl.
136.—idem.
137.—idem.
138.—Mendiburu, ob. cit.
139.—Compendio estadístico del Virreynato del Perú a fines del siglo XVIII. *En el Verdadero Peruano.* Lima, 1813.
140.—Guillermo del Río. *Monumentos Literarios del Perú.* Lima, 1912. folio 1 al 13. Contiene el informe de Unanue. Dn de Lima.
141.—Alayza. Lastres. Riva Agüero. En Mer. Per. t. I, en Idea, etc. se hallan elogios de Unanue a Gil. Es interesante compararlas con las Memorias para su identificación.
142.—Raúl Porras B. *Unanue, amante del país.* 1927. art. periodístico. Variedades.
143.—Vicente Rodríguez Casadó. Prólogo a las Memorias de Abascal. Madrid, 1956.
144.—Vicente Rodriguez Casadó. ob. cit.
145.—Memorias del Virrey Avilés. Levilier. bnl.
146.—Rodriguez Casadó. ob. cit.
147.—Avilés. ob. cit.
148.—Luis de Gálvez. Informe, 1785. bnl.
149.—Avilés. ob. cit.
150.—Avilés. ob. cit.
151.—Avilés. ob. cit.
152.—Pereyra, Historia de América. citado por Casadó.

153.—Abascal, Memorias.
154.—J. B. Lastres. ob. cit.
155.—Alayza. ob. cit. Vicuña Mackenna. Riva Agüero.
156.—Eguiguren, Unanue, Arequipa y la Historia Creadora.
157.—Ver: José Casimiro Ulloa, Resúmen histórico de los progresos de la medicina en el Perú, Lima, 1899.
158.—Mendiburu. Diccionario. Tomo XI.
159.—Picón Salas. ob. cit.
160.—Riva Agüero, discurso al inaugurar el busto de Unanue, Lima, 1931.
161.—Vicuña Mackenna. Prólogo a las Obras Completas. tomo I., 1914. Ver: Historia de la Independencia del Perú.
162.—Revista Mercurio Peruano, 1955. n. 342, 1955, Unanue y la Generación de los Precursores.
163.—Inst. Riva Agüero, Causas de la Emancipación. ob. cit.
164.—Actas de la Sociedad Patriótica. Odriosola, tomo VI.
165.—idem.
166.—Han servido como fuentes para este capítulo las biografías inclusas en el Boletín del Museo Bolivariano, tomo I y II.
167.—Alayza, ob. cit.
168.—Ver Memoria Testamentaria. J. Villafuerte. tomo X. 1831-33. Ver la tasación.
169.—Testamento de Landaburu. J. Villafuerte, alegato, 1816. (Es de 1799.)
170.—idem. Poder para testar entregado a nombre de su tío Belzunce y de Unanue.
171.—Unanue, Memoria Testamentaria.
172.—Idem. de 10 de octubre de 1831.
173.—Memoria Testamentaria de Unanue. J. Villafuerte. Arch. Nac. Lima.
174.—Registro de Entierro, expedido por el rev. William Betton Champreys, párroco de Middlesex.
175.—Archivo Nacional. Protocolos de notarios. J. Villafuerte. T. X.
176.—Luis Alayza y Paz Soldán. Las Cortes de Cádiz. Simposium casuas, ob. cit. 1960.
177.—Alayza y Paz Soldán. Unanue, 1952. pp. 44 y ss.
178.—Alayza, ob. cit.
179.—idem.
180.—Miguel Maticorena Estrada, Nuevos documentos sobre el conde de Vista Florida; José Baquíjano y Carrillo, Actas del simposium.
181.—Ver documentos en el folleto de Eguiguren citado.
182.—Unanue, el deber de los escritores y la guerra. Ob. Compl., T. I., o males de la guerra civil y el deber de los escritores.
183.—Carencia de facultades del Virrey para tratar con el General San Martín. Obras Completas, tomo I.
184.—idem.
185.—idem.
186.—idem.
187.—Jorge Basadre, ob. cit.

188.—Odriozola, documentos literarios, tomo XI.
189.—Gaceta del Perú independiente, 1821-1822.
190.—Odriozola. Actas de la Sociedad Patriótica. Tomo XI.
191.—Lima justifica por el suceso del 15 de julio de 1823. Atribuído a Riva Agüero.
192.—Monteagudo, Memorias sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú y acontecimientos posteriores a mi separación. Apéndice en la "Vida y escritos de B. Monteagudo," por J. R. Muñoz Cabrera. Valparaíso, 1859. Miscelánea Zegarra, bnl. Exposición de las tareas administrativas del Gobierno desde su instalación hasta el 15 de julio de 1822. idem.
193.—Obin y Aranda, Actas de los Congresos. Ver: Távara, Historia de los Partidos.
194.—Obras Completas, tomo II, pp. 361.
195.—García Rosell, *Unanue parlamentario y diplomático.* Mercurio Peruano 1955, nº 343.
196.—idem.
197.—Gaceta del Perú Independiente, hasta el 6 de mayo de 1826, y luego, Registro Oficial de la República Peruana. 1826, adelante.
198.—Alayza, ob. cit., pp. 81 y ss.
199.—Alayza, ob. cit.
200.—Inventario y legajo de los bienes dejados en la casa de Lechugal por Don Hipólito Unanue, Protocolos del notario J. Villafuerte. tomo X, 1833.
201.—Mi Retiro, H. Unanue. Ob. Completas, tomo II.
202.—idem. pág. 399.
203.—La necesidad de poblar. Ob. Completas. tomo II. pp. 396.
204.—Las aguas de regadío. tomo II., pp. 396.
205.—Mi retiro. Ob. Completas, tomo II.
206.—Fiestas Linneanas. cit.
207.—Labor Literaria y política. pp. 390. tomo II.
208.—Mi retiro, pp. 400 de las Obras Completas. tomo II.
209.—idem.
210.—Memoria Testamentaria de 1831, y codicilos.
211.—idem. Ver inventario y tasación extrajudicial de las casas y demás bienes que han quedado, etc., del señor Ministro Jubilado D. Hipólito Unanue. No vivía en Gómez, como lo demuestra Alayza, pero tampoco en Lechugal. Murió, pues, en Cañete.

BIBLIOGRAFIA

Sala de Investigaciones. Biblioteca Nacional del Perú.

Archivo del Palacio de Justicia. Protocolos de notarios.

Archivo del Ministerio de RR. EE. del Perú.

Archivo de la Cámara de diputados del Perú.

Archivo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

J. T. Medina. La Imprenta en Lima. tomos III y IV.

Riva Agüero y Osma. La Historia en el Perú. Opúsculos. Carácter de la Literatura del Perú Independiente.

Raúl Porras B. Fuentes Históricas Peruanas. Mito, Tradición e Historia. Antología de Lima (pequeña).

Vargas Ugarte R. Historia del Perú, siglo XVIII. Historia de la Elocuencia Sagrada en el siglo XVIII. Virreynato, siglo XVIII.

Jorge Basadre. La iniciación de la República. Perú, problema y posibilidad.

Luis Alayza y Paz Soldán. Unanue. (San Martín y Bolívar).

J. B. Lastres. Unanue. "El Pensamiento biológico" y "La obra de los médicos."

Eguiguren. Unanue, Arequipa y la Historia Creadora.

César García Rosell. Unanue, diplomático y parlamentario.

Víctor Andrés Belaúnde. Peruanidad.

Luis Felipe Alarco. Pensadores Peruanos.

C. E. Paz Soldán. Himnos a Hipólito Unanue. Los Libertadores.

Vargas Hurtado. Unanue.

V. Mackenna. Prólogo a las Obras Completas.

Juan Antonio Ribeyro. El Doctor don Hipólito Unanue.

Mariano Paz Soldán. Historia del Perú Independiente.

Manuel Atanasio Fuentes. Ensayo biográfico sobre Hipólito Unanue.

Manuel Odriozola. Documentos literarios.

Rev. Mercurio Peruano de 1955. Contiene: García Rosell, Pacheco Vélez, Víctor Andrés Belaúnde, J. A. de la Puente, Carlos Seguín. Diversos aspectos.

Carlos Monge. Unanue y la Cosmoteoropatología. Rev. Med. año XIX. nº 168., 1933.

H. Valdizán. Los anatomistas de la colonia. Anales de la Facultad de Medicina., 1919, Lima.

Carlos D. Valcárcel. Reforma en San Marcos en la época de Amat.

A. Salazar Bondy. El saber, la naturaleza y Dios en el pensamiento de H. Unanue, tesis inédita.

Pablo Macera. Tres ensayos sobre el siglo XVIII, tesis inédita.

Fortunato Herrera. Botanistas del siglo XVIII.

E. Casicrer. El problema del conocimiento de Hegel a nuestros días.

Antonello Gerbi. Viejas Polémicas sobre el Nuevo Mundo.

Esta bibliografía sólo incluye libros de consulta general.

APENDICE

CONCURSO PARA UNA BIOGRAFIA DEL SABIO PERUANO HIPOLITO UNANUE PROMOVIDO POR LA AGENCIA COMERCIAL UNANUE S. A.

Bases del Concurso

Con motivo de haber celebrado el 1º del presente mes el V aniversario de su fundación, la AGENCIA COMERCIAL UNANUE S. A. convoca a un concurso bajo las siguientes condiciones:

1.— Es materia del concurso un estudio biográfico del sabio peruano doctor don Hipólito Unanue, dentro del ambiente histórico en que se desarrolló su vida. La obra llevará por título: "Hipólito Unanue y su época."

2.— Habrá un solo premio ascendente a la suma de S/. 10,000.00 (DIEZ MIL SOLES ORO), en efectivo, para el trabajo que obtenga la más alta calificación del jurado.

3.— El único requisito para poder tomar parte en el concurso es ser peruano de nacimiento.

4.— No hay limitación en cuanto a la extensión u orientación de la obra. Deberán proporcionarse en ella referencias completas acerca de la bibliografía y otras fuentes utilizadas.

5.— Los trabajos, en duplicado y bajo seudónimo, deberán ser entregados en las oficinas de la Compañía promotora del concurso, situadas en la Plaza Francia Nº 232 de esta Capital, hasta el 31 de mayo de 1961. Junto con cada trabajo deberá entregarse un sobre cerrado y lacrado, rotulado con el respectivo seudónimo y dentro del cual se hallen escritos el nombre y dirección completa del autor. A la entrega de su trabajo, cada concursante obtendrá un comprobante con la fecha de recepción, extendido a favor del seudónimo con que se haya presentado.

6.— El jurado calificador estará presidido por el señor doctor Jorge Basadre e integrado por los doctores Luis Alayza y Paz Soldán, Aurelio Miró Quesada Sosa y Juan Francisco Valega, y el ingeniero Eugenio Alarco.

7.— Una vez seleccionado el mejor trabajo a juicio del jurado, éste abrirá el sobre rotulado con el correspondiente seudónimo y proclamará al ganador, siempre que satisfaga la cláusula 3º de estas bases. La entrega del premio se efectuará el 13 de agosto de 1961, CCVI aniversario del nacimiento del ilustre sabio, en ceremonia especial. Los demás trabajos podrán ser retirados por sus respectivos autores, en el mismo lugar donde fueron entregados, contra simple devolución del comprobante en su poder. Asimismo se les devolverá, en cada caso, el sobre cerrado con el nombre del autor. Los trabajos que no fueren recogidos hasta 60 días después de la entrega del premio serán destruídos, junto con los correspondientes sobres de identificación.

8.— La Compañía promotora del concurso podrá efectuar por su cuenta la publicación de la obra premiada, con el tiraje inicial que juzgue conveniente. El autor hará cesión en favor de ella de sus respectivos derechos únicamente para esta primera edición.

Lima, diciembre de 1960.

Acta del Jurado Calificador

Después de haber efectuado varias sesiones, se reunió el Jurado el día miércoles 27 de Setiembre de 1961, con la concurrencia de todos sus miembros, para decidir acerca de la adjudicación del premio de este Concurso.

Los trabajos presentados han sido ocho, bajo los siguientes seudónimos:

Amante del País
Argos
El Patriota
El Rubiales
Heraldo
Hipócrates
Raúl de María
Valdelirios.

El primer examen de dichos trabajos dió como resultado, por acuerdo unánime, la selección de tres cuyos autores tienen los seudónimos: Amante del País, Argos y Valdelirios.

Cada uno de los miembros del Jurado hizo en seguida un estudio detenido de estos manuscritos. Luego, por unanimidad, se aprobó el acuerdo de adjudicar el premio al que lleva como título "Hipólito Unanue y el Nacimiento de la Patria," bajo el seudónimo de Amante del País.

Esta decisión tuvo como fundamento no sólo el hecho de que se trata de un buen estudio histórico-biográfico del Prócer, sino el acierto para desenvolver con erudición y brillo singulares, diversos temas relacionados con él y con su época.

Tomado el acuerdo antedicho, fué abierto el sobre con el nombre del autor que ha firmado bajo el seudónimo "Amante del País", comprobándose ser el del señor

Hugo Neira Samanez, a quien el Jurado proclamó como ganador del Concurso.

El Jurado dejó, además, constancia expresa del resultado halagador que ha tenido la iniciativa cultural de la Agencia Comercial Unanue S. A.

El día 5 de Octubre de 1961 fué señalado para la ceremonia de esta proclamación, debiendo ella efectuarse en el Salón de Actos de la Sociedad Geográfica de Lima.

De acuerdo con las Bases de este Concurso, los trabajos no premiados serán devueltos a sus autores, junto con los sobres de identificación cerrados.

Lima, 27 de Setiembre de 1961.

(fdo.) *Jorge Basadre*
Presidente

(fdo.) *Luis Alayza y Paz Soldán*

(fdo.) *Aurelio Miró Quesada Sosa*

(fdo.) *Juan Francisco Valega*

(fdo.) *Eugenio Alarco*

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR INGENIERO EUGENIO ALARCO LARRABURE, AL HACER ENTREGA DEL PREMIO AL GANADOR DEL CONCURSO PARA UNA BIOGRAFIA DE DON HIPOLITO UNANUE, SEÑOR HUGO NEIRA SAMANEZ, EL DIA 5 DE OCTUBRE DE 1961, EN EL SALON DE ACTOS DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA DE LIMA.

El 1º de Diciembre del año pasado celebró cinco años de su fundación la Agencia Comercial Unanue S. A., de cuyo Directorio tengo el honor de ser Presidente. Con tal motivo convocó a un Concurso ofreciendo premiar el mejor estudio biográfico sobre don Hipólito Unanue. Me voy a permitir dar lectura a las Bases que se establecieron para este Concurso y que fueron oportunamente publicadas por los diarios de esta Capital:

. . . . . .

Varios motivos tuvo nuestra Compañía para desear celebrar su Aniversario con la promoción de este Concurso. Uno de ellos fué la intención de propender con él, dentro de nuestras posibilidades, a la difusión de la cultura histórica en nuestro medio, teniendo en cuenta lo necesario que nos es alentar la extensión de la cultura, en cualquiera de sus manifestaciones, por constituir ella como una savia

de que las sucesivas generaciones deben irse nutriendo para que los pueblos puedan alcanzar una fisonomía digna y valiosa. Considerando, además, evidente la influencia bienhechora que ejerce el estudio de aquellos personajes históricos que, con los ideales que los animaron, con sus virtudes y su ejemplar acción, participaron en la forja de los elevados destinos de la Patria, decidimos escoger como tema central de este Concurso la biografía de una personalidad que satisficiera plenamente este propósito. Nadie nos pareció merecerlo con más limpios títulos que don Hipólito Unanue, lo que también nos permitiría tributar un ferviente y deseado homenaje al ilustre sabio cuyo nombre ostenta con singular orgullo nuestra Compañía. Y tributar un homenaje a Unanue significa rendirlo también a todas aquellas virtudes ciudadanas que tan señaladamente en él se mostraron y que tan necesarias son en los pueblos para lograr hacerse grandes. Yérguese, en efecto, la egregia figura de Unanue, con la austeridad y probidad de su espíritu, con su ecuanimidad, con su sagaz comprensión de la naturaleza humana que le permitió atravesar muy álgidos períodos de nuestra historia, —como fueron los momentos dramáticos aquellos de la lucha por nuestra emancipación del coloniaje español, así como los que la precedieron y siguieron,— manteniendo a lo largo de todos ellos la circunspección y templanza tan propias de su carácter; sin que se dejara arrastrar por las vorágines de pasión que por entonces abrasaban a los hombres, con aquellas secuelas de odios y de injusticias que constituyeron características tan peculiar de tales épocas. Admirable ejemplo de alto valor ciudadano da quien, en medio de las batallas militares y políticas, logra, como Unanue, sobreponerse al ímpetu destructor provocado por los fanatismos. Todos bien sabemos cómo Unanue, buscado como consejero por los virreyes durante los últimos decenios del Coloniaje, más tarde, apenas las armas hicieron escuchar su fragor en estas tierras

peruanas, unió decididamente el gran peso de su opinión y de su prestigio en favor de la causa patriota. Cuando las mentes dejábanse arrebatar, enardecidas por el polvo de los combates y el olor de la pólvora; mientras las envidias y enemistades profundas hacían que los políticos se embistieran recíprocamente con indesmayable furor, utilizando hasta la diatriba vil y los dicterios de toda suerte, Unanue alzaba su figura, señera y majestuosa, por encima de furores y de luchas, sin que ni la intriga ni la calumnia, tan características de aquellos momentos, y que no dejaron de tratar de tejer en su contra sus perniciosas marañas, llegaran a arrojar sobre él la menor sombra. Y se mantuvo así, sin claudicar, entre las cambiantes vicisitudes políticas, en aquella posición eminente y por todos respetada, que hizo decir a San Martín "...el viejo honradísimo y virtuosísimo Unanue es uno de los consuelos que he tenido en el tiempo de mi incómoda administración," que hizo decir a Bolívar: "Yo estoy sumamente satisfecho con la sabia administración de Ud. en el Consejo de Gobierno. Así lo esperaba siempre," que lo hizo ser admirado y aún defendido por personajes de ideas tan antagónicas, y tan apasionados ambos, como Monteagudo y Sánchez Carrión. Y es que, en general, todos tenían que reconocer que, por encima de las aniquiladoras discordias, superando el arrebato de las luchas entre banderías y facciones intestinas, sólo tenía puesta fija Unanue la mirada en los más altos y legítimos intereses de la Patria.

Al escoger su figura prócer tanto para el nombre de nuestra Compañía como para señalarlo como el personaje central del Concurso a que hemos convocado, quisimos, pues, tributar un homenaje a aquellas virtudes que de tan eximio modo él encarnaba, que tan necesarias siempre nos han sido y nos siguen siendo, por cuya ausencia tantas veces la Nación ha visto verterse la sangre de sus hijos o enlutarse sus hogares, y que la actitud comprensiva y to-

lerante que ellas provocan logran que los hombres sobrepónganse a los fanatismos, de cualquier color u orden que sean, para poder vislumbrar con mayor claridad las perspectivas del glorioso destino histórico que les está reservado a los pueblos que tales virtudes alcanzan a poseer.

Es a ese espíritu al que hemos querido tributar nuestro homenaje en la figura de don Hipólito Unanue.

A nuestra convocatoria a este Concurso acudieron muchos estudiosos con sus trabajos. Varios fueron ellos, y de tan buena calidad algunos, que los miembros del Jurado tuvieron que estudiarlos muy detenidamente para poder discernir el premio al que a ello por sus mayores méritos se hiciera acreedor. El resultado se halla expresado en el Acta del Jurado, a que también me voy a permitir dar lectura:

. . . . . .

En consecuencia, a nombre de nuestra Compañía, me es grato proclamar al señor Hugo Neira Samanez como ganador de este Concurso. Su trabajo, concienzudo y bien elaborado, como lo ha expresado el Jurado y lo van a poder apreciar Uds. en seguida, pues el autor nos va a proporcionar una versión sintética del mismo, lo ha hecho acreedor al premio señalado, así como también a que nuestra Compañía tome por su cuenta la publicación de este interesante estudio, a fin de que quede cumplidamente realizado nuestro propósito de enaltecer la figura y las virtudes del Prócer y que, así como ellas constituyeron alto ejemplo para las antiguas, lo siga también constituyendo para las actuales y para las venideras generaciones.

Esta obra se terminó de imprimir el 30 de Agosto de 1967 en los Talleres Gráficos P. L. Villanueva S. A., Reg. Ind. 9796. — Jirón Yauli 1440 - 50, Chacra Ríos, Lima, Perú.